This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

P. CASTILLO

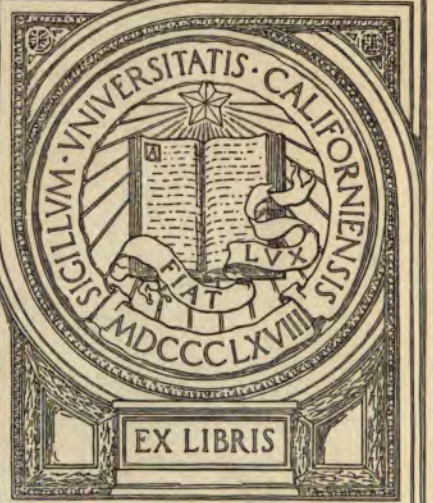
UC-NRLF
$B 164 973

EL PAIS DE LA GRACIA

LIBRERIA CATOLICA
DEL SAGRADO CORAZON
DE JESUS
Aduana Vieja n.º 4
APARTADO Nº 84
PUEBLA

GIFT

GIFT OF
Bancroft Library



EX LIBRIS

Obra 1.

Recuerdo de amistad al Sr. N. C
Ozgala.

EL PAÍS DE LA GRACIA

EL PAIS DE LA GRACIA

CUENTOS DE MIL COLORES,

ESCENAS POPULARES

Y TRADICIONES CRISTIANAS

POR

EL P. JOSÉ MARÍA CASTILLO

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

TERCERA EDICION

CORREGIDA Y AUMENTADA

(CON LAS LICENCIAS NECESARIAS)

BILBAO

ADMINISTRACION DE «EL MENSAJERO DEL CORAZON DE JESUS»

CALLE DE AYALA (ENSANCHE)

1895

PRESERVATION
COPY ADDED

ES PROPIEDAD

BILBAO: Imp. del Corazon de Jesus, Muelle de Marzana, 7.

BANCROFT LIBRARY

PQ 6605
Ca 86 P3
1895

GIFT S.DIEGO MUSEUM '38

PRÓLOGO

I

Más bien que una verdad nueva es casi sentencia de Pero Grullo, que al modo que en la creacion cada estrella tiene su órbita, cada flor su aroma, cada árbol su fruto, cada país su aspecto y cada persona su semblante, así tambien cada nacion posee su fisonomía moral propia, y en ésta rasgos esenciales y característicos. Ahora bien; nosotros pretendemos que el rasgo más pronunciado y expresivo en la fisonomía de España es sin duda la fe religiosa.

Fácil nos fuera, en demostracion de nuestra tésis, trazar una de tantas enumeraciones de hazañas y grandezas de nuestra edad de oro. Mas por miedo á caer en el tono declamatorio y á la falta de novedad, nos contentamos con recordar sencillamente que la fe hizo el gasto en la guerra de siete siglos contra el islamismo; alentó á los descubridores del Nuevo Mundo, inflamó á las invencibles huestes que plantaron la cruz en África, presidió

M560833

en Lepanto la más alta jornada que vieron las edades, electrizó á los tercios de Italia, Francia y Flandes, é inspiró en el presente siglo aquel levantamiento colosal y unánime de un pueblo sin rey, sin gobierno, sin caudillos, sin fortalezas, contra el extranjero y la revolucion, sirviendo de enseña en el combate, de lazo entre los soldados, de alegría en los triunfos, de general *No importa* en los reveses, de mina fecunda de constancia, entusiasmo y bizarría indomables en la adversa como en la próspera fortuna.

La fe ¿quién lo duda? maestra de toda verdad, ha guiado siempre á nuestros sabios, iluminado á nuestros legisladores, inspirado á nuestros poetas, divinizado el genio de nuestros artistas.

La fe católica es además, en la vida social de España, antorcha de los entendimientos, resorte de las voluntades, arsenal de todas las virtudes, válvula de seguridad entre poderosos y necesitados, pararayos contra socialismos y demagogias, sostén de la conyugal fidelidad, base del filial cariño, salvaguardia del femenil recato, garantía del honor, manantial de probidad é inagotable alegría en el pueblo, prenda de resignacion en los trabajos, principal elemento de nuestra regeneracion, y último baluarte de la independencia nacional.

No nos forjamos ilusiones ni dejamos de contar con la merma producida en la fe por acontecimientos modernos. Pero no se cambia en un dia ni en un siglo la fisonomía de un pueblo, ni fácilmente se le hace mudar de costumbres, de aptitudes ni de ideales, y harto lo dice la sangre derramada por la religion en nuestra época esencialmente sensual

y egoista, y en que nadie piensa más que en el progreso material.

«La Revolucion ha pasado por España, escribia Balmes, pero el catolicismo vive aún, con sus principios fijos é invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel lenguaje de seguridad que revela al hombre con toda certeza su orígen y su destierro, con aquel ademan majestuoso que le marca la línea de sus deberes. Allí está, en medio de esa sociedad disuelta, conservándose como columna en pié, en medio de un campo de ruinas. ¡Ay de nosotros si llegásemos á perder esa alhaja preciosa, si llegásemos á desasirnos de esa áncora, sola que puede salvarnos en tan deshecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas (1).

Y es tan poderoso y fecundo que, conforme al axioma filosófico, segun el cual los efectos aumentan ó disminuyen con la causa que los engendra, España ha sido en la sucesion de los tiempos más grande y más feliz, á medida que aquel celestial rocío fecundizaba más libremente nuestro suelo, y que nuestros monarcas enderezaban sus empresas á utilizar las maravillosas dotes y aptitudes de nuestro genio para la explotacion del rico, prodigioso y nacional filon de la santa fe.

Y que no tenemos otro, lo evidencian el raquitismo y esterilidad de la Revolucion española, y la triste figura que como potencia revolucionaria hace nuestra patria en el concierto europeo. Atinada y oportunamente ha dicho un ilustrado escritor

(1) Miscelánea.

contemporáneo: «España, evangelizadora de la mitad del orbe, España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio... esa es nuestra grandeza y nuestra unidad: no tenemos otra. El dia en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arevacos y de los Vectones ó de los reyes de Taifas (1).

II

La gracia inestimable, extraordinaria que Dios hizo, pues, á nuestra patria, distinguiéndola sobre muchas naciones, es aquella que con tanto ahinco rogaba Jesucristo á su Padre la noche de la cena: *Padre mio, que todos sean uno, como Tú y yo somos una cosa.* Esta es la gracia española por excelencia: haber logrado del cielo *un Dios, una fe, un bautismo.* Y no hay tesoros en todo el mundo ni beneficios debajo la capa del cielo que se le puedan comparar.

Y en efecto: si á otras naciones les abandona Dios las aptitudes extraordinarias para los adelantos materiales, de donde fácilmente vienen á olvidar su alto destino y á limitar sus aspiraciones á los goces de la materia; á España, en cambio, parece que por más amiga, la reservó la idoneidad para las verdades de la fe y las cosas del espíritu.

A raudales derrama el Señor su gracia sobre esta tierra, y así, mientras en otros países metalizados y cultos ha tiempo que no se quiere oir la palabra de Dios ni se hacen milagros á causa de su in-

(1) Menendez Pelayo, *Heterodoxos españoles,* t. III.

credulidad (1), entre nosotros pasman las maravillosas conversiónes que se obran en cada mision y la facilidad sorprendente con que un español, mediante la gracia de lo alto, entra en los intereses de Dios.

Hasta para hacer la guerra á la misma Religion católica, se toma entre nosotros máscara de religion, que de otro modo no fuera posible; y nadie duda que de haberse francamente declarado á los soldados que se trataba de luchar contra la santa Iglesia, nunca hubiera habido huestes ni ejércitos revolucionarios en nuestra patria.

Los mismos caudillos sublevados en nombre de ideas subversivas, celebran sus triunfos con solemnes *Te Deum,* y jamás tuvimos guerra con el extranjero (inclusa la última de África en que se gritaba *cristianos contra moros),* que no desplegásemos el lábaro de la cruz como recurso infalible de electrizar y sublevar las muchedumbres.

Sea el Señor bendito mil veces, pues mientras en otros países civilizados, perecen diariamente legiones de escépticos, incrédulos y herejes que alardearon de ilustrados y hombres de su tiempo,—y á los cuales de poco les servirán en la otra vida las conquistas de la revolucion ni las luces del siglo, por haber dejado apagar la centella de la fe,—entre los españoles, por el divino favor, hasta los «generales libertadores,» los «grandes orientes,» los «médicos materialistas,» los «clerófobos implacables» y demás personajes comprometidos con la

(1) *Et non fecit ibi virtutes multas propter incredulitatem illorum.* (Matth. XIII, 58.)

impiedad, abren los ojos á la verdadera luz en aquella suprema hora en que el alarde de irreligion se ahoga en la garganta y el interés enmudece, viniendo así á morir contritos y reconciliados con nuestra Madre la Católica Iglesia (1).

Esta fe que todos heredamos, esta misericordia que á la casi unanimidad alcanza, esta es la gracia eminentemente española, preferible á todas las conquistas, ejércitos, escuadras y tesoros, con la infinita ventaja que llevan las cosas eternas del cielo á las transitorias de la tierra.

III

Ahora bien; siendo cierto que el progreso de las naciones está á la altura de su religion, y que muy comunmente el progreso moral y la prosperidad verdadera de los pueblos están en razon inversa de su progreso material cuyas maravillas deslumbran al vulgo; no cabe duda ninguna que España es, entre todas, nacion de primer órden: y esto sí que

(1) Un celoso capellan francés, del hospital de San Luis de los franceses de Madrid, decia: «Es cosa maravillosa lo que pasa con la gente de este bendito país. En Francia hay ciudadanos á docenas, muy honrados y acomodados que, abstraidos constantemente en sus negocios, se desdeñan durante su vida de instruirse en las verdades de la fe. Cuando á éstos les llega su última hora, inmútanse al ver al Cura, y si los mejores le oyen dócilmente, mientras se enteran de lo esencial para morir cristianamente, y ántes generalmente que tengan tiempo de hacer una confesion, espiran dejando graves dudas acerca del estado de su alma. Los españoles en cambio, aun los más perdidos, sacan el escapulario, que casi todos llevan, empiezan á encomendarse con muchas veras á la Vírgen Santísima, saben rezar, confesarse, hacer actos de contricion, y abrazados tiernamente con el Crucifijo, mueren muchos con tales actos de fe, muestras de arrepentimiento y pruebas de sinceridad, que sirven de enseñanza y de no poca edificacion al mismo Sacerdote que les ayuda á bien morir.»

debe consolarnos y hacernos agradecidos con Nuestro Señor, el cual no consintió que la nacion consagrada á su Madre y Reina de los cielos, se materializase y entregase á felicidades *de pega,* ántes quiso que fuese siempre la tierra predilecta y escogida, y que su pueblo fiel no encontrase estorbos que le impidiesen granjear el envidiable eterno galardon.

Y como de ordinario, es propia la alegría en un hijo que tiene contento á su padre, así parece consecuencia de este religioso espíritu, el humor jovial y bullicioso de nuestro pueblo, no accesible todavía al fastidio, al esplin ó á la linfa que tan tiesos y aburridos hace respectivamente á los franceses, á los britanos y á los alemanes.

Decia un español aficionado á viajar que siempre que entraba en una poblacion de la Europa civilizada, creia ir acompañado de dos difuntos, es á saber: del espíritu cristiano extinguido por el sensualismo, y del buen humor público sofocado por la especulacion: «Allá, decia, ni las guitarras rasguean, ni las castañuelas distraen, ni las coplas populares alegran, ni las estudiantinas hacen asomar la gente á los balcones, ni las serenatas quitan el sueño; pero en cambio los serenos no entonan el *Ave María Purísima,* ni el canto de la aurora despierta á los devotos de María, ni el *Angelus* hace descubrirse á los transeuntes, ni las procesiones desfilan en público, ni el Santo Viático visita á los moribundos, si no es de tapadillo, ni las vocingleras campanas convocan al vecindario al santo templo del Señor.»

En una palabra: Dios está excluido de la vía pública y de la vida oficial por las leyes vigentes, y

sólo impera ostensiblemente el Becerro de Oro, á quien hoy se consagran en cuerpo y alma los pueblos que presumen ir á la cabeza de la cultura.

Pero como decia un gran orador contemporáneo: «La civilizacion es más grande que los caminos de hierro, más grande que los telégrafos eléctricos y que los cañones rayados, más grande que los buques de vapor y que los milagros más ó ménos babilónicos de la industria moderna. Se puede tener todo eso y permanecer en la barbarie, porque todo eso toca inmediatamente á los cuerpos, y la civilizacion toca inmediatamente á las almas. ¡La civilizacion! Pues ¿por ventura hay algo más elemental que ella en toda sociedad que conserve el espíritu de Jesucristo, es decir, la plenitud del buen sentido humano, transfigurado por la luz de Dios?» (1).

El cristianismo, en efecto, quiere el progreso material como medio, no lo quiere como fin: quiere la materia esclava, no soberana; quiere el desarrollo de la materia como condicion normal de la vida; en manera alguna como suprema ambicion de ella.

Que otras naciones consagren, pues, todos sus esfuerzos á aventajarse á las demás en fundir cañones, barrenar túneles, hacer caminos, fabricar máquinas, tallar muebles, construir navíos, abrir puertos, falsificar caldos y espíritus, inventar modas y trajes, y perfeccionar todos los cachivaches desde el velon de Lucena hasta la aguja de marear.

El pueblo español, como dijo el poeta,

anclado entre la jota y el puchero,

(1) El P. Félix, *Conferencias*, 1861, 1ª

cede á sus rivales semejantes habilidades menudas ó serviles, para las cuales está convencido que no le da el naipe, y deja no sólo resignado sino complacido (y dejará todavía probablemente por mucho tiempo), que los ingleses le vendan el té y el bacalao, que los alemanes le surtan de anteojos y juguetes, que los suizos le fabriquen los relojes y los organillos, que los saboyanos le diviertan con sus arpas y monos, que los argelinos le provean de incienso y de babuchas, y que los franceses le afilen los cuchillos y navajas y le abastezcan de los demás artículos que le imponen la necesidad, la moda, el lujo ó la comodidad.

Saber á dónde se va es toda la cuestion: y más progresa sin duda el cangrejo que se encamina derecho á su charca, siquiera lo haga perezosamente y hácia atrás, que la liebre que corre á caer en el lazo, ó el corcel que se precipita en el abismo.

Enhorabuena brille, pues, la vanidosa Francia por su riqueza, su cultura material, su espíritu de proselitismo innovador; gloríese la altiva Albion de su sentido práctico, de la extension de sus colonias y de la preponderancia de su marina y comercio; préciese la Alemania guerrera de su nebulosa filosofía, de la tenacidad y entendimiento de sus sabios, del número y fortaleza de sus ejércitos; alardee Rusia de la magnitud de su colosal imperio y huélguense los Estados-Unidos del estupendo desarrollo de su poblacion, de su agricultura y de su industria: España católica, cuyos reyes más populares prefirieron perder sus dominios á contar en ellos súbditos herejes, se honrará siempre de su

ortodoxia y unidad en la santa fe, que nuestros antepasados merecieron derramando rios de sangre en defensa de la Cruz.

IV

Supuesto el carácter religioso del pueblo español, parécenos no solamente antipatriótico é inmoral, sino bárbaro y feroz, el prurito de arrancarle la fe, y tenemos por ménos culpable al bandido que sale á robar la bolsa ó la vida, que al impostor que arrebata el talisman de su felicidad y de su cultura, á este dichoso pueblo facturado por Dios para la vida eterna.

Y ciertamente que si el pobre que nace en la miseria, condenado á trabajar sin tregua para ganar un pedazo de pan, que á menudo no encuentra, comprendiera el refinamiento de crueldad que hay en apagar de su espíritu la luz que le ilumina en las tinieblas de su desamparo, y en abandonarle á su suerte desheredado de bienes, abrumado de males, rodeado de aguijones que le provocan y de apetitos que le inflaman, sin otro porvenir tras de una vida desesperada que el camino del infierno; si tal comprendiera, repetimos, hallaria que la Inquisicion no tuvo nunca tormentos bastantes para lo que merecen los desalmados que á sabiendas tales intentos persiguen.

Otros pueblos apáticos, cuya sangre de hielo los hace fácilmente acomodables con la herejía, el escepticismo ó la indiferencia, conservan una probidad rutinaria y anónima no conocida en España. Aquí el dia que la fe se hundiera, seria-

mos un presidio suelto ó uña sucursal de Berbería.

No creemos, pues, indigno de una pluma honrada, ántes muy meritorio, contribuir á mantener la fe en el pueblo sencillo, recordar con cariño nuestras religiosas tradiciones, poner de relieve la profunda huella que en nuestras costumbres y caracteres ha hecho la única religion que desde Recaredo han profesado nuestros abuelos, hacer resaltar la jovialidad y donaire de nuestro cristiano pueblo, encarecer su tierna devocion á Jesucristo crucificado, bajo cien advocaciones, como el Cristo de la Agonía, del Valme, del Perdon, de Burgos, de la Vega, de la Buena muerte, y su confianza filial en la Santísima Vírgen, verdadera Reina y Madre de España, como lo pregonan los mil santuarios y vocablos con que piadosa y espléndidamente se la venera; poner de manifiesto, en fin, tantas virtudes propias de nuestro pueblo é hijas de su religiosidad, como su conformidad y alegría en los trabajos, su sobriedad tan alabada de los extranjeros, su facundia inagotable, su amor á la vida de familia, su heroismo legendario, y otras mil que yacen inexplotadas, desde que se ha hecho moda pintar caracteres traducidos del francés.

Nosotros, siempre dentro del filon de la gracia nacional por excelencia, es decir, de la santa fe, nos hemos propuesto presentar en la modesta medida de nuestras fuerzas, caracteres indígenas, españoles y cristianos á macha martillo, legítimos herederos de los héroes de nuestro siglo de oro, de nuestros abuelos de la guerra de la Independencia, de nuestros padres de la guerra de África.

Y no se crea que al hacer resaltar en estos boce-

tos la gracia sobrenatural de que hablamos, dejemos excluida de intento aquella otra natural gracia que chorrea por los poros del tipo nacional. Sinceramente confesamos que con semejante sal desearíamos ver sazonado nuestro libro, cuanto más exigiéndolo el asunto, pero aquel condimento no se encuentra en la tienda ni se adquiere con dinero, y solamente lo gasta el que puede y lo tiene por naturaleza.

V

A pesar de lo cual, figura en el título de nuestro libro la *gracia española,* no ciertamente en el sentido natural, ni en son de alarde y como pregonando el nacional donaire de que nuestros cuentos por desgracia carecen, que el suponerlo seria insufrible presuncion; sino en el sentido sobrenatural y teológico de la palabra, pues *gracia,* segun la primera acepcion del Diccionario de la Academia, es «don de Dios;» que lo de «donaire y atractivo» sólo viene en segundo lugar.

Don de Dios, en efecto, beneficio singular hecho á nuestra patria, y en este concepto, *gracia* otorgada á España, ó *gracia española,* es, lo repetimos, la nunca suficientemente encarecida unidad en la misma fe, última peticion de Jesus á su Eterno Padre: *Ut sint unum, sicut et nos unum sumus* (1).

Gracia española, la venida en carne mortal á esta afortunada tierra de la Madre de Dios entre coros de ángeles.

(1) San Juan, XVII, 22

Gracia española, la proteccion valiosa y visible del apóstol Santiago, patron predilecto.

Gracia española, el ardor del sentimiento religioso y la tenacidad heróica en defender la santa fe á través de los siglos.

Gracia española, la dignacion de la Providencia en haberse servido de nuestra sangre para dar tanta gloria á Dios y tantos mártires á su Iglesia.

Gracia española, la adhesion inquebrantable de este país á la Cátedra de Pedro.

Gracia española, el horror santo á la herejía que se trasmite de generacion en generacion.

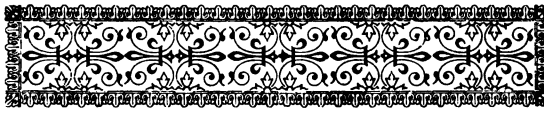
Gracia española, el que en un siglo sensual y metalizado, nos haya conservado el Señor más aptos para lo contemplativo que para lo positivo, más para lo ideal que para lo sensual, más para el honor que para el provecho, más para la grandeza que para la fortuna, más para el espíritu que para la materia.

Gracias españolas, la religiosidad tradicional de nuestro pueblo, su confianza en Jesus y amor á Cristo crucificado, su devocion tiernísima á la Santísima Vírgen, su fidelidad á Santa Ana, San José y tantos otros Santos, y en suma, la felicidad que gozan en vida los hijos de esta tierra viviendo como católicos, y la eterna que esperan con fundamento por su determinada voluntad de morir cristianamente y en la amistad de su Redentor y de su Dios.

Por todos y cada uno de estos títulos merece nuestra patria llamarse *el país de la gracia* por excelencia, y con el mismo título bautizamos nuestro libro, porque al escribir sus diferentes partes, no nos hemos inspirado en aquellos de nuestros

compatriotas que reniegan de nuestras venerandas tradiciones, ni en los que remedan lo extranjero, sino en los españoles genuinos, auténticos y castizos; los más numerosos y los más dignos hijos de esta tierra de bendicion que en su religiosidad sincera llevan el sello de su españolismo, y que todavía permanecen fieles al glorioso legado de tradiciones, creencias y costumbres que heredaron de sus heróicos antepasados.

LA VÍRGEN DE LA VEGA



I (1)

La locomotora silbaba y el tren de Miranda á Haro estaba ya á punto de partir, cuando un mozo riojano, á juzgar por el traje, el acento y las interjecciones, se puso á gritar:

—¡Re... Diez! ¡Estas cosas no le pasan á *naide* más que á mí! ¡Eh!... ¡Usted, el de la levita de oro!...

—¿Qué hace V. aquí—dijo airado el jefe.

—Pues *ná*, que *dempues* de haber *mercao* el

---

(1) Como nuestro objeto en esta série de cuadros de costumbres es no tanto pintar la escena, cuanto fotografiar los sentimientos religiosos, es claro que tenemos que hacer intervenir españoles que vivan y hablen de lo que llevan en el corazon. Mas aunque el arte sólo nos obliga á ser verosímiles, frecuentemente tambien narraremos hechos verdaderos. Para distinguir, pues, unos de otros en asunto tan grave, advertimos al lector que señalaremos con la nota de «histórico» todo episodio que rigurosamente lo sea.

billete, ahora salimos con la jaculatoria de que no hay asiento.—¡Voto á!...

—Venga V. conmigo.

—¡Cuerno! Ya silba otra vez.

—¡Eh! Millan,—gritó un *guason,* ¡que te quedas de á pié!

—Cosas de la *impresa,*—continuó Millan muy quemado. No, pues si me quedo, voy á armar un jollin que arda la estacion.

—¡Entre V. ahí!—dijo por fin el empleado abriendo la portezuela de un coche de primera clase, á falta de sitio en los demás vagones.

—¡Date tono Millan!—gritó burlonamente la misma voz de ántes, aludiendo al billete de tercera que aquel llevaba en la mano.

—¡Dios guarde á Vds.!—exclamó Millan más sosegado, echando de golpe las alforjas sobre la alfombra.

Dos caballeros ocupaban el compartimiento: ninguno de ellos contestó á aquel cortés y cristiano saludo.

Millan pensó buenamente que seria moda entre la gente de primera dar la callada por respuesta. En seguida sentóse modestamente, como aquel que teme estorbar, y colocó las alforjas entre los piés, conservando el garrote que llevaba en la mano. Luego se puso á mirar á su

alrededor, y á admirar con infantil curiosidad almohadones debajo, almohadones detrás, almohadones á derecha y á izquierda, y para que no faltaran, hasta almohadones en el techo.

En tanto, los otros dos viajeros seguian una conversacion ya comenzada. Uno de ellos tenia acento extranjero.

—Si ya le digo á V. que á rico no le ganarán muchos países, pero á cerril tampoco.

—Mas ellos van misegables. ¿Qué hacen con el dinego?

—Pues lo que dice esa *Guía* que V. trae: visitar santuarios y acudir á entregarse á comilonas y juegos.

—Entónces, ello no es asombroso.

—O se lo dan á los Curas para decir misas y novenas.

—¡Quel fanatismo! Ellos estarán carlistas.

—No, señor. Pues eso es lo chocante, que Haro es un pueblo que blasona de liberal, y no obstante, mañana mismo verá V. una procesion de rogativa, digna de los tiempos ominosos de la Inquisicion... ¡Y eso en las calles de una poblacion comercial!...

—Yo quisiera ver eso.

—Pues ya lo verá V. Pero tenga V. mucho ojo, porque si se descuida en no descubrirse al paso de una Vírgen que llevan los brutos del

campo, corre V. riesgo de que le rajen la cabeza de un garrotazo.

—¡Ah! *¡les bedouins!*

—¡Bien que beduinos!—Si no fuera por los negocios, no me verian á mí el pelo por esta tierra.

—E ¿cómo llaman ellos esa imaguen?...

—La Vírgen de la Vega, de quien creen estos buenos paletos, *qu'elle fait la pluie et le beau temps,* como Vds. dicen, ó como dicen ellos, que manda en la lluvia y en el tiempo claro, y que da monises y salud.

—*¡Croyez cela et buvez de l'eau!*—prorrumpió el francés riendo socarronamente. Y traduciendo él mismo su frase. ¡Créalo V. y echará *pantorrilla!*

—Verdad es,—repuso el español. En fin, un país de mastuerzos, añadió procazmente, y una Vírgen de tantas, que los Curas explotan para hacer su agosto.

—¡Miente V. con toda su boca!—estalló en aquel momento Millan, lanzando relámpagos por los ojos.

Ambos interlocutores que, enfrascados en su diálogo, habian llegado á olvidar al campesino, se volvieron rápidamente hácia él. El viajero español, á quien la enérgica interpelacion se dirigia, miró de alto á bajo desdeñosamente á

Millan, é incorporándose prorrumpió con ademan soez:

—Y ¿quién eres tú, zoquete, para meterte donde no te llaman?

—Yo soy quién—replicó Millan levantándose con no menor presteza,—para meterle á V. en su cuerpo maldecío las palabras que acaba de pronunciar.

En aquel solemne instante, en que ambos contendientes se miraban fieramente como leones, eran de ver el sudor que surcaba la frente, y la congoja que atosigaba el alma del extranjero, horripilado ante la sola idea de ver aparecer las *navacas*.

Difícil es prever lo que hubiera sucedido, si la casualidad, ó acaso los gritos, no hubieran hecho que en aquella sazon apareciese en el cristal de la portezuela el interventor esgrimiendo un sacabocados y recitando el consabido:

—¡Los billetes, caballeros!

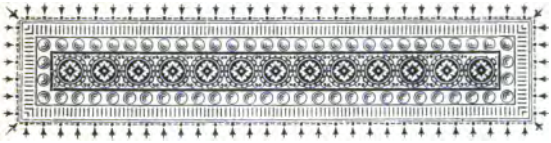
Envalentonado el libre-pensador con la presencia del empleado, desbarró de lo lindo contra el fanatismo de los baturros, y contra la empresa, que por no poner un coche más exponia á las personas decentes á un lance con un pollino.

Millan, que no se mordia la lengua, alegó que, en punto á decencia, todos somos hijos de

Dios; y que los mejores son los que no se avergüenzan de su Padre, ni se las echan de hombres, desbarrando contra la religion.

¡Casualidad inesperada ó acontecimiento providencial! La verdad y la Constitucion salieron triunfantes de aquel debate. En efecto, el empleado que en un principio se sentia más inclinado á llevarse á Millan á la perrera, como pedia el libre-pensador, acabó al fin por disgustarse de la cínica arrogancia de éste, y por declarar, usando de su jurisdiccion, que Millan estaba en su perfecto derecho, como católico, de ser respetado en sus creencias, y como ciudadano, de no aguantar que en su cara le llamasen barbarote y jumento, aquellos que despues de todo venian á negociar y hacerse ricos en su país.

Puesto en claro el derecho, el viajante de comercio (que eso era y no otra cosa el libre-pensador) tuvo el buen gusto de mudar de plática con su compañero el *commis voyageur* francés. Y lamentándose ambos de que en los hoteles y posadas españolas no se encontrase una cocinera que supiese hacer bien una *omelette soufflée,* llegaron, sin otro incidente y sin hablar más palabras con Millan, al término de su viaje, que era la importante villa de Haro.



II

ARO, llamado antaño *puerto seco,* por la gran afluencia y contratacion de pescado que en su plaza tenia lugar, ántes del establecimiento de las vías férreas, ha aumentado su antiguo movimiento comercial, merced á la considerable exportacion, que para el extranjero se hace actualmente, de los excelentes vinos que constituyen su principal riqueza.

Desde la estacion, echa ya de ver el viajero la importancia de este tráfico. Nombres franceses campean en las fachadas, trenes enteros de barricas garantizan la abundancia de los caldos y los alcoholes, dilatadas plantaciones de viñe-

do pregonan cuál es la principal faena y fortuna. Empero, si la situacion de la Vega es deliciosa, bañada como está por los rios Ebro y Tirón, tambien tiene el grave inconveniente de hallarse expuesta á continuas heladas que malogran y destruyen las cosechas.

Y como donde hay españoles necesitados y atribulados, es ordinario hallar un santuario donde se implore á María Santísima, no es mucho que Haro posea el suyo, y á la verdad tan respetable por lo antiquísimo de su orígen como por la abundancia de favores que en él se obtienen de la Madre de Dios. La tradicion, conservada en el país, asegura que la imágen de Nuestra Señora de la Vega, es la misma que los cristianos huyendo de los moros trajeron de Granada, cuando la monarquía goda quedó sepultada en la famosa rota del Guadalete (1).

¿Hay peste ó calamidad que amenace la salud pública, ó heladas, contagios é inundaciones que pongan en riesgo la cosecha? Pues indefectiblemente, el pueblo de Haro saca la

(1) Es probable la existencia de una poblacion romana llamada Villabona en el mismo sitio donde está el santuario, si se atiende á que en las excavaciones practicadas en las arboledas inmediatas, se han hallado sepulturas, osamentas, monedas y otros efectos. En dicha poblacion se conservó la imágen que recibió culto constante, porque siendo aquélla fortificada, los habitantes se defendian del furor de sus enemigos, amparados por la misma imágen constituida en prisionera y Capitana.

sagrada imágen en procesion con gran solemnidad de su santuario, y cuelga de tan poderosa Protectora su esperanza y su remedio, como de quien tantas veces le ha consolado y favorecido.

En semejantes ocasiones, desfila lenta, muy lentamente la religiosa comitiva; pues siendo numerosísimos los devotos que desean honrarse llevando en hombros á su Patrona, es forzoso que se efectúe un relevo á cada veinte pasos. Para alejar discusiones, un señor Sacerdote lleva una lista, segun la cual van sucediéndose ordenadamente los conductores.

Ahora bien: si por ventura se llega á extraviar la lista, los señores Sacerdotes, para evitar porfías y descomedimientos, suelen encargarse de la conduccion de la imágen (1).

Por lo demás, para convencerse de la especial veneracion de los harenses á la Vírgen Santísima, basta visitar su santuario, pues á la vista de aquel pueblo reverente y afectuosamente postrado ante su Patrona, á la cual acude confiadamente en sus tribulaciones, hay que confesar que entre las imágenes queridas en

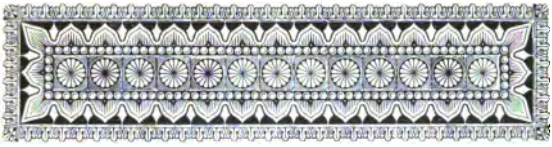
(1) Así sucedió el verano de 1885, en que Haro se vió libre del cólera por la intercesion de su Patrona, con haber hecho el azote numerosas víctimas en Tudela y Calahorra, de la misma ribera del Ebro.

España, no cabe omitir la popularísima Vírgen de la Vega de Haro (1).

(1) Del fondo religioso de este pueblo, da alguna idea el siguiente episodio ocurrido no ha mucho tiempo. Cuando se fundó el Apostolado en Haro, los Padres de la Compañía dieron una mision en Briones, distante legua y media. Era grande la discordia y peligro entre los mozos, armados todos de sendas y enormes navajas.

Lo que la autoridad civil no podia lograr, se logró fácilmente por los misioneros; pues todos los mozos entregaron á los Padres dócilmente las navajas, de que se llenaron dos ó tres cestos. Con ellas se hizo fundir una cruz en Haro como recuerdo de la mision, que todavía se conserva en la iglesia. El Ayuntamiento, satisfecho del resultado, quiso obsequiar á la gente moza, y al efecto pagó un pellejo de aguardiente para el desayuno despues de la Comunion general.

¡Qué seria de nuestros pueblos si llegasen á arrancarles la fe!



III

UNQUE fatigados del camino, ninguno de los tres viajeros que la casualidad habia reunido en el coche de primera clase, habia podido dormir la noche siguiente á su llegada.

El francés que se quejara de la cena, porque sabia á óleo (á lo cual replicaba la cocinera que pues aceite tenia, no habia de saber á pomada), no logró digerir un suculento *pebre* de pimientos riojanos.

El viajante español no habia cerrado el ojo, por haberse acostado bajo la impresion terrorífica que le causara la noticia de que se habian dado casos de cólera fulminante á corta distancia. Sabido es, que cuanto uno es más despreocupado en religion, es tanto más impresio-

nable y tembloroso conservador de la pelleja.

Millan, por su parte, no habia hecho más que dar vuelcos en la cama, atormentando su cacúmen y buscando la misteriosa incógnita de este problema: «¿Para qué llevarán los señoritos y los franceses dos casacas en verano, cuando yo no puedo aguantar ni el chaleco encima de la camisa?»

El problema tenia su intríngulis, y no era ajeno á la situacion de Millan.

Porque es de advertir que al apearse del tren, los dos viajantes, despidiéndose á la francesa, corrieron á coger el coche que hace el servicio de la estacion á la villa. Millan, que contaba con los quince *menutos* de parada, se quedó un momento á asegurarse de que no le faltaba en las alforjas ninguno de los encargos que habia ido á mercar á Miranda.

Al salir del coche, echó una mirada y advirtió un periódico abandonado, y debajo de él una cartera con papeles que tomó y guardó. Entónces creyó recordar que se le habian caido al francés al ponerse la segunda casaca.

Llegados á casa, le faltó tiempo para contar á su madre la tia Bastiana, cómo habia viajado en primera clase, y cómo los dos señores que iban en el coche habian puesto á la Vírgen de la Vega peor que un *pial*.

—María Santísima ¡qué judíos! Y tú ¿qué has hecho?

—¡Toma, sacar la cara por la Vírgen!

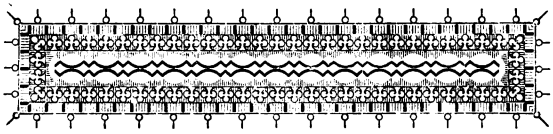
—Bueno, hombre. Pues ¡no faltaba más!

—Y ya le iba á descargar una *guantá* al más deslenguado, cuando se apareció allá de pronto aquel que hace abujeros en los billetes.

—Mejor es que haya pasado así, hijo, porque, si no, ellos hubieran sacado algun *regolvér*.

—Y ¡mucho miedo que me dan á mí los *regolveres*. cuando tengo mi garrote en la mano!

Millan enseñó á su madre la cartera encontrada en el coche, y aunque ni uno ni otro comprendieron toda la importancia de los papeles que contenia, muchos de los cuales estaban en francés, entendieron que aquello valia un caudal, y convinieron en lo que habia que hacer.



IV

RENEGABA el francés viajante, desde el amanecer, de las fondas españolas, de las cenas riojanas, de las camas sin *sommier*, y de la mala costumbre de las domésticas que aporrean al dormilon perezoso cantando á voz en grito para toda la vecindad, todo su repertorio de coplas, mientras barren ó hacen los cuartos.

Parecia, en efecto, que la Florentina, honrada sirvienta de la fonda, se habia propuesto aburrir á los recien llegados:

A la Vírgen de la Vega
Le he pedido yo en la Salve,
Que no se hiele el plantío
Y mi novio no me plante.

El buen bordelés (porque de Burdeos era), comprendió que Morfeo, á quien todavía aguardaba, se habia de espantar con semejantes cavatinas, y se resolvió á levantarse y á poner en órden sus asuntos, papeles y bagajes.

La Florentina, continuaba:

El pan nuestro, cada dia
A Dios del cielo le pido,
Y á la Vírgen de la Vega
Que no se nos agüe el vino.

—¡Es extraordinario!—exclamaba él; estas buenas gentes creen que la Vírgen no se ocupa más que de sus pequeños asuntos. Despues de todo, pensaba, esto no hace mal á nadie.

De pronto, detiénese caviloso, en medio de su habitacion, lánzase luego al paletot, busca en todas partes su cartera, y desesperado, pálido, convulso, cae en una silla, gritando con voz ahogada:

—*¡Mon Dieu! ¡Je suis volé! ¡Au secours!* (1).

Acudió su compañero de viaje, y acudieron los dueños de la fonda, que no sabian cómo explicar el caso, ni quién podria ser el ladron, y hablaban de dar parte á la autoridad, y de avisar por el telégrafo y de registrar la casa, y de mil proyectos más.

---

(1) ¡Dios mio! ¡Me han robado! ¡Socorro!

En estos momentos llamaban en la escalera de la fonda.

—¡Deo gracias!

Pero ninguno escuchaba, porque la noticia del robo les hacia atender á lo principal.

—¡Ave María!—repitió más fuerte la voz.

—¡Sin pecado concebida!—respondió por fin la Florentina. ¿Qué se le ofrece á V.? preguntó al que subia.

—Desde el otro lado del pueblo te he oido cantar. ¡No estás tú poco cantora!

—Hijo, de lo mio gasto. ¡Pero si tú supieras lo que nos pasa!

—¡Bah!—dijo Millan desentendiéndose.

Y entró con mucha tranquilidad en la estancia donde se hallaba el viajante bordelés, pálido y desencajado; y despues de haber saludado cristianamente y tomado las seguridades convenientes, entregó la cartera á su dueño sencillamente, diciendo al propio tiempo con solicitud:

—Mire V. si le falta algo.

—¡Oh, señor!—exclamó aquel, tan estupefacto como conmovido; pero esto que V. hace es una accion muy honrada.

—No hace más que lo que debe, interrumpió el viajante español.

—¡Permita V.!—añadió el primero. Es una

suma que entre billetes de Banco, letras y cartas-órdenes, se monta á 30.000 francos.

—Lo mismo hubiera sido que fuera un millon,—observó modestamente Millan yendo á tomar la puerta.

—No se marche V., señor,—exclamó el bordelés, visiblemente impresionado. Tengo con usted una gran deuda. Hágame el favor de recibir esta pequeña gratificacion.

Y alargóle dos billetes de veinte duros cada uno. Millan retrocedió entre corrido y airado, y con brusquedad sublime respondió altivo:

—Señor *musiú,* V. nada me debe, y entre los hombres de mi ropa, no se estila recibir dinero por dejar de ser ladron. Además, sepa usted, añadió con acento más vibrante, que si algun dia tuviera que pedir una limosna, ántes permitiria morirme de hambre que recibirla de gente que pone su lengua malvada en la bendita Madre de Dios.

Y salió de la fonda dejando estupefactos á los dos viajantes. En honor del caballero francés, hemos de declarar, sin embargo, que deplorando sinceramente su ligereza de la víspera, admiraba la conducta de Millan, y buscaba un medio de manifestarle su agradecimiento.

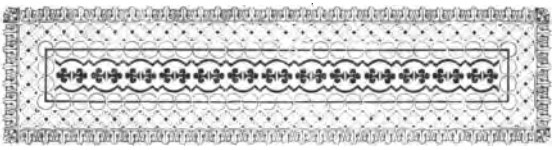
La señora de uno de sus corresponsales que se enteró del caso, le sugirió, como buena cris-

tiana y conocedora del país, la solucion más delicada.

Siguiendo su consejo, en efecto, ambos viajantes concurrieron aquel dia á la procesion de rogativa con sendos cirios. Millan, que aguardaba su turno para conducir á la venerada imágen, lloró casi de alegría al verlos, y confesó más tarde que ninguna propina ni regalo del mundo le hubieran causado la satisfaccion que sintió su pecho al ver aquel par de caballeros rindiendo acatamiento á la Vírgen de la Vega.

La noticia del caso se propagó entre la clase labradora de Haro, y no fueron pocas las personas que visitaron el santuario por convencerse del hecho, y contemplar delante de la popular imágen un gran cirio que durante cinco semanas ardió en enorme candelero, y que la gente designaba con el nombre de *el cirio del francés*.

MALA-LENGUA



I

COMO el sol que asoma socarronamente la cara á través del misterioso celaje de nubarrones, una vez pasada la tormenta, ó como los pájaros que abandonan las arboledas, y los insectos que salen de sus escondrijos, apénas el arco íris aparece abigarrado y esplendoroso, así los vecinos del hermoso puerto de mar S... salian de sus casillas y palacios, invadiendo paseos y caminos, por la doble y sencilla razon de que era domingo, y el primer dia de buen tiempo despues de dos largos meses de monótonas, perseverantes lluvias.

La carretera principal, sobre todo, parecia un hormiguero: caballeros y gente llana paseaban envueltos en gabanes de pieles ó en auto-

rizadas capas; señoras y mujeres del pueblo lucian elegantes abrigos ó mantones «de ocho puntas,» ricos y pobres con la nariz colorada corrian á porfía en busca de un benéfico y templado rayo de sol.

De pronto, y al pié de la cuesta, apareció un enorme carromato tirado por seis magníficas mulas. Era el del famoso tio Tabardillo, conocido trajinante del país, que á la sazon iba tumbado bajo el toldo, dormitando á lo que parece.

El zagal Jeromo guiaba el carro, pero por más que al empezar el repecho tuvo la precaucion de arrear al ganado para que tomase corrida, el piso estaba tan malo, que el vehículo, cargado en extremo, quedó inmóvil á los pocos pasos y como clavado en el sitio, sin que pudiesen las mulas arrancarlo de allá, ni más ni ménos que si hubiese sido una montaña.

Tabardillo saltó al momento de su sitio, como si le hubiese picado la tarántula; apareció colérico sobre la mula de varas, vestido de blusa corta y gorra de pelo, é interpeló al desdichado zagal en esta guisa:

—¡Ah... rre... ladron, hijo de una cabra! ¡Ya tardabas tú, perro, en hacer una de las tuyas! ¡Si no voy ahora mismo y te echo las tripas fuera!

Y encarándose con las mulas empezó á animarlas gritando:

—¡Beata!... ¡Beataaa!... ¡Coronela!

La mula Beata, que era la de varas, se esforzaba en vano para mover aquella mole. En tanto Jeromo estaba confuso, con la cara blanca como un pañuelo.

—¡Ah, granujon! ¡canalla!—volvió á decirle su amo irritado. ¿Estás borracho ú qué? ¡Hasta me chiflo en tu alma!—¡Beata! ¡Beata!... ¡Peregrino!...—¡So pillo!—volvia á decir encarándose con Jeromo! ¡No ganas ni el pan que comes! ¡Malos lobos te coman á ti, traidor!...—¡Coronela! ¡Peregrino! ¡Beata! ¡hui!... ¡Arre, Peregrino! ¡Huesqui!... ¡Gallarda!... Au... au... au...

Tiempo perdido. Las mulas tiraban de buena voluntad; pero el carro no se movia.

—Coge del diestro á ese macho, mastuerzo,—gritó Tabardillo á Jeromo con voz imperiosa y preñada de tempestades. ¡Una puñalá en la tetilla merecias tú por marrano, avutardo, sin provecho!... ¡Re... taco!

El zagal aguantó la rociada en silencio, y obedeció sumisamente.

—¡Arre, Capitana! ¡Toma, Peregrino! ¡Hala, Gallarda! ¡hala! ¡hala!...—exclamaba Tabardillo, animando y aguijoneando al ganado.

Pero el carro permanecia clavado á la tierra, sin adelantar una pulgada.

Entónces tuvo lugar ese espectáculo inhumano, horrible, salvaje... y, sin embargo, tan frecuente en nuestro país. Despues de haber descargado con toda su bestial fuerza una série feroz de garrotazos á la mula de varas que habia hecho noblemente cuanto habia podido, y despues de haber repartido entre las demás mulas del tiro crueles varazos, y tan dolorosos que los pobres animales para recibirlos doblaban sumisamente el lomo, Tabardillo, ébrio de coraje, echando fuego por los ojos y mirando su carro atascado, empezó á descolgar todo lo más santo, y á poner su lengua malvada sobre cuanto hay de sagrado y augusto en cielo y tierra.

La muchedumbre escuchaba espantada y en silencio aquellas infernales blasfemias, y era verdaderamente vergonzoso que ninguno hiciese callar á aquel demonio. De repente salió de un grupo que acababa de llegar, un hombre del pueblo, enérgico, sereno y resuelto:

—Ménos lengua,—dijo, buen hombre, y más sentío. ¿No es una mala vergüenza que esté usté echando por la boca toda la fuerza? ¡Canastos! ¡Vaya con el ciudadano, que se sabe de memoria todo el silabario de los pecados!...

¡Capote! ¡Ya está V. apechugando con una rueda! ¡Y apriete fuerte, que lo mismo haremos aquí!

Y como Tabardillo lo mirase vacilando:

—Vamos pronto, ¡cacharro!—gritó resueltamente el recien venido, que yo no digo las cosas dos veces.

Tabardillo, estupefacto, dejó asomar todavía un gesto de mal humor, porque era díscolo y mal templado para sufrir imposiciones de nadie. Pero al ver que varios de los circunstantes, obedeciendo á una simple señal del que acababa de hablar, se disponian dócilmente á ayudar, creyó que sin duda era alguna digna autoridad, y sin chistar más palabra se abrazó á la rueda.

—¡Suelta tú la galga, zagal, que estorba!—exclamó entónces el protagonista de aquella escena, á quien sus conocidos designaban respetuosamente con el nombre de señor Tiburon.

Tiburon, se llamaba, en efecto, un honrado marino que gozaba gran prestigio entre la gente del pueblo, porque á una vida honradísima, unia el ser muy campechano, muy complaciente, muy decidor, muy bravo, y como dice el Evangelio, hombre de *buena voluntad.*

Bajo su direccion inteligente, todos á una empujaron con ahinco, mientras el pobre zagal hacia que las mulas cumpliesen con su deber,

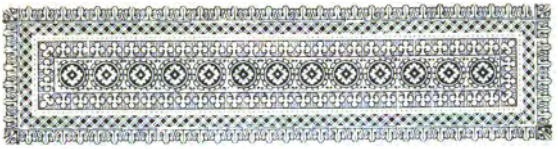
y de esta manera, en pocos minutos, sin ruidos, ni juramentos, ni escándalos, ni ofensas de Dios, el carro salió como una pluma del atascadero.

—¡Ave María Purísima,—exclamó con buena sombra Tiburon, cuando el carro echó á correr, como para desinfectar la atmósfera envenenada por las recientes blasfemias.

—¡Sin pecado concebida!—contestaron sonriendo y sacudiéndose las manos manchadas de barro los que habian contribuido á la faena.

Pero aquí del apuro de Tabardillo. Comprendia bien el muy cerril que debia agradecer de alguna manera el servicio que tan generosamente y tan contra su grado le acababan de prestar, pero le daba cortedad convidar á Tiburon, porque aquel hombre parecia superior á los demás.

Paró, pues, el carro frente á la taberna, en lo alto de la cuesta, y esperó á sus bienhechores, que afectuosamente venian hablando con Tiburon.



II

AL llegar el grupo, Tabardillo gritaba á la tabernera:

—Patrona,—saque V. un puñao de almendras ó castañas pilongas, y reparta á estos caballeros.

Y al mismo tiempo se apresuraba á ofrecer á Tiburon un vaso lleno de vino, esforzándose visiblemente por ocultar su habitual aspereza.

—Se aprecia la buena voluntad,—contestó el marino, pero no hay gana. Estos señores beberán.

—¡Añide sardinas, tabernera, que van viniendo convidaos!—dijo Jeromo.

—¡Se ofrece de buena voluntad!—insistió Tabardillo, repartiendo vasos, y mirando al marino.

—Beban Vds. si quieren, respondió éste, cortés pero secamente.

La tabernera, que era mujer tan gorda como hábil zurcidora de voluntades, adivinó cuanto pasaba, y se propuso pinchar aquel tumor para que acabase de reventar.

—¡Atemorizada viene la gente de oir desbarrar! Si no fuera porque hombre enfadado no sabe lo que habla, merecian Vds. á veces un buen sinapismo en la misma lengua, por escandalosos!

—No le falta razon, señora,—opinó uno de los presentes.

—No lo digo por naide,—añadió otro, pero algunos se ponen como bárbaros. ¡Y todo por echarla de *presonas!*

—¡Lástima de multazo que les doliera en la bolsa!

—¡Mejor un buen sopapo, que les derribara las muelas!

—Señores, para meter en cintura á los mal hablados, no hay como el alcalde de mi pueblo. Los pone á la sombra por lo ménos una noche, y quieras que no, les hace beber ántes de soltarlos un vaso de caldo de guindillas, que arranca el gaznate! (1).

(1) Este alcalde vive y gobierna hoy felizmente.

—¡Desengáñense Vds.! No hay mejor tapabocas para los desalmados, que escupen á Su Divina Majestá, que un garrotazo bueno en la misma boca maldiciente...

—¡Reniego de mi casta!—gruñó en aquel momento muy quemado Tabardillo, que hasta entónces habia estado tragando saliva.—Cada uno rasca su sarna, señores, continuó, que para decir el toro viene, no es menester tantos arrempujones. Bebamos en paz, si Vds. gustan, pero ¡me caso en Saboya! coste que si lo dicen por mí, á mí nenguno me ata, porque rompo la soga.

—Aquí se habla por tós y por ninguno, y el que se pica ajos come, observó uno de los que habian hablado.

—Yo no tengo que dar á usté ni á nengun nacío cuenta de lo que hablo, ¡re... paño!—dijo amenazador Tabardillo, que se iba subiendo á la parra. ¡Conque bebamos! Y poquita bulla, que me duele la caeza!...

La tabernera lanzó una mirada de inteligencia al marino, como diciéndole: «Si V. no lo gana, esto se pierde.»

—Prudencia, señores,—dijo Tiburon, y el que no quiera borrasca que no se meta en el barco; que el hombre es hombre, y si salta la cuerda puede darles el zurriagazo en la cara.

—Bien hablado, compadre,—dijo agradecido Tabardillo. Yo soy asina, ó drento ó juera, como mi padre, que Dios haiga, y tenia malas pulgas.

—¡Camorra!—continuó Tiburon. Cada uno es como Su Divina Majestá le hizo, y un poco peor, y nadie puede decir de esta agua no beberé.

—¡Cabal!

Yo conocí á un marinero, indómito como la mar,—continuó el marino—con más alma que un cañon, más pelo en el pecho que una zamarra, y más fuerzas que un vendabal. Manejaba la lancha como si fuera una nuez, jalaba del remo como cuatro, nadaba como una merluza, cazaba largo, bebia como un inglés, y hablaba... ¡capote! lo mismo que un condenao.

—¡Qué atroz!

—Toda la grumetería se callaba donde estaba él, y cuando arriaba la lengua, y empezaba á descolgar toda la corte celestial, era cosa de colgarle de las gavias, ó de echarse á la mar, por no oirle.

—¡Qué bárbaro!

—Dios Nuestro Señor, que le pudo dejar desarbolao ó echarle á pique, le aguantó sin embargo, pues dicen que Dios no tiene prisa, porque siempre le llega su hora.

—¡Verdad como un templo!

—Pues es el caso, que *Mala-lengua,* que así le llamaban, estaba un dia plantao á la puerta de la taberna, y por cierto á la vera de la misma iglesia. Él era hombre, como digo, de fuerzas, y cuando asentaba sus piés en tierra firme, no se los hacia mover ni un terremoto. Habia vuelto de la pesca de artura, y estaba allá mi hombre con sus calzones amarraos, su camisa de bayeta y el sombrero embreado, probando, navaja en mano, á liar un cigarrillo, que no le acababa de salir. ¡Ca. . rabina! Como si ahora mismo lo viera me acuerdo. Al ir á amarrar la punta de aquel fardo de tabaco, que más parecia dos cuartos de especias que pitillo de fumar, revienta el papé, y se errama la municion por el suelo. ¡Cristianos! aquel hombre se puso tan acalorao, que se le podian tostar avellanas en el lomo. Y soltando su mardesía lengua, salió de su boca un taco tremendo, como vomitao por Satanás, en el mismo momento que cruzaban por la calle de estribor dos... vamos, no lo acertarán Vds. en un año.

—¡Dos señoras!—dijo uno.

—Dos guardia civiles,—exclamó otro.

—¡Serian dos Monjas!

—¡Dos Regidores!

—No, señores, dos Jesuitas.

—¡Bah! Yo creí que era otra cosa.

—Oigan Vds. con calma. Uno de ellos se lanza como una flecha á *Mala-lengua,* y le sujeta contra la muralla por el pescuezo, lo mismo que si hubiera sido un gorrion.

—¡Tendria fuerzas de gigante!

—Un Sanson me pareció en efecto aquel bendito Jesuita, y *Mala-lengua* no marró ni una pulgada, ni más ni ménos que si le hubieran clavado á la pared.

—¿Qué hacia de las manos?

—Sacar la navaja,—continuó Tiburon, y abrirla como la abrió. Pero el compañero del Padre llegó á tiempo de evitar una desgracia, y un alguacil acudió al punto y metió á *Mala-lengua* en chirona.

—¡Muy bestial debió ser la blasfemia!

III

TAN bestial, —prosiguió Tiburon, que las mujeres, asustadas, gritaban al alguacil desde las ventanas, que lo llevase luego ande el alcalde, y temian que Dios iba á vengarse del barrio, por aquel deslenguado criminal que se atrevia con la Hostia divina, y con todo lo más sagrado.

—¡Alabado sea Dios!

—Un caballero, que pasaba cuando *Mala-lengua* iba conducido por el alguacil, le reprendió y le dijo que, si se cumplia la ley, ya estaba divertido.

—El tal *Mala-lengua* debia ser un animal,—

interrumpió á esta sazon uno de los oyentes.

—Todos Vds. lo conocen,—continuó Tiburon. Pues voy al caso. Cuando el pobre se vió á la sombra, y meditó en la barbaridad que habia hecho (porque es claro que estas cosas se suelen hacer por gala y mala costumbre, y por mor de echarlas de plancheta), *Mala-lengua* mandó llamar al Padre, y muy sumiso, le pidió perdon de rodillas; que al fin y al cabo, él no era malo... malo en el fondo, que digamos.

—¡Me alegro,—exclamó en este momento muy conmovido Tabardillo, con asombro de los que le escuchaban! Yo lo mismo digo una cosa que otra, añadió. Con Dios no hay que gastar bromas, y si habia hecho mal hizo bien en decirlo.

Todos se sonrieron al oir esta salida inesperada del terrible Tabardillo.

—¡Cabal! asintió Tiburon,—continuando su narracion. Pero no se figuran Vds. cómo vino á pagar su pecado *Mala-lengua*.

—Le sacarian la multa.

—Era un pobre pescador que no tenia más que sus remos naturales, observó Tiburon.

—¡Le darian una buena paliza!

—Le echarian á presidio.

—Nada de eso y más que eso,—prosiguió el marino. El Juez ya queria hacer una nombrada,

con la ley en la mano, pero el Padre Jesuita le suplicó que le dejase á *Mala-lengua* por su cuenta.

—¿Pa zurrarle la badana?

—¡Ca... pote! Ahora lo verán Vds. En primer lugar, el Padre le llevó ropa de abrigo y comida todos los dias á la cárcel, para que viera que, si *Mala-lengua* insultaba á Dios, Dios, que era su Padre y que llueve sobre buenos y malos, no se olvidaba de *Mala-lengua*.

—Eso estaba bien,—volvió á interrumpir Tabardillo.

—Yo que lo vi, con estos ojos que ha de comer la tierra, les aseguro á Vds. que en jamás habia estado *Mala-lengua* tan bien cuidao y mimao en su casa como lo estuvo en la prevencion por aquel par de santos. Y no crean ustedes que se fastidiaba de estar solo, porque el Padre, que calaba mu hondo, le dió aquellos dias una cosa, que llaman los *Ejercicios* de San Ignacio de Loyola.

—¡Mejor hubiera tomado él un jarro de vino!—dijo un chistoso.

—Se equivocan Vds. ¡Ca... nastos! No todo ha de ser en esta vida atracarse, como la mula Coronela y el macho Peregrino, que es lo que mismamente decia el Padre. ¡Conque limpias la chimenea pa que no se queme, y no limpia-

rás el alma tiznada pa que no arda por siempre jamás amen!!

—Verdad, verdad.

—Ello es, que el Padre le hizo meditar aquellos dias en sus pecados, en el infierno, en lo que padecieron por nosotros Cristo y su Santísima Madre, y en el mal pago que les damos... Y á *Mala-lengua* le entró una murria contra su misma brutalidad, que hasta entónces no habia considerado, que no paraba de pedir perdon á Dios y á su Santísima Madre por su falta de sentío y su infame costumbre. La fortuna que él, en medio de todo, era hombre de teson, y prometió, pa ponerse en cura, no soltar jamás una blasfemia, y ayunar á pan y agua cada vez que se le fuere la mala lengua...

—¡Se confesaria!

—Eso por sabido se calla; y á los pocos dias, porque el Padre se empeñó con el Juez, salió de la cárcel bendiciendo el dia que habia entrado en ella, hecho un cordero, y diciendo á todo el que le queria oir, que el hombre que suelta una blasfemia merece que le arranquen la lengua, y que le desuellen vivo; pero que los más de los blasfemos son como los judíos que crucificaron á Cristo, que no saben lo grave de la barbaridad que cometen.

—¡Mucho que sí!—exclamó nuevamente Tabardillo, cada vez más conmovido por la historia de *Mala-lengua*. Como decia mi difunta madre, que de Dios haiga, blasfemar ha sido siempre y será una cosa más fea que pegar á Cristo en Viérnes Santo.

Y al mismo tiempo que esto decia, pegaba con la vara en el suelo, y estaba más encendido que un pimiento.

—Cuando *Mala-lengua* dejó de blasfemar,—continuó Tiburon, se vió que era un hombre que, como decia la gente, de bueno se le caian los calzones. Aquel bendito no sabia lo que hacer para obsequiar á los Padres. Y ca vez que volvia de pescar, ya se sabia, la mejor pieza era para aquellos santos, que le aconsejaban y dirigian siempre como Dios manda.

—Y un dia que uno de sus hijos se descuidó en soltar un *por vida*,—añadió la tabernera, sonriendo y mirando á Tiburon,—su padre, que ya no sabia echar más que ca... narios, ca... nastos y ca... charros, y que no habia renegado del genio que ántes tenia, le pegó un puntapié en la popa, que la criatura estuvo bailando de coronilla media hora.

—¡Muy bien hecho!—exclamaron, riendo, algunos de los circunstantes.

—Y aunque sea mal preguntado,—interpeló

Tabardillo con modo al marino: ¿Se pué saber si *Mala-lengua* vive entodavía?

—Sí, señor, vive feliz con su mujer y sus hijos, y bendice á Dios tanto como ántes le maldecia,—respondió Tiburon.

—¡Hombre!—añadió interesado y casi llorando el terrible Tabardillo. Me alegraria conocerle pa darle un abrazo.

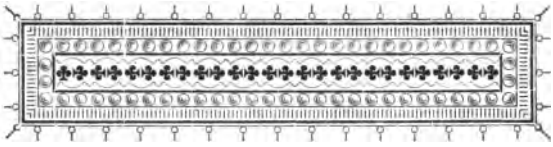
—Pues aquí lo tiene V.,—exclamó sonriendo Tiburon. Abrácele V. ¡Yo mismo soy en presona! (1).

Inútil es decir la alegría que se apoderó del carretero y de los circunstantes. El marino contó detalladamente, para satisfacer la curiosidad de sus oyentes, cómo habia triunfado de su maldita costumbre, y añadió que sabia por experiencia que á los blasfemos no conviene en general humillarlos cuando están acalorados, porque suelen desmandarse. Lo mejor es hacerles ver en frio la fealdad y enormidad de su vicio. Tabardillo aplaudió conmovido, pagó otra ronda en obsequio de Tiburon, suplicó á éste le dispensara si le habia faltado, y le

(1) El Padre, que se abalanzó al maldiciente para impedir nuevas y horribles blasfemias, era el P. Rey, ya difunto. El que le acompañaba es quien nos ha referido este episodio, puramente histórico. El pescador, á quien llamamos *Mala-lengua*, vive todavía en una de nuestras poblaciones marítimas, y como se deduce del texto, hace vida de excelente cristiano.

prometió tener más cuidado en adelante con la sin hueso, porque, como él decia, el ejemplo del marino le habia calao, y le habia hecho más efecto que el sermon de cualesquiera pedricador.

EL FAROLON



I

ERA en el mes poético de la vendimia, en la feracísima T., que el Ebro baña, á la hora misteriosa de anochecido, cuando las tiendas se cierran y las ventanas se abren, y los niños se acuestan, y las vecinas siéntanse á la puerta á tomar el fresco, y los pianos preludian, y los mozos en grupos recorren cantando las calles, y suenan los cascabeles de los varios coches que á todo correr llegan de los baños de Tiermas, Grávalos, Fitero y Cervera de Alhama, á enlazar con los trenes de Pamplona y Zaragoza.

Los balcones de la señora de Montesa estaban de par en par, y en lugar del piano, oíase un diálogo animado, risas y gritos tales, que la

tertulia parecia cotarro alborotado. No lo extrañaban los vecinos, porque la señora en cuestion era persona de mucho trato, y recibia numerosos forasteros, sobre todo en verano.

—En Madrid, peor todavía que en provincias,—decia una voz femenina. Yo ya me despido de los pollos hasta la temporada que viene... si papá me lleva á baños.

—¡Claro! Como sus altezas no se dignan dejarse ver en las tertulias, y viven en los clubs, garitos, ateneos y casinos...

—¡Que malditos sean!—dijo otra voz atiplada.

—¡Amen!—gritó el coro. Y una rueda de carcajadas sucedió.

—Por mí malditos tambien,—profirió una voz de tenor. Cuando soltero iba y los aborrecia, porque me costaban un ojo; ahora de casado los detesto más aún, pero voy amenudo por no quedarme en casa.

—¡Es V. muy galante!

—En todo el pasado invierno hemos podido bailar en casa de la Condesa el cotillon á falta de hombres,—alegó una niña.

—¡Estarian en el café! ¡Mal año para los cafés, que nos roban á nuestros hijos y maridos!

—Por mí malditos tambien los teatros grandes y chicos, donde un oficial no puede pasar

honradamente la velada sin pagar lo que no tiene.

—Bien dicho, capitan.

—Señores (dijo á esta sazon una voz de barítono reposada y dulce, que todos parecian escuchar con atencion); no todo el daño está en los cafés: tambien la mayor parte de las recepciones son bazares de mujeres falsificadas, lonjas de pavos reales, exposicion de exorbitante lujo, seminario de rivalidades, emulaciones y otros vicios de mayor cuantía, y en suma, bancarrota de padres y maridos.

Una salva de aplausos en que los hombres parecian tomar más parte que las señoras, vino á aprobar la anterior declaracion.

—Bien ha dicho V., amigo mio,—exclamó otra voz, andaluza por las señas. Yo mardigo del señorío con que hoy se crian las jóvenes, á lo surtanas, cargadas de arracadas y de abanicos como buñoleras, caras y ociosas como hijas de reyes; incapaces, cuando el marido viene á ménos, de peinarse sin *coiffeur* ni de guisar una chuleta!...

El coro femenino lanzó aquí un grito de protesta y de horror.

—Pues malditos nuestros galanes,—clamó una garganta juvenil con estridente indignacion, tan virtuosos, que cuando llega el matri-

monio necesitan más que mujer una hermana de Caridad, y tan desinteresados, que llevan un rey en el cuerpo, y no dan su morena mano sino á cambio de sendos miles de duros. ¡Y luego hablarán de amor!

Una tempestad de risas y aplausos acogió tan intrépida salida.

—¡La buena sociedad está mala!—dijo una voz cascada y bondadosa, que hasta entónces no se habia oido.

—¿Y qué remedio, padre Cura?—dijo el andaluz.

—Ahí lo tienen Vds.,—respondió el Sacerdote.

El silencio de la tertulia en aquel momento fué tan profundo, que sólo se oia en toda la calle el eco argentino de una campanilla, que dos ó tres chiquillos se disputaban y agitaban con infantil solicitud.

Aquel tañido advertia á los devotos labradores que era la hora del santo Rosario.

II

QUÉ diversos intereses mueven y agitan los distintos corazones! Apénas se reunieron media docena de hortelanos y *mocetes* en el portal de la Catedral, empezó el diálogo siguiente:

—¡Buenas noches nos dé Dios!

—¡Santas y buenas, señores!

—¿No ha venido todavía Perejiles?

—No, pero ahí tienes á Menea-Colas.

Es de advertir que esos dos mozos así nombrados habian hecho una apuesta, á cuál de los dos recogeria más dinero para cierto farol, que habia de estrenarse el dia de la Vírgen del Rosario.

—Valiente *sin provecho* es ese Menea-Colas,

decia el primero; más lagotero no le hay, pero tampoco más ababol. Se les olvidó echarle sal al bautizarle, y cuando habla se le cae la baba.

—Perejiles es todo fachenda: á fanfarron y á pinturero no le gana nadie, pero ya vereis cómo no recoge ni pa el mango, decia el segundo.

Cada noche se hacia el arqueo de lo que recogian ambos, y el resultado daba lugar á risas y bromas sin cuento. La apuesta consistia en una merienda de cordero para todos los músicos, tocantes y cantantes, el domingo despues del Rosario.

—¿Qué ha dicho el hojalatero?

—Que ménos de media onza no hace el farolon.

—¿Media onza? Por media onza compro yo la estacion del carro-cerril con las linternas coloradas y todo.

—Pues que no es ménos... que él no roba los cristales.

—Y tú ¿cuánto llevas recogido?

—Ventisiete riales, y cuatro *maises*.

—Con cuarenta que le di yo al tio Bendito no llegan ni á la *metá*. Y los de San Nicolás dice que tienen hecho ya su farolon.

—Y bien majo, que mi padre lo ha visto.

—Ya podia tambien la Vírgen Santísima arrimar el hombro, que para Ella es.

—Si sabrás tú mejor que Ella lo que ha de hacer.

—Es un decir. El Caloyo ofreció dar dos duros para *dempues* de la *vendema;* pero de aquí á entónces...

—Antes llega la fiesta del Rosario. Y despues de muerto Pascual...

Ya habrá comprendido el lector la congoja de estos excelentes devotos de María. Llegaba la fiesta de la Vírgen, ansiaban estrenar su farolon mónstruo para el centro del Rosario, faltaba el dinero, y el farolon estaba por hacer. Otros pasaban el dia en la ociosidad, para desquitarse por la noche jugando ó bailando, ó murmurando, ó derrochando. Estos infelices remaban de dia como negros, y su deleite por la noche era asistir al Rosario, y recoger para el farolon.

Mientras la gente llegaba, los *mocetes* fueron sacando estandartes y faroles, no sin disputar quién de ellos habia de llevar *la capa*. Ya veremos despues qué *capa* es esta.

Uno de los devotos más antiguos, el tio Bendito (que en realidad se llamaba Benito), se postró de rodillas ante la imágen de la Vírgen, y allá al aire libre todos los devotos, arrodillados en dos filas, contestaron á las primeras jaculatorias. En seguida púsose en marcha el Ro-

sario por las calles de la parroquia, llevando un estandarte con dos faroles delante, luego un farol en medio, y, en fin, otro estandarte con otros dos faroles detrás.

Es un espectáculo hermosísimo, indescriptible, digno de un país de patriarcas y de un siglo mejor que el nuestro, el que ofrecen aquellos honradísimos labradores (pues el Rosario de cada parroquia se compone de hombres solos), cantando á voz herida las alabanzas de la Madre de Dios. A medida que el Rosario entra por las calles, éstas se iluminan como por encanto. Son las piadosas mujeres, que despues de haber acostado á la familia menuda, salen con el candil ó el velon á las ventanas y ventanillos para asociarse á la tierna devocion de sus maridos.

¡Cuánto debe agradecer la Reina del cielo tan cariñosa devocion! Va el marido deshecho de trabajar, sin encogimiento ni jactancia, sencillamente gritando por esas calles las grandezas de María; y la esposa, que no es ménos cristiana, se asoma al balcon, y publica á su modo que en aquella casa reina la fe entrañable en la Vírgen del Rosario, y que si rezando se empieza la jornada (1), rezando tambien se concluye.

(1) Es de advertir que la mayor parte de los labradores oyen todos los dias una ó varias misas ántes de partir para las faenas del campo.

¡Cómo no han de vivir y morir felices y resignados en su pobreza esos benditos hijos de la religiosa España!

Apénas pasaba el devoto cortejo, oíase de las ventanas tal cual, *chist!* misterioso, que era generoso llamamiento al *mocete* de la capa. ¡Con capa y en verano, cuando se asaban en el aire los pajarillos!—exclamará alguno. La explicacion es, sin embargo, tan ingeniosa como sencilla. Para sostener el modesto gasto de luces y demás á que esta devocion da lugar, se necesita alguna limosna. Es preciso, pues, pedir, como dice el muchacho *¡para la luminaria del Santísimo Rosario!*

Mas si pedir es fácil, ¿cómo recoger de noche las dádivas de gentes, que arrojan el dinero desde los balcones y ventanas? Aquí la aguda invencion de la capa, que hace la felicidad de los rapaces. El que logra armarse con la capa susodicha (que entre paréntesis tiene más agujeros y remiendos que la famosa del estudiante), se la planta, y de seguro le arrastra un palmo, porque para chicos es *crecedera*. Bien arropado en ella nuestro *mocete*, siempre corriendo de un lado á otro del Rosario, metiéndose por las tiendas y callejuelas, con el ojo listo para mirar abajo y arriba, con un palmo de orejas para divisar cuándo la moneda cae fuera de la capa,

y con dos metros de brazos para extender bien ésta, el *mocete* pedigüeño constituye allá un tipo, y es objeto de la envidia de todos los devotos de pocos años.

A veces la piadosa comitiva se detiene delante de una casa, interrúmpese la decena comenzada, y el que lo dirige se pone á rezar en voz alta, *por una necesidad,* un Padre nuestro, que todos contestan. Generalmente se trata de un enfermo grave, devoto las más veces, y en todo caso se pide á Dios le dé la salud, *si le conviene.*

Llegado el Rosario á su punto de partida, todos se arrodillan bajo la celeste bóveda, y rezan las letanías con las demás oraciones que se usan entre gentes de buena conciencia. Por cierto, que al acabarlo, aquellos sencillos hijos de la Iglesia recitan una plegaria, modelo en su género, que todos repiten palabra por palabra, y que pone digno remate á su cristiana manifestacion. Hela aquí en toda su breve sublimidad, con la puntuacion que la dan los buenos devotos:

Hágase, cúmplase, sea alabada, y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amen Jesus.

III

Ave María Purísima!—fué la jaculatoria final, despues de la cual todos se levantaron y pusieron las boinas.

—¡Santas y buenas noches!—exclamaron veinte voces á la vez.

—¿En qué está el farol?—preguntaron otras tantas.

Pero al ver que D. Zacarías, que era un Sacerdote muy amigo de los devotos, y que á la sazon iba acompañado de dos forasteros, se paraba á hablar con los labradores, todos callaron, y le rodearon con esa deferencia y respeto, que la gente llana no olvida jamás en aquel país ante los ministros del altar.

—Aquí tienen Vds., por ejemplo, al tio Bendito,—dijo D. Zacarías para buscarle la boca, que es el más viejo de todos, y que más que por devocion viene al Rosario por rutina.

—Como caballico que aprende el camino.

—Vamos, Sr. D. Zacarías, que valiente ramalazo me dió la Vírgen Santísima, una vez que dejé yo de venir, pa que no me acuerde.

—¿Por qué le llaman á V. el Bendito?

—Porque cuando yo era mozo tenia una voz como una calandria, y en una *Ave María* solemne que cantábamos, echaba yo un solo donde repetia diecisiete veces *y bendito*... Y de ahí vino el llamármelo.

—A ver cómo fué eso del ramalazo...—dijo D. Zacarías.

—Bien decia dende el púrpito Fray Juanico, aquel frailecico del convento de Olite, que lo mismo que el cuerpo, el alma necesita tambien cada dia su racion. Deja el cuerpo á dieta, y te quedarás como la muerte Calaña, y por igual comparanza, no le des al alma su *piensico* y...

—Y ¿qué *pienso* toma el alma?

—Pues á eso iba, la oracion, vamos, la misa y demás que reza todo fiel cristiano. Frio de terciana me entra cada vez que recuerdo la tempestá que pasé por una imprudencia...

—Al grano, al grano, tio Bendito.

—Al grano voy, que á mí no me gusta la paja. Hasta mi tiempo no habia habido esas botillerías, y esos *cafeses,* y esos casinos, que antaño no eran más que pa los señoritos, y ahora hasta pa los artesanos y labradores hay.

—¡Valiente alcahuetería!

—No diré yo tanto, pero lo que es á rezar no se va allá, y ninguno sale sin haber gastado medio jornal. Yo, que me casé sin haber levantado la voz delante de mi señor padre (que de Dios goce), sentí á luego de casado ganas de retozar, y hoy dejo la misa, mañana el Rosario, me di á bromear con los amigos, y á divertirme, sin acordarme de Su Divina Majestá más que el asno que está atado en el pesebre. A poco de esto, me entró una murria... La saliva me sabia á soliman, el aguardiente á abadejo, y las guindillas de la Mejana más *jaudas* (1), que ciruelas purgaderas.

—¡Saber es!

—Un dia, estando solo trabajando en el campo, oí como una voz interior y burlona, que me decia, á cada golpe que daba con la *ajada:* Benito, trabaja, trabaja, echa el hígado, pobre hombre; si caes enfermo, irás al hospital, y se morirán de hambre tu mujer y tus hijos.

(1) Sosas.

—¡Satanás debia ser!

—De fijo, porque yo, que en aquel tiempo paraba con la mano un carro-mato, empecé á darle vueltas al asunto, echando el alma por la boca y con los ojos como capazos, como si me hubiera caido encima la torre de Santa María. Volví á casa sin haber probado la merienda, y con la cara más blanca que el papel. La Vírgen bendita hizo que me encontrase de manos á boca con Fray Juanico.—Benito, tú estás malo. —No, señor.—¿Se te ha helado la planta de pimiento?—¡Si no fuera más que eso!—En fin, que le conté lo que me pasaba. Mil años que viviera recordaria letra por letra lo que me dijo. «Benito, tú padeces un resfriado en el alma, así me dijo. Si esto siguiera, creo que moririas... en la horca, con el genio que tú tienes. Afortunadamente este encuentro es la primera amonestacion que te envía la Vírgen Santísima. Ve esta noche al Rosario, y no vuelvas á olvidar la misa de las mañanas.» Cristianos, cuando me separé del frailecico, ya era yo otro hombre; cuando volví del Rosario á mi casa, hasta el perro Palomo me adivinó la satisfaccion, y se puso á bailar.

Como las mujeres todo lo arreglan con *glárimas*, la mia rompió á llorar, y al lado de la lámpara de Santa Ana, que tenia encendida,

puso otra á la Virgencica que está dando licion, por haberme librado del enemigo malo.

—Y ¿no volvió?

—¿Cómo si volvió? Aquella noche mismo, al dia siguiente y mil veces despues me vino á inquietar con la idea del *hespital,* y de qué seria de mi probe mujer é hijos si yo cayera malo. Pero pa entónces ya tenia el alma templada y *con racion,* como decia Fray Juanico, y á Dios y á su Madre por amigos. Y con mucha tranquilidad me puse á reflexionar que nada me habia faltado todavía en treinta años; que Dios da el pan nuestro á quien se lo pide cada dia, y que habia oido muchas veces en el sermon que el negocio está en buscar el reino de Dios, porque lo demás lo da el Señor *por añadidura*. Sí, señores, Dios da añadidura á los que hacen su santísima voluntad.

—¡Como en los baratillos!

—¡El cielo gratis y la costa de añadidura! ¡Qué generosidad! ¡Y aún nos parece mucho asistir á una misica por la mañana y al Rosario por la noche! Si supieran los que van al Casino qué bien se duerme despues del Rosario, no irian tanto allá.

—Sin duda, asintió D. Zacarías, y nuestros abuelos solian decir: «La conciencia limpia, oir misa todos los dias y rezar el Rosario.

De lo demás Dios cuidará.» Que es exactamente lo que V. acaba de confirmar con su experiencia.

—Por el café se han visto muchos en presidio, que no por venir aquí.

IV

ABIENDO tio Bendito acabado su retahila, todos á una voz gritaron:

—Ahora Chaleco, que hable el señor Chaleco. Y algunos se reian de lo que iba á decir.

El llamado Chaleco, que era un sastre, más serio que un ajo, se rascó la oreja, tosió y dijo:

—No está la ciencia en mover una carga de trigo, que eso con un *empujoncico* una criatura lo hace, sino en llevarla largo camino, y eso sólo lo hacen los guapos.

—Los guapos están en la cuadra.

—Ustedes me entienden, que quiero decir que no gana la pelota el que la saca, sino el que la acaba, ni ascienden al militar que acomete sino al que pega leña, ni Nuestro Señor

da la gloria al que empieza bien, sino al que *presevera*.

—¡Has dicho el Evangelio segun Chaleco!—observó un burlon.

—Ya Vds. saben lo que es la tia Matea, mi parienta. Más santa no la hay, pero más agarrada tampoco: cada ochavo que coge lo empapela y lo envuelve en la punta del moquero, y despues de echarle cuatro nudos lo alza (1), bajo cinco llaves. Y eso que para fumar ya me solia dar de cuándo en cuándo un par de *tresenas* (2), pero en teniendo que pagar el escote de las meriendas los domingos, habia una novillada en mi casa.

Yo, por no oirla hablar, empecé á hacerme el *guiton,* como ella dice, y á no mentar ya las meriendas, aunque seguia merendando todos los domingos.

—Y ¿de dónde salian aquellas misas?

—Pues... del chaleco. Recuerdo que el primer dinero que le sisé yo á mi mujer fué una *monedica* de oro de á veintiun riales. No sabiendo dónde esconderla, arranqué un boton de los de mi justillo (3) de boda, puse la monedica en vez de la roncha de madera, y cosí el boton.

(1) Guarda.
(2) Moneda navarra, ya recogida desde 1850.
(3) Chaleco.

Así llegué á tener casi todo el chaleco con botones de oro!

—¡Si lo hubiera sabido la tia Matea!

—Estaba yo muy contento de mi talentazo, cuando hete aquí que á la mujer se le ocurre vender como desecho mi justillo á la vendedora de viejo que se pone en la reja de Santa Ana. Siete sueldos le pagó la mujer, y ella me lo vino á contar tan contenta. Señores, comiendo estábamos, y casi me ahogué con una alubia.

—Y V. ¿qué hizo?

—Fué la primera vez que solté un terno delante de mi mujer, que se puso á temblar al verme verde de coraje. La dije que, si no se quitaba de delante, hacia un *chandrío* (1), que al chaleco le tenia yo mucha ley, por ser reliquia de familia, y que si no lo encontraba para la hora de cenar, aunque fuese pagando doble, se habia de acordar del santo de aquel dia.

—¿Y lo encontró?

—Ni que el infierno se lo hubiera tragado no podia estar más perdido. La vendedora lo habia vendido, y no se acordaba á quién. Mi mujer lloraba y me pedia perdon, y alegaba que el chaleco estaba muy raido y no valia nada. Pero, cristianos, y ahora se puede decir, como

(1) Desastre.

yo sabia que valia trece duros como trece soles que le habia cosido yo *drento,* se me llevaba Pateta cada vez que la oia repetir aquella jaculatoria. Yo paseaba sin gana, y miraba en la iglesia y en todas partes, y creí que me quedaba corto de vista, buscando mi chaleco de boda. Yo rezaba á San Antonio, y á todos daba las señas de mi chaleco de seda con ramos, por si alguno lo veia... y nada.

—Haberlo anunciado con el pregonero, ofreciendo un buen hallazgo.

—¿*Pa* qué? ¡*Pa* que me hubieran traido veinte chalecos con botones de *maera!* El hijo de Caracoles fué el que me dió el mejor consejo: me dijo, dice, si arguno lo ha mercao es pa sacarlo en la procesion de la Vírgen del Rosario; ya falta *poquico* pa la fiesta. Vete á la procesion, y mucho marrará si no lo hallas. Aquel dia á todos nos gusta pintarla con nuestros justillos de seda.

—¡No decia mal... Caracoles!

—Más me dijo, y con esto, sin saberlo él, me daba una puñalada. Tú fíjate bien aquel dia, porque, si á mano viene, lo habrán remendado algo ó cambiado los botones. En el entretanto, yo que tú, iria todos los dias al Rosario y preguntaria; de seguro que algun devoto lo ha debido comprar.

—¿Y fué V.?

—Como dice el refran: «que el que algo quiere, algo le cuesta,» yo comencé á venir. Cuando vine ocho dias seguidos, ya no me se hacia cuesta arriba seguir viniendo. Pero yo queria mi chaleco, y la Vírgen me queria á mí. Yo no sé cómo me lo barrunté, que un dia le dije á la Vírgen, durante el Rosario: Vírgen Santísima, si me quereis para devoto, que parezca mi chaleco; y si no, hasta el dia del Rosario vendré, y de allá no paso.

—¿Y pareció?

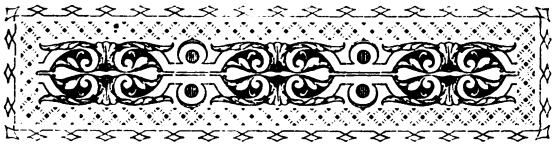
—Aquella noche, al acabar, me dijeron aquí mismo que lo debia tener Pimentones. Fuí al dia siguiente, y efectivamente, lo tenia; miré los botones, que seguian *sin novedá;* le pagué el doble, y cáteme V. con mi justillo más contento que una Pascua. Desde entónces no dejo yo el Rosario, así caigan capuchinos de bronce.

Pero lo que no dijo el honrado Chaleco, y nosotros sabemos de buena tinta, es que la mitad del tesoro, envuelto en aquella prenda de vestir, se lo dió reservadamente al tio Bendito para la luminaria del santo Rosario.

Despidiéronse D. Zacarías y los dos caballeros que le acompañaban, y mientras ellos marchaban haciendo comentarios sobre la devocion de aquellos honradísimos labradores, la admi-

rable confianza de tio Bendito, y la graciosa perseverancia de Chaleco, los devotos indagaban lo que habia recogido ya para el farol Menea-Colas (á quien por su carácter complaciente y servicial le habian puesto este mote, por analogía con el perro), y se entristecian de ver que el tiempo pasaba, y el farolon proyectado no iba á lucir, pues, como decia el oficial encargado de su construccion:

En Pamplona lo canta
Un alpargatero:
El que quiera alpargatas
Traiga el dinero.



V

A habrá adivinado el lector que D. Zacarías y sus dos acompañantes pertenecian á la tertulia de la señora de Montesa.

—¡Se habrán aburrido!—dijo una voz al verlos llegar.

—¡Al contrario, vendrán convertidos!—opinó una jóven.

—Van Vds. á reirse de lo que voy á decir,—exclamó el caballero andaluz. Cerca está el tiempo en que los patanes de la dehesa han de venir á enseñar á la gente fina á ser racionales.

—Diga V. *razonables*.

—Para el caso es lo mismo.

Y á continuacion refirieron ambos caballe-

ros á la tertulia cuanto habian visto y oido, sin olvidar al tio Bendito y á Chaleco.

—Ya les decia yo á Vds.,—alegó D. Zacarías, que la cosa merecia verse.

—Para mí ha sido una revelacion,—dijo el otro caballero. He viajado bastante, y me preciaba hasta hoy de haber visitado y estudiado las costumbres de los bandidos de Calabria, de las *Cascarotas* de San Juan de Luz, y de los beduinos del Riff, pero ignoraba la fe, que hace tan felices á mis compatriotas.

—Yo me he dejado cien veces decir la buenaventura de una gitana, he soportado las fanfarronadas de un matarife, que estudiaba para torero, y oido á un gandul el *soi disant* cante flamenco, por buenos duros, pero no habia oido cantar el Rosario.

—Hay que reconocer que esos hortelanos tienen una fe admirable.

—Señora, aquello no es fe, que es dinamita. Y peroran como Santos Padres.

—Pues suele ir al Rosario cierto caballero,—añadió D. Zacarías, muy notado, porque es casi el único de su traje. Es médico, y le entró la devocion de un modo muy singular. Vió morir á una señora muy santa, y como él y otro facultativo se pasmasen de verla, no sólo resignada, sino alegre en sus últimos momentos, no

pudieron ménos de decirle la causa de su asombro. «¡Ay! contestó ella, si en lugar de pasar las noches en el casino rezaran Vds. el santo Rosario, como yo lo he rezado toda mi vida, verian Vds. la confianza con que se ve llegar este trance. ¡Cuántas veces habré dicho yo el *ahora y en la hora!* y la Vírgen Santísima no falta á la cita!» Y murió como un ángel.

—¿Pero eso es verdad, D. Zacarías?

—Puedo nombrar á V. la persona (1).

—La vida tiene su lado serio, muy serio,—continuó el Sacerdote, y por nuestra miserable flaqueza pensamos harto más á menudo en jugar y bailar que...

—Hace V. buen misionero, D. Zacarías.

—Y pide para su ermita,—dijo una señora.

—¡Pido la palabra!—exclamó la señora de la casa, que hacia rato guardaba silencio.

Un rumor de satisfaccion recorrió las filas de la tertulia.

—Anoche mismo se apuraban Vds. por no saber qué destino dar al dinero de la hucha...

—La de las ganancias del tresillo, es verdad.

—Pues bien: propongo á la respetable asamblea, que la suma recogida sea entregada á los devotos del santo Rosario.

---

(1) Este episodio es histórico.

—¡Bravísimo! ¡Votado por aclamacion!

—El Sr. D. Zacarías,—continuó aquélla, queda encargado del cumplimiento de este decreto.

—Añada cinco duros por mí,—dijo el andaluz, que es lo que pensaba perder en el casino, á no haber ido al Rosario.

—¡Lo mismo digo!—prorrumpieron varias voces.

—¡Más, mucho más valen las revelaciones preciosísimas de los honrados Bendito y Chaleco!—opinó uno.

VI

UÁNTO has recogido, Menea-Colas! —preguntaba al dia siguiente Perejiles.

—¡Aquí hay una onza de oro!—dijo aquél.

A la aparicion de la moneda, Perejiles y todos los circunstantes hicieron un gesto estupendo de admiracion. Perejiles creia soñar.

—¡Aquí hay otra onza de oro!—gritó éste más fuerte.

—¿Tienes más? —preguntó Menea-Colas.

—¿Te parece poco?—contesto Perejiles.

—¡Pues aquí hay otros ocho duros como ocho soles!—añadió triunfante Menea-Colas. Y gané la partida.

La emocion de los devotos era grande; quién

discutia el modelo del futuro y magnífico farolon; quién optaba por encargarlo fuera; quién daba cordelejo á Perejiles, recomendándole que la merienda fuera buena, y no faltase el vino de Peralta.

Cuando la oleada se calmó, dijo Perejiles:

—¡Allá va media onza más!

Los devotos creian soñar.

—Pero esa,—exclamó dejándose ver D. Zacarías, que como se comprenderá habia estado jugando con los jugadores, no es para el farol, sino para que Perejiles os dé una buena merienda.

—¡Viva la gente de... bota!

—¡Viva la devota... gente!

—¡Viva el farolon!

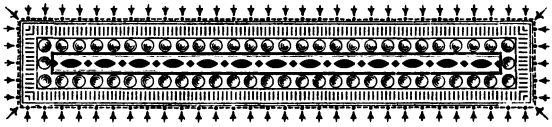
—¡Viva la Vírgen del Rosario!

DOBLE CONQUISTA

DIÁLOGO EDIFICANTE

Un misionero decia: No entrará en el reino de los cielos, la mujer que no lleve alguno de la mano.

(Paillettes d'or.)



I

LUISILLO! ¿No me engañan los ojos? ¡Venga un abrazo, bribon!

—Adiós, Toñete de mis entretelas, matasanos inolvidable, que me desuellas. ¡No tan fuerte!

—Yo no sé abrazar más que á la española, sistema de percusion. ¡Ingrato! ¿Qué es de ti, Luisillo? ¿Has sentado la cabeza? ¡Cómo has engordado!

—¡Vamos, que tú tampoco estás de mal año, y te encuentro hasta guapo, inclusive! Decididamente, chico, aquella doña Estefanía, más que ama de huéspedes, era nuestro *Saca-mantecas,* mientras estudiamos en Madrid.

—Pero ¡rayos y centellas! como decias tú cuando ambos corríamos la tuna y leíamos no-

velas, ¿qué vienes tú á buscar por las iglesias?

—¡Ah, tronera, calaveron! ¡En cualquiera rincon hubiera yo buscado á Luisillo Benavides ménos al pié de los altares!

—¡Miren quién habla! El inventor del darwinismo perfeccionado, que defendia que el hombre no procedia, como aseguraba locamente Darwin, de un mono, sino de una mona.

—Tésis que tú, implacable sostenedor de paradojas, sostenias á tu modo, diciendo que, puesto que á todo mortal le parece su madre hermosa, y una mujer hermosa no puede ménos de ser *mona,* todos infaliblemente procedíamos de una idem.

—¿Te acuerdas, Antonio, de aquel dia que tú, el doctor Chufas, como te llamábamos á causa de tu pachorra y frialdad constitutivas, le arrojaste en el café de la Luna una botella, á aquel quidam que osó atentar con palabras al honor de una amazona ó *écuyère* del Circo de Price, á quien tú quijotescamente defendias?

—Calla, descocado, más bajo, que te oye la gente.

Por cierto que ella tiene abierto ahora en la era del Mico un establecimiento bastante acreditado de callos y caracoles.

—¡Caracoles! ¿Y tú recuerdas cuando para vengarte del profesor de Economía que te dió

calabazas, te mandaste hacer en cinco sombrererías de Madrid otros tantos sombreros de copa alta, dando el nombre y señas del catedrático, y luego se encontró mi buen hombre, que le llevaban cinco chisteras en un solo dia, y cinco veces cinco duros que pagar?

—Me acuerdo que se llamó Andana cuando se presentó el primer porta-sombreros; que disputó acaloradamente con el segundo; que echó por las escaleras al tercero, y que quiso matar á los otros dos.

—Pero le armaron la gran camorra los cinco industriales, y tuvo que soltar la mosca...

—Con mengua de la economía que profesaba.

—A todo esto, Luis, no me dices lo que rabio por saber: quién ha sido el San Juan Crisóstomo que te ha atado corto, y á quien debo agradecer el hecho asombroso de hallarte en el templo despues de tantos años de *perdido* (¡y Dios sabe si lo fuiste toda la vida!). Porque te certifico, que hace un instante, cuando vi acercarse á comulgar á un caballero que edificaba por su compostura y te reconocí, tuve que tocarme los ojos para cerciorarme de que me hallaba despierto.

—Chico, es una preciosa novela, que podria titularse: *Lo que puede una mujer*.

—Toma, pues justamente es el mismo título que le queria yo dar á mi historia.

—Ea, pues; ya me picas la curiosidad, y no cuento la mia hasta que me reveles tu interesante folletin.

—Sea. Ya conoces, Luis, aquella sentencia del autor favorito de nuestros malos tiempos, segun la cual, las mujeres son como las viruelas...

—¡Magnífico! Lo recuerdo perfectamente. Porque hay que tomar una para librarse de las demás.

—Precisamente: por fortuna mia vine á conocer una beldad que...

—¡Adelante! ¡Me la figuro! ¡Un portento!

—Más, mucho más. Era un serafin. Yo, como no ignoras, habia perdido la fe estudiando medicina, y bastante parte fueron nuestros profesores, y entre ellos alguno de quien un compañero bastante reaccionario decia que, al explicarnos Toxicología, nos *intoxicaba* el alma. Pero sin tener el fanatismo de sectario, y reverente en el fondo con la religion de mis padres, venia á ser un escéptico inofensivo, un hijo pródigo de la Iglesia.

—Te veo *devenir*. ¿Pero cuándo llega ese portento de belleza metido á predicador?

II

E casé, y *ella,* sin hablarme una sola palabra de Dios ni de religion, me cambió...

—¿Conque sin hablar? De esa misma tela tengo yo un gaban.

—Era tal el contraste que formábamos, ella tan piadosa y yo tan *hereje,* ella mansa y alegre, yo impaciente y bilioso, que no á mí, sino á un hotentote hubiera convertido. Su silencio me imponia, su bondad me avergonzaba, su buen ejemplo me daba en rostro. A veces se me escapaba una blasfemia: ella luchaba por contener una lágrima, y al momento componia el semblante y reaparecia, indulgente, solícita, cariñosa, sin proferir jamás una queja.

—En fin, un ángel...

—Un ángel, á la verdad. La curiosidad me llevó á indagar de dónde sacaba tan heróica paciencia, y tan jovial sumision para cumplir sus deberes de esposa, y humor tan igual en todas las contrariedades de la vida. Y como noté que cada vez que venia de comulgar traia como un nuevo aroma de suavidad y de inefable alegría, empecé á sospechar dónde debia hallarse el manantial de tanto bien.

—Veo que es una historia más bonita todavía que la *Cruz del Matrimonio* de Eguilaz.

—Y sobre todo, más verdadera y más moral. Tú que me conoces, adivinarás que entre las extravagancias de marido independiente, autónomo y libre-pensador, nunca di en la ridiculez de oprimir la libertad de aquella santa en sus ejercicios de piedad.

—¡Ese es género melodramático, brutal y por contera *cursi!*...

—Completamente. Mi mujer, que me agradecia en el fondo esta deferencia á su libertad, me pedia, no obstante, permiso para todo. Un dia me preguntó, si tendria inconveniente en que pusiese pegado á la puerta de la escalera un papel impreso con el nombre de Jesus y el lema: *Detente*, *enemigo*, etc. Ninguno, le dije, que en todo caso, mi política anti-católica, como

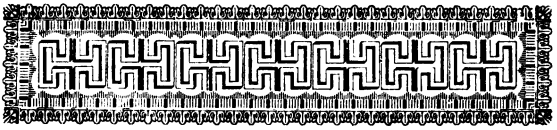
decia Mr. Gambetta al Arzobispo de Argelia, no está destinada á la exportacion.

—Eso es lo que se llama ser un *bon prince*.

—Pues para abreviar, llevado un poco de mi curiosidad, me presté tambien á acompañarla algunas veces á la iglesia, cuando á confesar y á comulgar iba. Si he de decirte la verdad, el aburrimiento que al principio pasaba sentado en un banco, mientras ella hacia sus devociones, lo encontraba luego por demás compensado con los tesoros de mansedumbre y de complacencia que echaba de ver en ella. Un dia, en fin, despues de cuatro años de luchar con el hollin que tiznaba mi alma, enternecido, amansado, domesticado por aquella singular criatura (¡era víspera de su santo! ¡15 de Julio!), me entregué á discrecion, y la dije: ¡Cármen, llévame á tu confesor!

—¡Sublime, chico!

—¿Crees que se sorprendió? *Lo sabia*, me respondió sencillamente. Y con una sonrisa celestial, y bajando más la voz: «¡Y lo esperaba, que no habian de mentir las promesas del divino Corazon, á quien he consagrado nuestra familia!»



III

UES oye ahora, Toñete, un idilio que no le va en zaga. Tambien yo me he casado.

—¿Con otro ángel?

—Con otro, y como si dijéramos, el *pendant* de tu Cármen.

—¡Dios es grande!

—¡Y sobre todo, misericordioso! Ya verás. Tú sabes que aunque siempre fuí un tronera, nunca renegué del todo de mi respetable familia, que es una dinastía de neos y devotos...

—Recuerdo todavía los chascos que te llevabas con tus cartas, que siempre creias traian libranzas ó billetes de Banco, é infaliblemente encerraban estampas y cédulas de la Corte de María.

—Y te acordarás tambien de aquel corazon-

cito bordado de mi hermanita Josefina en el forro del chaleco.

—Mucho, mucho.

—Pero yo hice más que tú. No sólo fuí librevividor, pues eso, que disculpaba la edad, entre Dios y mi confesor se hubiera quedado, sino que, como un energúmeno, hostigado por una vanidad, una impaciencia y una ferocidad de sectario, me lancé á la lucha política, y á romper lanzas en *La Jarana*, periódico reformador y descamisado, en favor del matrimonio civil, del protestantismo, de la masonería, y de cien abominaciones más.

—¡Siempre fuiste exagerado!...

—Como á Saulo, y como á ti, el Señor me envió misericordiosamente quien me detuviese al borde del precipicio...

—¡Tu pobre madre!...

—No.

—¿Tu hermanita Josefina?

—Tampoco.

—¿Tu mujer?

—Estaba soltero.

—¿Una enfermedad?

—Ménos. ¡Una divinidad!...

—¡Tú, tú, tú, tú! Adelante, adelante, como decias hace poco. ¡Me la figuro!

—Una Raquel maravillosa, en comparacion

de quien todas las mujeres me parecian legañosas Lías, clavó mi turbulenta é inconstante voluntad, en términos, que mudé de vida, dejé de fumar, perdí el apetito, caí malo, y sentí que aquella vez iba serio.

—¡Diplomática seria!

—Todo lo contrario. No habia logrado hablarla nunca.

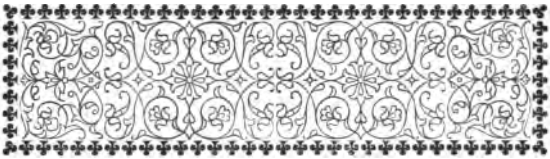
—¿Usábais de telégrafos?

—Año y medio habia pasado, y todavía no se habia dignado oirme una sola vez ni recibir una sola carta.

—¡Conducta propia de una gran reina!

—¡O de una gran mujer! A la señora, conocida de ambos, á quien yo habia encomendado dar el primer paso en nuestras relaciones (porque yo quemé las naves y hablé de matrimonio), la declaró que «huérfana de madre, no pensaba en casarse por entónces; pero que de hacerlo alguna vez, su resolucion era irrevocable, habia de hacerlo con un buen cristiano (como lo era ella y como lo habian sido sus padres), ó con nadie. Que siendo mis ideas y conducta las que se decian, me suplicaba no insistiese y la dejase en paz.»

—¡Qué bien vengaba á las demás hijas de Eva!...



IV

INSISTÍ, sin embargo, escribí, quise ser presentado en su casa... Insistencia inútil, las cartas volvieron cerradas, tan cerradas como las puertas de su casa. Busqué cien arbitrios, me proporcioné buenas influencias, llegué hasta interesar al Cura Párroco, quién habló al padre de mi Dulcinea, un venerable magistrado. ¡Todo en vano! chico.

—¡Soberbio! Erais tal para cual.

—Merceditas era hija sola, y decia que nones.

—¿Mercedes se llamaba? ¡Qué bonito nombre!

—Ella no se fiaba ni de cartas, ni de palabras, ni de promesas, ni de visitas... Ella no queria sino que pasara tiempo, para ver si yo

la dejaba en paz. Yo probé á dejarla, en efecto, hice por olvidarla. ¡Imposible! ¡Chico, perdí el sueño, me volvia loco... y las lágrimas llegaron á rodar por mis patillas!

—¡Bonita facha estarias!

—Ella no salia apénas más que á la iglesia, y siempre con su padre, y yo á falta de otro consuelo, ¡Dios me lo habrá perdonado! frecuentaba tambien las iglesias, y en verdad que me hacia falta. Abominando las causas que me alejaban de ella, tomé tirria al casino, odié los cafés, dejé los clubs y las reuniones, rompí mi péñola pecadora, y con el frenesí de un niño mimado que nunca ha encontrado obstáculos, prometí triunfar ó morir en la demanda. Ella, cuando lo supo, siempre desabrida, exclamó: «¡ya se cansará!» Yo me emperré con más coraje, porque en medio de mis amarguras sentia un raro secreto placer en perseguir aquella aventura, que era mi expiacion y mi salvacion, pues harto conocia yo, que inconstante, coqueto y ya casi escéptico por relajacion, era indispensable para que el cielo de mi hogar fuese sin nubes, casarme con aquella mujer excepcional y casi absurda, ó con ninguna.

—¡Bravo!

—Decirte las novenas y trisagios á que yo asistí durante año y medio, las misas que oí, los

sermones que escuché, seria punto ménos que imposible. Mi vida era un ejercicio espiritual continuo. Aquel era mi castigo: ántes habia corrido de capullo en capullo, y ahora corria de funcion en funcion.

—Pero ella, ¿te veia?

—No sé, porque jamás miraba ni en la iglesia, ni en la calle del lado donde yo estaba. Su actitud en el templo era la de un arcángel ante el Señor. Era menester tener un àlma de demonio pàra resistir la influencia de su ejemplo, y la del chaparron de pláticas y lecturas piadosas que yo soportaba. Una mision sobre todo, me despampanó.

—¡Já, já, já!

—Hice la colada despues de nueve años, y me confesé. Inmediatamente sentí un júbilo desconocido, y un asombro de lo poco que me habia costado. *¿No era más que esto?*—decia yo, echándome en cara el haber emperezado tanto. Aquel dia *me miró ella por primera vez.*

—¡Algo es algo!

—Pero con una mirada, entre sorprendida y severa que parecia decir: ¿Será capaz de llegar este calavera hasta la hipocresía y el sacrilegio? Sin embargo, aquella mirada me regeneró, y fué una espuela, más aún, chico, fué un empujon, y una voz que me gritaba: ¡Adelante!

—¡Aragonés habias de ser!

—Es de advertir que el misionero que me confesó me hizo un argumento que no tenia réplica. «*Casi* sin querer es V. *casi* hombre de bien, desde hace un año: hace V. públicamente la vida de un cristiano fervoroso, ejemplar. Esa mujer me parece un instrumento providencial en la vida de V., y creo firmemente que será tambien su felicidad. Las dificultades de abandonar el mal y enmendar la vida las tiene V. superadas. Y puesto que sus fines son tan honrados, respecto á Dios y á ella, como V. dice, no queda más que perseverar, pues de los que perseveran es la victoria aquí y en el reino de los cielos.»

—¡Discreto razonar!

—Faltaba que ella se persuadiese de mi sinceridad, y consintiese en retirar aquel *¡no!* fatídico, con que respondia irrevocablemente á cuantos emisarios se atrevian á insinuarle el asunto. Grandes congojas devoré todavía, porque en la misma mision que á mí me habia convertido, ella, segun supe, empezó á sentir asomos de vocacion religiosa.

—¡Ya escampa!

—Por otra parte, ella no decia nunca nada que fuese ofensivo para mí, sino que no queria casarse por entónces, aunque confesaba, que de

hacerlo alguna vez, ó pensar en hacerlo, sólo exigiria en su prometido que fuese buen cristiano, probado y á carta cabal, pues así se lo habia recomendado su madre al morir, añadiendo que, por transigir en esto, arrojan su felicidad por la ventana tantas mujeres, que son luego en el matrimonio desgraciadísimas.

—¡Vaya que la niña no tenia pelo de tonta!

V

La casualidad acudió afortunadamente á adelantar mis asuntos. Vinieron por aquella sazon mi mamá y mi hermanita Josefina á verme, y segun *ella* me contó más tarde, el verlas tan piadosas y *distinguidas,* la tranquilizó, porque temia que yo fuese de familia de herejes, y dudaba de todos los informes que le daban. Cuando en cierta reunion oyó contar á Josefina los fervores de mi primera comunion, sonreia deliciosamente, como si se le hubiera quitado una montaña de encima.

—Habria oido hablar de las atrocidades que escribias tú en favor del matrimonio civil y del divorcio.

—Sin duda. En fin, desde que la traté me sentí subyugado, como el pajarito por el águila; y en tal manera reconocí la superioridad de su virtud inquebrantable, y de su excelente buen sentido, sobre mis miserables defectos y rutinarias preocupaciones, que me entregué á discrecion, y la hice realmente señora de mi corazon y de mi casa. Chico, no tengo empacho en decirlo, ella me domina en la noble acepcion de la palabra, ella manda en casa con una disposicion admirable, ella hace de mi hogar un paraíso. Cuando me insinúa una cosa lo hace con un tacto y tal arte, que no sé resistir. Por ella pertenezco á las Conferencias de San Vicente de Paul, comulgo todas las semanas, y soy Celador...

—¿Celador del Sagrado Corazon de Jesus?

—Ni más ni ménos.

—Lo mismo digo. Echa esos cinco.

—Y mi mujer Celadora.

—Como la mia. ¿La mujer del quesero *qué será?*

—¡Qué lástima, hombre! Y yo que estaba todo el rato pensando en echarte el gancho para mi coro. Ea, te presentaré á mi Cármen.

—Y yo á mi Mercedes.

—Y vendreis á nuestra tertulia.

—Sí, y rezaremos juntos el Rosario.

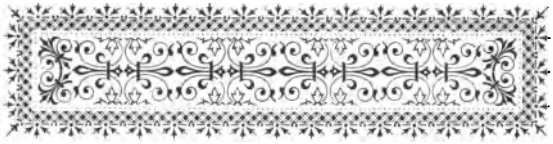
—Y repartiremos juntos las intenciones.

—Y al que le parezca mal que le ponga cintas.

—Mira, chico, harto tiempo hemos hecho los majaderos é ingratos con Dios.

—Y si nosotros, que conocemos el mal y hemos vivido en él, no damos buen ejemplo en agradecimiento de haber sido salvados, ¿quién dará la cara por Cristo?

LA NIÑA PENITENTE



I

POR Dios, señá Juliana, cuéntelo usted, que es precioso, y quiero que mi comadre lo escuche de su boca, no crea que yo exagero.

—Señora, no es falta de voluntad, sino que al fin se trata de mi pariente, y aunque él es ahora una malva y está muy cambiado..., no hay que despertar al leon que duerme.

—Nadie lo conoce. ¡Quien lo ha visto y quien lo vé! ¡Es un santo!

—Pues *velay,* por lo mismo no me gusta molerle los huesos sin motivo, y sacar á relucir achaques que, si á mano viene, encubre y tapa todo el que los padece...

—No digo que no, pero aquí nadie nos escucha... Y además por ese ángel de Dios...

—Pues han de saber Vds. que la niña que acaban Vds. de ver...

—Sí, la Marujita.

—Tiene un sentido que espanta. Vamos, ni una persona mayor. Es de advertir, que mi marido á luego de casarse, por juntarse con malas compañías, se dió á la bebida, y el infeliz tenia tan mal vino, que luego la tomaba conmigo, y ántes de acostarse, todas las noches me arrimaba una paliza que me doblaba.

—¡Válganos Dios! Y V. ¿qué hacia?

—Lo que debe hacer una mujer de bien, llorar, aguantar y encubrir todo lo posible, que al fin la honra de mi pariente era la mia.

—¡Bien dicho, señora! ¡Si todas hicieran como usted, no habria tanto infierno en los matrimonios!

—Pues señor, es el caso que esa criaturita fué un dia á la iglesia al Catecismo y oyó decir al señor Cura que el mundo anda perdido por falta de oracion y penitencia, y que si ofreciéramos á Dios, padre nuestros y sufrimientos por conseguir tal cosa ó por convertir tal persona, no tardaríamos en lograrlo. Mi niña, que como digo, penetra como una persona mayor, se guardó aquello y se acostó sin querer cenar.

—¡Pobrecita!

—A mí no me chocó, porque ella es de poco comer. Pero al dia siguiente, se sienta á la mesa, toma un poco de sopa, y pare V. de contar. Entónces yo, alarmada, le pregunté si estaba mala, y como respondió que no, su padre, con mal modo, la dijo que comiera. Yo, por evitar cuestiones, figurándome que serian *mañas* y contando darle luego alguna friolera, la mandé quitarse de en medio. Por la noche la misma cancion...

—Tampoco quiso comer.

—Un poco de sopa, tambien, para no mentir. Se fué á la cama, y al dia siguiente el mismo tema. Entónces ya, yo me puse séria y su padre se enfadó.

—¡Por vida de la mocosa! ¿Estás mala, sí ó no?

—¡No, señor, no estoy mala—dijo la criatura con un teson que á mí me dejó pasmada. ¡Pero el señor Cura dice que para que los malos se vuelvan buenos hay que rezar y hacer penitencia, y yo he ofrecido á la Vírgen ayunar hasta que mi señor padre deje de pegarle por las noches á mi madre de mi alma!

—¡María Santísima! ¿Eso dijo?

—Eso, como lo acaban Vds. de oir. Su padre, con la cara blanca como el mantel me miró á mí y bajó la cabeza. Luego se le saltaron

dos lagrimones como dos avellanas, y se levantó sin decir una palabra. Yo, llorando si tenia qué, me agarré á ese serafin y me lo comia á besos.

—¡Pero vamos, habria enmienda en el padre!

—La mala costumbre venció todavía aquella noche, que no era el pobre el que pegaba, sino el enemigo que llevaba dentro. Pero cuando al dia siguiente vió que la niña se quedaba otra vez sin comer, rompimos los tres á llorar, y él levantándose y cogiendo á su hija en los brazos, dijo estas benditas palabras que jamás olvidaré: «¡Hija de mi corazon! ¡Perdonadme tú y tu pobre madre, que ahora es cuando ofrezco yo no arrimarme á una taberna y hacer felices á este par de santas que Dios me ha dado para vergüenza y fortuna mia!» Y como lo ofreció lo ha cumplido.

CORAZON DE ORO

LEYENDA

Sufre, si quieres gozar,
Baja, si quieres subir,
Pierde, si quieres ganar,
Muere, si quieres vivir.

I

DISTRAIDAMENTE recorríamos un vetusto empolvado cronicon de carcomidos fólios, tapas de madera, férreos broches y góticos caracteres, cuando repentinamente los soñolientos ojos paráronse sorprendidos ante los siguientes epígrafes, en tipos mayúsculos y roja tinta:

¡CORAZON HUERO! ¡CORAZON DE ORO!

Movidos de la curiosidad, inquirimos el asunto, buscamos la portada, y afortunadamente la tenia. La cual decia así:

Eterna Piedra filosofal ó *Camino angélico, Filon celestial y Desengaño de mundanos.*

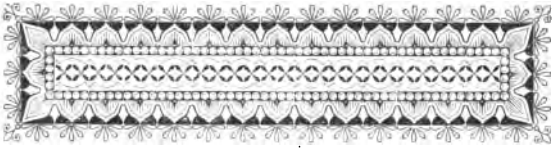
Y luego, en segundo, ó más bien, en quinto título, venia:

De los anales de la esclarecida cuanto nobilísima y ya extinguida casa de los señores de Corcuera y Carvallo.

Confesamos que el título habia aguijoneado en tales términos nuestra curiosidad, que temíamos dar más pronto con el desengaño que con el filon. No sucedió así por fortuna, ántes al contrario, las primeras líneas inflamaron nuestra ansia de llegar al fin.

A la verdad, la historia resultaba patética y trascendental, y tan interesante, que el filon celestial nos pareció digno de explotacion, y al punto acometimos la tarea de trasladarlo y acomodarlo, con la salsa y condimentos convenientes,

en roman paladino,
en el cual suele el pueblo fablar á su vecino.



II

Como el árbol padece su carcoma, las plantas su oruga, los granos su gorgojo, las frutas su gusano, las flores su insecto, el leon su calentura, así la insigne y esclarecida descendencia de los Corcueras y Carvallos era aniquilada en la aurora de la vida por una siniestra congénita enfermedad: murria, esplin, hastío, nostalgia ó consuncion mortal, que arrebataba en flor, tanto los mancebos apuestos, diestros jugadores, aventajados jinetes, grandes monteros y valentísimos soldados de la familia, como las damas, de todos celebradas por su discrecion, piedad, gracia y hermosura sin rival.

Aquel violento y corrosivo mal se manifestaba desde la juventud por un síntoma singu-

lar. Cada vez que un individuo de la familia gustaba un placer apetecido, como si la alegría de un momento hubiese sido un activo veneno, el rosicler de las mejillas desaparecia, una cadavérica palidez asomaba, y á la sonrisa, á la carcajada, al pasajero deleite, sucedian una tristeza devoradora, una postracion de agonizante, una misantropía mortal Entre la familia se solia llamar al accidente, la congoja ó la desazon. É infaliblemente era precursora, en corto plazo, de una tristísima muerte.

Médicos, saludadores, alquimistas, astrólogos y nigrománticos enmudecian ante la misteriosa enfermedad: y en la jerga de su tiempo decian los más presumidos de ellos, que la familia de Corcuera padecia una fiebre pestilente y maligna, y que los humores acres, salinos, proclives y melancólicos, de tal manera tenian ya emponzoñado el corazon, que éste yacia hueco, horadado, y con un agujero tal, que debia caber el puño de la mano.

A esta sentencia se adherian los genealogistas, que demostraban, como tres y dos son cinco, que siendo los Corcueras por línea recta, descendientes del célebre D. Álvaro de Luna, ó del famoso D. Gomez Luna, aquél ajusticiado trágicamente, y éste alevosamente asesinado en el Perú, por las venas de los Corcueras

debian correr la hipocondria, la murria y el esplin.

Y para más remachar el clavo de tan autorizada opinion, no faltó un anticuario arqueólogo ó dómine, que revolviendo los archivos de la familia, descubrió que Corcuera era corrupcion de *Cor-huero,* corazon huero y sin meollo, y Carvallo, traduccion estropeada de *Cor-vacuum,* corazon cóncavo y vacío.

De tan sabias explicaciones la gente llana sólo sacó en limpio que los Corcueras tenian el corazon tan hueco como una nuez vana ó una calabaza de peregrino, y desde entónces los llamó, de padres á hijos, los *Corazones-hueros.*

III

ESPANTADO de ver morir á los suyos de aquella traidora dolencia, y ya próximo á fallecer, uno de los señores de Corcuera, arrojando, por encima de la muerte que le apretaba, el anillo que traia puesto al dedo (como en prenda de su última voluntad que iba á pronunciar), prometió por los cuatro Evangelios del misal, ante su familia consternada, un premio de 200.000 maravedises al que encontrase el remedio cierto contra aquel violento y corrosivo mal, que agostaba y sofocaba en flor los nobles vástagos de la casa de Corcuera.

Los médicos de aquel tiempo, muy *cobdiciaderos,* como dice el texto, acudieron, como

moscas á la miel, al palacio de los señores de Corcuera; pero su intervencion no hizo otra cosa que agravar el negro daño. El primer remedio que intentaron, traducido de los libros árabes, era asaz peregrino, y consistia en alimentar á los pacientes de piedras preciosas, como jacintos y esmeraldas, que, segun sabios conspicuos, contienen virtud alexipharmaca y cordial, y dan sabiduría á los que las toman, haciéndolos además ricos y felices. El remedio era caro pero inútil.

El segundo, más divertido, y atribuido por Galeno á Esculapio, fué provocar el buen humor en los dolientes, excitarlos á reir y distraerlos con canciones, músicas y otras jugleríias y divertimientos. Pero como ni las piedras preciosas, ni los alegres trovadores lograsen vencer la melancolía, los facultativos recurrieron al tercer *emplasto caliente* (así lo llama el Cronicon), y este tercer remedio era, en verdad, trágico, alevoso y descomunal.

Consistia en aporrear al paciente, contrariar sus deseos, provocar su enojo, excitar su rabia, agobiarle y desesperarle hasta hacerle casi reventar de cólera, á fin de que expeliese el mal. Así curó de gravísima dolencia el Emperador Paleólogo, cuya esposa, amigos y criados, siguiendo ajeno consejo, en tal guisa desconten-

taron y achicharraron la sangre al enfermo, que cuando el muy cuitado se hallaba ya al borde de la desesperacion y de la agonía, la cura se logró, y el Emperador recobró la salud, muy agradecido á cuantos le hicieran desbarrar.

Pero tampoco este bárbaro remedio produjo otro resultado que convertir la morada de los señores de Corcuera en un espantoso campo de Agramante, que hacia temblar á la vecindad. Y aconteció que, desde aquella fecha en adelante, médicos y saludadores, fueron para siempre excluidos del palacio, como vampiros temibles y verdugos carniceros. Y puesto caso que, ni las piedras preciosas brillantes, ni las músicas acordadas y sonoras, ni los dados, ni la poesía, ni los torneos, ni las danzas, ni la caza de cetrería, ni la medicina, ni los placeres, eran poderosos á calmar el vacío corazon de aquella ínclita familia, convínose juiciosamente en no darla en lo sucesivo más pesadumbre, y en evitar que, con achaque de curar el corazon, no vaciasen los médicos juntamente el meollo de la cabeza.

IV

PASARON años y años. En tierra de Castilla alzábase un Monasterio consagrado á Santa María la Blanca, y en el cual,

Habia un Abad santo, siervo del Criador.

No léjos del Monasterio se veia la morada de los *Corazones-hueros*. El gótico escudo, en que figuraba sombría mano sosteniendo un corazon abierto como una granada, hallábase á la sazon de negro crespon velado, en señal de luto.

Era una noche desapacible de invierno. En el gran salon del palacio, colgado de ricos tapices, chasqueaba una pira de leña encendida en inmensa chimenea. La noble viuda, sentada en un sillon de roble tallado, bordaba un manto

para Nuestra Señora la Blanca; y ¡escena extraña! un niño y una niña de cinco y tres años respectivamente, de espaldas á la lumbre, y arrodillados junto á su madre, miraban con ojos inquietos y curiosidad creciente al Abad, *de bondad amador,* que en hábito de benedictino leia con pausada y solemne entonacion en un manuscrito, la historia del último *Corazon-huero,* tio carnal de Manolin y Blanquita, que así se llamaban los niños, en memoria de los sagrados nombres de Jesus y María.

«¡Mi ilustre familia se muere de tonta (leia el Abad), y mis nobles abuelos reventaron de memos!—exclamó un dia D. Diego de Corcuera, levantándose de repente de un sillon de cordoban, donde habia pasado el primer ataque de la congoja, esplin ó desazon que le sobrevino á los dieciocho años, más pronto que á ninguno de sus antepasados.

»No es el corazon lo que tenemos huero, ¡por San Roque y su calabaza! continuó, sino la calavera, y harto lo muestra la locura de mis rancios y atrasados tatarabuelos, en no haber probado á correr fortuna y á desertar de un país que tales bromas gasta. ¡Por Santiago y su caballo! D. Diego de Corcuera no ha de dejar sus huesos en la tierra de los garbanzos.

»Y se embarcó en el primer bergantin que

hizo rumbo á las Indias. Anda, anda, anda, á los ocho meses llegó á Veracruz. Poco despues de arribar á América, la tierra no le pareció ya tan bonita como al principio, y le dió el primer ataque, vértigo ó desazon. Se le pasó y presentó sus cartas de recomendacion al Virrey, que le nombró capitan. Como lo que él buscaba era riquezas, no paró ni armó hasta que en una atrevida sorpresa hizo prisionero al cacique indio Tapatapa, por cuyo rescate obtuvo del primer golpe diez mil libras de plata.

»Cuando vió tanto caudal reunido, se puso á bailar de alegría, pero en seguida, como de costumbre, sintió la impresion del agujero, y vino la desazon, que lo hundió en la congoja por muchos dias.

»Corrió entónces en busca de más riquezas, y como era valiente y entendido, se lanzó con su hueste á la conquista de una provincia llena de minas, y á costa de hazañas homéricas se enseñoreó de ella, y en su casa se amontonaban con pala los tesoros de plata, oro, perlas, esmeraldas y piedras preciosas.

»Y dió un convite á sus tropas, y poseia leguas y leguas de jardines y magníficos cortijos, y tenia para su servicio indios que le abanicaban y llevaban la sombrilla y conducian en litera. Pero tambien esto le cansó pronto, y sin-

tió otro ataque más fuerte que el anterior, que le tuvo entre la vida y la muerte.

»Visto que las riquezas no le satisfacian, lanzóse á la conquista de honores, y como era leal caballero, y discreto y cortesano, no tardó en lograr del Rey el título de gobernador de un Estado. Como militar á quien conceden un ascenso, celebró tan gran honor con sus amigos, pero al dia siguiente del convite sintió la impresion del agujero en el pecho y tan furiosa congoja, que le puso á las puertas del sepulcro.

»Recibió nuevos títulos y favores de S. M., pero cada vez que recibia un ascenso, tenia un momento de júbilo, y en seguida se repetia el ataque de murria. Entónces torció el rumbo, y no quiso más riquezas ni honores, que unas y otros los pueden ganar los necios, pues la fortuna es ciega.

»Puso, pues, todo su conato en conquistar gloria, que sólo el verdadero mérito puede obtener. Y pareciéndole digna de su nombre y de la inmortalidad, la gloria de conquistador, pidió como tan diestro en sojuzgar países, ser mandado á la reduccion de varias provincias de indios que se habian rebelado. Logró los laureles de la victoria, y el título de Capitan general de los ejércitos reales, á más del prestigio de la popularidad y el agradecimiento de su patria.

Pero apénas gustó un momento tanta satisfaccion, sintió abrírsele el agujero cordial todo lo ancho, y sobrevínole el ataque más vehemente que nunca. A las pocas horas murió en el colmo del hastío y la melancolía, pero muy cristianamente, y dejando escrita en su testamento esta grave sentencia en jerigonza:

Tout lasse, tout passe, tout casse.

Es decir:

«Todo cansa, todo pasa, todo perece.»

Acabada la historia, Manolin y Blanquita, que no habian perdido ni una palabra, rompieron á llorar.

V

ABIAN pasado algunos años.

Manolin era suave como la gamuza, dulce como la miel, sonriente como la primavera, modesto como la virtud, complaciente como el sacrificio, generoso como la caridad.

Al ver pasar á Manolin, los vecinos de su dichoso pueblo, exclamaban en coro:

—Ya viene esa paloma sin hiel.

—¡De raza le viene la nobleza!

—No tiene un enemigo ni lo tendrá.

—¡Qué ángel de criatura!

—¡Genio más bonachon está por nacer!

—¡Es un terron de azúcar!

—¡Lástima de Corazon huero!

—Señora, está V. muy atrasada de noticias. Ese no se llama ya *Corazon-huero,* aunque es de la familia.

—Pues ¿cómo se llama?

—Corazon de Oro.

—Y dígalo, señora. Mejor natural no se ha visto.

Y la verdad es, que Manolin desde chiquito habia sacado tan buen corazon, que se quitaba las cosas de la boca por complacer al prójimo.

A su respetable madre se le caia la baba de gozo, contando la primera hazaña de su compasivo Manolin. Volviendo del Monasterio donde tenia la escuela, encontró á un pobre chico de su misma edad, que venia del bosque agobiado y lloroso bajo el peso de un saco de carbon.

—Chico, déjame que te lo lleve un poco, á ver si puedo con él,—exclamó alegremente Manolin.

El rapaz muy contento vino en ello, y Manolin, despues de haber llevado el saco largo trecho, volvió á casa con una sonrisa angelical, nublada por varios mascarones en la cara, y con la ropa tan tiznada que parecia un carbonerin.

La mamá de *Corazon de Oro,* que así le llamaban, no se hartaba de dar gracias á Nuestra

Señora la Blanca, á cuyo poderoso patrocinio habia consagrado al nacer á sus dos niños, Manolin y Blanquita, por consejo del Abad, que opinó que la Vírgen Santísima seria para ellos la mejor medicina y remedio, si los habia para aquella misteriosa y tradicional enfermedad.

Corazon de Oro, que se acordaba mucho de la vida y hazañas de *Corazon-huero,* procuraba, para no morirse, hacer todo lo contrario que su difunto tio.

A la primera peseta que tuvo se hizo este razonamiento: bocado comido no gana amigo, y si guardo la peseta se me abrirá el agujero en el corazon como á *Corazon-huero*. El Abad dice que quien da al pobre, da á Dios, y quien presta á Dios gana ciento por uno. Voy á ver si sale verdad. ¡Tendria que ver que á mí me devolviese Dios ahora cien pesetas! ¡Estaria gracioso!

Y dió la peseta á un chico que lloraba en la calle porque habiendo roto un cántaro sin querer, temblaba de que su padre le rompiera las costillas. El chico quedó muy agradecido á Corazon de Oro, y habiendo cazado á los pocos dias un precioso ruiseñor se lo regaló á Manolin.

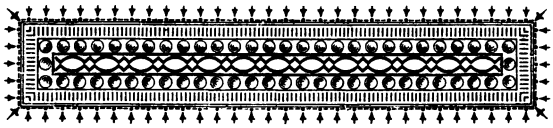
Pero el ruiseñor se le habia escapado cabalmente á la hija del Corregidor, y apénas lo supo Corazon de Oro, caritativo y galante como era, se presentó á devolvérselo en una primorosa

jaulita que le costó treinta y cuatro cuartos, y que tuvo la fortuna de caer muy en gracia á la niña de la digna autoridad. El Corregidor, á instancia de la chica, regaló á Corazon de Oro un *Agnus Dei*, que formaba el centro de un relicario de plata.

—¿Para qué lo quiero yo?—dijo al salir á la calle Manolin. Pero viendo que pasaba el Santo Viático para un enfermo, lo acompañó, y ¿qué mejor ocasion para probar el poder del relicario? Se lo dejó al enfermo, y ofreció además rezar por su curacion.

Casualmente al volver á casa advirtió que, saltando unos rapaces sobre una acequia, acababa de caerse uno en medio de ella. Sin vacilar, Corazon de Oro se arrojó en su ayuda, y sacó al zagalon, berreando y empapado como un perro de aguas. Llamábase el rapaz Pacorro, y sin duda con el susto del remojon no se acordó de dar las gracias á su bienhechor.

Corazon de Oro se durmió aquella noche pensando: si el Evangelista San Mateo no falla, el año que viene, tal dia como hoy, me debe Dios cien pesetas cabales. Mañana lo apuntaré para que no se olvide.



VI

L siguiente dia apénas amaneció, Corazon de Oro saltó de la cama, rezó sus oraciones, y sacando un libro de memorias, escribió:

Cuenta de Su Divina Majestad con Manolin Corcuera:

DEBE.	*Pesetas.*
Por donativo á un prójimo que rompió un cántaro.....	1
Por una jaulita á una prójima para su ruiseñor.	1
Por un baño fresco que tomé: pongamos.....	1
TOTAL PESETAS.....	3

que multiplicadas por 100, segun San Mateo, hacen la suma de 300 pesetas.

Aún no habia terminado de escribir la cláusula, cuando los criados invadieron con estrépi-

to el aposento, llevando en la mano una caja que contenia un magnífico baston de caña de Indias con puño de ágata y oro, regalo del enfermo de la víspera, que no era otro que el señor Alcalde mayor, el cual habia experimentado tan notable mejoría aquella misma noche, que no se hartaba de bendecir al relicario y al generoso Manolin. El baston valia más de cuatro onzas de oro.

No habia acabado de contemplarlo, cuando la criada penetró dando gritos con un jamon en la mano, y dos enormes morcillas, presente de la madre de Pacorro, que aunque pobre, era una mondonguera como Dios manda. Y como la víspera cabalmente habia hecho la matanza, la buena mujer no se hartaba de repetir á las vecinas, que aquel dia de matanza, habia nacido providencialmente, en justa compensacion, su Pacorro, por la generosidad de Corazon de Oro.

Una señora rumbosa y compasiva que desde su ventana habia presenciado el heróico rasgo de Manolin, mandó á poco una tarjeta de felicitacion y media docena de botellas de Jerez.

Cuando Corazon de Oro se vió solo, y maquinalmente fué á acabar de escribir la deuda de Dios... se quedó tan estupefacto y corrido, de ver la generosidad de Su Divina Majestad,

que pagaba los plazos con creces, aun ántes de cumplidos, que se echó á llorar.

Llorando le encontró su respetable madre que venia á comérselo á besos, y suponiendo que su hijo era ya víctima del primer ataque de la terrible enfermedad, exclamó:

—¡Ay Santa María la Blanca! ¡Fortaleced su corazon!

—¡Madre y señora mia!— respondió Manolin. Sepa vuestra merced que estas lágrimas no son de melancolía, sino de gozo puro y sólido. Con vuestra anuencia voy á seguir explotando el filon.

Y al punto dió las órdenes para que llevasen el jamon y morcillas á una pobre familia que perecia de miseria, las botellas á un desgraciado cesante que habia perdido el apetito al perder el empleo, y el relicario á otro enfermo de peligro, Consejero de la Sala de las Mil y quinientas.

No estamos léjos de asentir, que el hacer bien viene á ser como el comer y el rascar, que solo quiere principio. La caridad tiene tambien sus *golosos,* y sus fanáticos: darse á hacer bien y despedazarse por su prójimo, es en ciertos héroes pasion tan avasalladora, como en los borrachos y rateros el beber ó robar.

Siendo el hombre naturalmente egoista, ¿qué

les mueve é impulsa á esos héroes á sacrificarse? Tal es el misterioso licor que embriaga las almas para quienes el placer es basura; y ese era tambien el que secretamente colmaba el corazon de Manolin, quien decia para sí, que no era mucho que tuviera vacío el corazon, aquel que se propone llenarlo de vaciedades. Por eso siguiendo su filon, y viendo que el Palacio se le llenaba de dones, mientras tantos hermanos suyos morian á falta de lo preciso, informóse de las mayores necesidades.

Y habiéndose enterado de que en el pueblo habia un pobre zapatero corto de vista que apénas trabajaba, y un cochero que no enganchaba porque se le habia descabalado el tiro, y un ciego que no tañia porque tenia rota la guitarra, y un vecino hablador que padecia sabañones en las orejas, y un oidor sordo que lamentaba su desdicha, y un estudiante resfriado por llevar agujeros en la capa, y una huérfana desconsolada porque no tenia amparo, y un barbero aburrido porque no sabia ni una noticia, y un labrador melancólico porque la sequía le agostaba la cosecha, y finalmente, un zagal afligido porque el lobo se le habia merendado cuatro ovejas de la majada;

Al punto regaló unos anteojos al zapatero, un caballo al mayoral, un tapabocas al vecino,

una guitarra al ciego, una trompetilla al oidor, una capa al estudiante, una dote á la huérfana, una suscricion á la *Gaceta* al barbero, una noria al labrador y seis ovejas al zagal majadero.

Y como Dios nunca se queda atrás en liberalidad, de allí á poco tiempo, el zapatero heredó de un tio de América y le regaló unas botas de montar, y el cochero ganó el oro y el moro y le regaló un caballo, y al ciego le cayó la lotería, en el último décimo que le quedaba, y le regaló un clavicordio, y el oidor ganó un pleito y le regaló un magnífico pupitre con incrustaciones, y el estudiante ganó á oposicion una prebenda y le regaló una librería, y la huérfana se casó con un Contador de Caminos y le regaló un coche, y al barbero le colocó el ministro de oficial de Mostrencos y le regaló un tocador, y el labrador logró gran cosecha y le regaló cuatro celemines de garbanzos, y al pastor le lució tanto su majada, que le regaló una vaca.

VII

PASARON años.

Corazon de Oro, sonriente, benévolo, angelical, optimista, amigo de todo el mundo, pasaba constantemente victoreado por el nutrido coro de agradecidos que le colmaban de bendiciones. Una de las raras excepciones en este concierto habia sido Pacorro, pilluelo de índole malvada, que habia pagado con pérfida ingratitud, desazones y burlas, los repetidos favores de su bienhechor. Éste, que le habia redimido de la suerte de soldado, llegó hasta admitirle en su palacio como criado, pero Pacorro mordió la mano que le favorecia y acabó robando á su amo varias alhajas, entre ellas el *Agnus Dei* que tenia aquél en gran aprecio. Una vez despedido, Pacorro se vengó, yendo por la no-

che con varios baturros á dar una serenata bestial á su bienhechor.

A tu puerta hemos llegado
Cuatrocientos en cuadrilla,
Si quieres que te cantemos
Saca cuatrocientas sillas.

Y á continuacion, haciendo más claramente alarde de su impudencia:

No canto porque me escuchen
Ni tampoco porque sé,
Canto porque me da gana
Y por fastidiar á usté.

Detrás de esta, vino la siguiente copla alusiva al robo:

Yo tenia un *Agnus Dei*
Al cuello, como es costumbre,
Me lo quitaron diciendo
Qui tollis peccatta mundi.

Finalmente, añadiendo la burla á la desvergüenza, acabó con esto:

Yo conocí á un don Manuel
Que era un hombre muy cabal,
Él se metió en el querer
Y murió en un hospital.

Fuera de estas contradicciones, Corazon de Oro disfrutaba no sólo el aura popular, sino la

inmensa satisfaccion de haber sanado de la enfermedad hereditaria, pues su corazon, no sólo se sentia lleno, sino que rebosaba de satisfaccion y de amor á Dios y al prójimo por Dios.

Un dia llegó la noticia al pueblo de que Pacorro, que capitaneaba una partida de bandoleros en la sierra, acababa de ser copado y condenado á muerte. Corazon de Oro no paró ni descansó hasta que logró del rey su indulto.

No quedó aquí la cosa. Pacorro, atacado del tifus, cayó gravemente enfermo en la cárcel, á consecuencia del susto, fatigas y mala vida pasada. Corazon de Oro pidió en seguida constituirse en enfermero suyo, y lo logró con tanta mayor facilidad, cuanto que en el hospital era superiora Blanca, que habia entrado Hermana de la Caridad.

El bandido se avergonzó un momento, pero su índole salvaje prevaleció, y con malos modos hacia, ó no hacia, lo que le suplicaba Manolin.

Al cabo de varias noches que éste pasó velando á su cabecera, Pacorro entró en convalecencia, pero con un humor tan perro y profiriendo tales blasfemias, que todos dejaron solo á Corazon de Oro. Un dia que éste afectuosamente le sirvió una taza de caldo:

—¡Mal rayo te parta, beato!—blasfemó aquel

facineroso. ¡Anda, so pillo! ¡De los perros merecias tú ser comío! ¡Arguna venera te corgarán á ti cuando lo haces! ¡Si no, no te mamarias tú tantas esazones! ¡Caldo me traes, ave fria! ¡Qué poco me traes peñascaró! ¡Si no te tiro la escudilla á la sesera!

Corazon de Oro soportó con una paz angelical tan fiera granizada, y aquel dia pareció más empeñado que nunca en hacer feliz á su énfermo. Le mudó la cama y la ropa, le aderezó y perfumó el cuarto, le agenció un buen cigarro, que Pacorro saboreaba con deleite, sirvióle la comida con más afan, esmero y habilidad que de costumbre, leyó un ratito, y rezó con él algunas oraciones.

Pacorro, que como sabemos tenia más puntas que un herizo, no pudo ménos de conmoverse al ver, ya muy entrada la noche, que su guardian rehusaba acostarse, por quedarse á velarle el sueño.

—Váyase V. á dormir, mi amo,—gruñó entre político y áspero.

—Estoy bien, *amigo mio,* gracias. Hoy ha pasado mal dia...

—Ca, no señor, sino que yo soy *asina.* Vamos, váyase usté, y no se moleste por mí...

—¡Ay! ¡no es oro todo lo que reluce, hermano!

—¿A que le hago yo á V. un favor con dejarme cuidar?

—Ha dicho el Evangelio, porque textualmente reza: «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed, y me dísteis de beber; estuve enfermo y me visitásteis.» Con que ya ve, hermano, que quien se hace enfermero por Dios, se enriquece con las miserias de sus prójimos, y transforma la suciedad en agua de rosas, las llagas en diamantes, y los harapos en vestiduras de gloria.

—¡Lo que es si le dejan á V. hablar!

—No me agradezca nada, hermano, porque yo soy un desnaturalizado egoista... Y tal vez no haria nada por el prójimo si no hubiera leido en la Escritura, que «al que es misericordioso, le librará el Señor de la afliccion, le conservará, vivificará, hará feliz en la tierra, y no lo entregará en manos de sus enemigos; y además, hermano, que será su enfermero en el lecho del dolor, y que *el Señor mismo le mullirá la cama* (textualmente) *para que descanse dulcemente en sus enfermedades*» (1).

—¡Usted sí que tiene *prójimo*, D. Manuel!...

—¡Lo que soy yo, es un hipocriton que na-

(1) Salmo 40, 4.

die conoce bien... Ea, duerma, hermano, y haga por descansar.

Al despertarse al dia siguiente, sintió Corazon de Oro llenársele el corazon de una dulzura y consuelo tan desconocidos y regalados, que no pudo ménos de participárselo á la Hermana Blanca, que se perdia de vista en punto á santidad. La cual, le contestó en estos términos:

—Sabe, hermano mio, que las consolaciones celestiales que Dios suele conceder á los buenos, aunque infinitamente superiores á todos los deleites humanos, todavía no alcanzan á constituir la suprema felicidad. El mayor favor que el Señor concede á una alma, es el de desear sufrir por su amor. Sacrificarse por el prójimo es algo, sobrellevar humillaciones y oprobios es más, deleitarse en padecer por Dios es mucho más, y esto, esto es lo que llena: como hijos del cielo, somos demasiado grandes, y nuestro corazon, demasiado vasto: ¡Dios, y solo Dios, puede llenar su inmensa capacidad!

Corazon de Oro repartió su hacienda entre los pobres, y no se cansó ya de sufrir ni de buscar trabajos por Dios: y lo gracioso es que cuanto más padecia por Su Divina Majestad, más lleno sentia el corazon. Pacorro se cansó de ser un animal, y acabó por convertirse al lado de aquel Santo.

Despues de su conversion cantaba esta copla:

Hasta la leña en el bosque
Tiene su separacion,
Una sirve para Santos
Y otra para hacer carbon.

Blanca voló al cielo. Y el Monasterio de Santa María la Blanca, cobró el premio de 200.000 maravedís, legado por el señor de Corcuera, en favor del que descubriera el remedio cierto para llenar los corazones vacíos de tan ilustre familia.

EL APRENDIZ DE SANTO

I

Pues señor, este era un mozo de cordel de Roma, no mal cristiano, bastante infeliz, regular bebedor, y tan forzudo, que podia tirar de un carro. Siempre de guardia en la esquina de la plaza, con su esportilla para lo que pudiera ocurrir á los parroquianos, la gente del barrio le conocia por el *Esportillero*.

No iba tan á menudo á la iglesia quizás, como debiera, pero un dia entró, por ser la fiesta de Todos Santos, determinado á rezar por el alma de su madre que le habia criado en el santo temor de Dios. Justamente un sacerdote subió al púlpito mientras él rezaba: aquel sacerdote era San Felipe de Neri.

El Santo habló de lo necesario que nos es la santidad, y repitió diez veces, que «para morir santamente, es preciso aprender á ser santo y vivir como santo.» El *Esportillero* se aprendió de memoria la frasecilla, salió repitiéndola de la iglesia, y no pudo olvidarla en todo el dia: le asaltaba en la esquina, cuando caminaba con la carga, en sueños, y hasta en el banco de la taberna. *Para morir como santo, hay que aprender á ser santo y vivir como santo.*

Y cansado de tanto cavilar, se resolvió á ponerse de aprendiz del nuevo oficio, creyendo que no le tendria nada que envidiar al oficio de esportillero, y se fué á casa del predicador, que vivia en la casa del Oratorio.

Cuando se vió delante del predicador consabido, exclamó con sencillez:

—Mi amo, aquí vengo á ver si su merced me quiere enseñar el oficio de santo.

—Le han engañado, amigo mio,—respondió aquél: todavía no lo soy, sino pobre pecador.

—¿Pues no es su merced D. Felipe de Neri?

—Eso sí es verdad, me llamo Felipe de Neri.

—Entónces es vuestra merced el hombre santo que yo digo. ¿Qué hay que hacer para serlo?

San Felipe meditó un instante, conmovido de tanto candor, consultó al Señor, y mirándole cariñosamente, le dijo:

—Dime, buen amigo, ¿sabes leer?

—De corrido, de corrido, no, señor, como aquel que dice, pero con algunos tropezones, ya calo lo que está escrito.

—Pues bien,—continuó el Santo, aquí tienes este libro: lee nada más que cuatro renglones, trata de aprenderlos bien, y vuelve dentro de ocho dias.

—¿Y con eso saldré oficial?

—Si los practicas bien, creo que sí.

—Corriente. Hasta la vista y gracias.

A los ocho dias vuelve el *Esportillero.*

—¡Hola, amigo!—¿Aprendiste los cuatro renglones?—le pregunta el Santo.

—¡Aprenderlos, aprenderlos! La dificultá no está en aprenderlos, contestó el buen *Esportillero.*

—¿Pues en qué?

—Toma, en hacer lo que mandan. Por saberlos, bien de corrido que me los sé. Oiga su merced y verá: «Amarás á tu Dios, le adorarás con reverencia y perderás todas las cosas ántes que ofenderle. No jurarás en vano su Santo Nombre, ni blasfemarás. Santificarás las fiestas, oirás Misa entera...

—Está bien, hombre. Tienes buena memoria...

—Lo que es por memoria... «No harás daño al prójimo, ni te achisparás, ni...»

—Basta, basta, y... al grano. ¿Has hecho lo que mandan esos cuatro renglones?

—¡Ay, señor! Me costaba cada dia más que arrancarme una muela, pero al fin y al cabo, lo he hecho como lo reza el libro.

—Hombre, bueno. Para ser aprendiz bien empiezas; como sigas así, arremetiendo con lo que el libro dice, te armas y sales un buen oficial, Dios mediante.

—Lo que es por mí no quedará.

—Ea, pues, échate al coleto estos otros cuatro rengloncitos, y hasta dentro de ocho dias. Vamos, valor y confianza en el Señor.

A los ocho dias ya no vino el *Esportillero*. San Felipe empezó á inquietarse, y á rogar á Dios por aquel bendito y sencillo ganapan.

Pasaron ocho dias más, y luego quince, y el mozo de cordel no parecia. San Felipe, que le habia cobrado aficion, no esperaba volver á verlo más. «En medio de todo, pensaba el Santo, el pobre empezó bien, pero sin duda se ha acobardado, y echado á pasear el libro, los cuatro renglones y el oficio nuevo, que ya tiene cuatro bemoles.»

De repente escucha pasos estrepitosos en el corredor, como si pasara un carro, y oye que llaman á su puerta.

Era el *Esportillero,* pero el Santo no le conoció al principio. Arrastraba su cuerpo trabajosamente, apoyado en un palo, y llevaba debajo de la barba un pañuelo de yerbas anudado en lo alto del cogote. Sobre el pañuelo asomaban los carrillos amoratados, heridos, cicatrizados. En la nariz lucia dos ó tres chirlos, y su frente era toda un cónclave de cardenales.

—¿Qué te ha pasado, hijo mio?—exclamó San Felipe, asustado, y ¿quién te ha puesto así?

—¡Vaya! Vuestra merced, como el que dice: el caso es muy sencillo. Iba yo cargado con mi esportilla por la calle de Albano, cuando hete aquí que encuentro de frente un coche con dos caballos. Los animales, al ver mi esportilla cargada, se espantan, se encabritan y dan al traste con el carruaje. Un señorito que guiaba se levanta, se encara conmigo, y furioso, me derriba con carga y todo, me revuelca en el barro, y me apalea durante diez minutos. ¡Ah, señor! Aquel caballero era para mí un alfeñique, y si yo hubiera querido agarrarle por la pretina, le hubiera podido aplastar de un coscorron, como se quiebra un mal cacharro contra las piedras. Aquí están mis puños, que no me dejarán men-

tir, y que más de una vez han levantado en vilo una carga de cebada. ¿Tenia yo la culpa de que mi esportilla hubiese espantado á sus caballos? ¿No gano yo mi vida con la esportilla? Tentaciones me dieron de acogotarlo, pero acordéme de los cuatro renglones, que iba yo repitiendo: «No volverás mal por mal, haz bien á tus enemigos, pon la mejilla derecha si te pegan en la izquierda» y tragué saliva. No tuve que ponerle la mejilla, porque él me las buscó, y me las puso hinchadas como un pan. Calléme, señor, como un mudo, y recogí la carga cuando el otro se partió. ¿He cumplido con lo que el libro reza? Corríjame la plana, mi amo, si he faltado, que no he podido venir ántes, porque ahora mesmo salgo del Santo Hospital, donde me he estado curando tres semanas.»

San Felipe, enternecido, admirado de tanto heroismo unido á tanta simplicidad, abrazó con lágrimas en los ojos al *Esportillero,* le ofreció curarle, y le propuso que se quedara en su compañía, para ser religioso como él, con lo cual acabaria de aprender el oficio de santo.

El *Esportillero,* lleno de agradecimiento se echó á llorar, y se arrodilló á los piés de San Felipe, espantado de aquella proposicion, de que se creia indigno. Aquellos dos hombres, el maestro y el aprendiz, no se separaron más.

El *Esportillero* llegó á ser lego del Oratorio, y edificaba á todos por su humildad, su obediencia y su fervor.

Habia querido aprender el oficio de santo, y Dios le habia facilitado el camino. A los veinte años de religion murió rico de obras buenas y en olor de santidad (1).

(1) La anterior relacion es adaptacion de un episodio publicado en francés de la vida de San Felipe de Neri.

NAVARRA POR SANTA MARÍA

ó

APÓSTOLES Y CRUCEROS

TRADICIONES ESPAÑOLAS

I

EL animado coro de ruiseñores y jilgueros que hace el matinal servicio en las márgenes del rio Zidaco, frente al antiguo castillo de los Reyes de Navarra, habia suspendido momentáneamente su arrebatadora sinfonía. Eran las cinco de la mañana deliciosísima del postrer domingo de Abril, cuando los piadosos vecinos de Olite, á porfía con los ribereños del Arga, Ebro y Aragon, emprendian la tradicional romería al antiquísimo y popular Santuario de Nuestra Señora de Ujué.

Alegres y campechanos como lo son los habitantes de aquella rica comarca, su plática era tan expansiva y cordial, que las pintadas cardelinas (1), callaban el pico y se guarda-

(1) Así llaman á los jilgueros en el país.

ban muy bien de meter su baza en el concierto.

Cruza el camino un feracísimo valle de tres leguas de largo próximamente, por dos de ancho, que separa la Montaña de la Ribera, y por entre huertas, villas, sembrados, olivares y corralizas, sube serpenteando desde la ciudad de Olite por repechos y colinas, hasta unirse con el que, pasando por San Martin de Unx, lleva de Tafalla directamente á la santa Montaña.

—¡Arre, burra, que vamos á Misa!—gritaba el tio Ramon el de Caparroso. ¡*Secretaria* te habias de llamar!

—¿Por qué se llama *Secretaria*?—preguntó el tio Mariano el de Falces.

—Al *mocete* (1) se le ocurrió ponerle ese mote, porque es al revés de la burra de Baláam: aquélla hablaba y ésta escucha. A mi burra le ha de pasar como al herrero de mi pueblo, que de puro martillar se le olvidó el oficio. A la *Secretaria*, en oyendo conversacion, se le olvida el andar.

—No le pegue,—alegó dulcemente doña Dolores, señora ya entrada en años, que cabalgaba sobre la burra en artolas,—pues estos señores no nos podrán seguir.

—¡Quite V., señora!—contestaba el tio Mariano, aunque fuera V. en el cerro-carril le se-

(1) Muchacho.

guiríamos mi mujer, el mocete y yo, con el hipo que llevamos *drento.*

—Pues ¿qué les trae á Ujué?—preguntó el señor Ramon.

—Una *sastifacion* mucho grande,—respondió la mujer del tio Mariano.

—Algun premio de la Lotería ú cosa así, opinó aquél.

—Mal puede ganar el que no juega,—dijo el tio Mariano.

—No cambio yo por ningun premio,—continuó la labradora, que el hijo de mi alma se quede en casa, mientras otros tienen que coger el chopo.

—¿Se ha librado de quintas?—preguntó afablemente Ángela, hija de doña Dolores, que vestia hábito del Cármen, y valerosamente hacia á pié el camino.

—Ni más ni ménos, señora. Hoy hace seis semanas le tocaba meter mano en cántaro. Su padre y yo estábamos que nos ahogábamos en una gota de agua. A mí me ocurrió hacer un voto á la Vírgen Santísima de Ujué. Y á tan buena hora, porque al ir á sacar el chico del garapitero (1) que extraia las bolas,

(1) *Garapitero* se llama en Navarra al que por un tanto alzado arrienda y cobra cierto derecho municipal, llamado *garapito,* sobre las transacciones de los vinos.

una para mi hijo, va y sale el número más alto.

—¡Feo linternazo que me arreó padre!—añadió el mozo llevándose la mano al brazo. ¡Aún me duele el hombro!

—No te quejes,—objetó el señor Ramon, que yo he oido que en otros pueblos de España, se estila en un caso semejante, sacudirse de lo lindo en familia, todo de pura alegría por supuesto, y darse de sopapos y bofetadas entre padres é hijos para memoria de tan glorioso acontecimiento.

—Figúrense Vds., si subiremos á gusto la cuesta con los piés descalzos,—exclamó la labradora.

—No hemos salido tan bien librados nosotros,—dijo otra campesina, pues hicimos un voto por mi padre (que Dios guarde) si sanaba, y la Vírgen no nos oyó.

—¡No convendria!—arguyó cristianamente Ángela.

—Así lo creemos, porque él se murió el mismo dia de la Vírgen de Marzo.

—¡La Vírgen Santísima se lo llevaria al cielo! Mejor estará que nosotros,—dijo doña Dolores.

—¿Y Vds. cumplen el voto?—dijo Ángela.

—¿Pues qué hemos de hacer? ¿Qué diria la Vírgen Santísima? Pensaria que la guardábamos rencor.

—Claro que pareceria mal. Al santo el voto, y al niño el bollo,—dijo el señor Ramon.

—Santos y buenos dias, señores,—saludó un hombre jóven bien vestido, y de carácter comunicativo, que habia oido parte de la anterior conversacion.

—¡Muy felices nos los dé Dios!

—Para favores morrocotudos, el que me ha hecho á mí la Vírgen de Ujué. No lo acertarian ustedes.

—Pues, ¿qué favor le ha hecho?

—Toma, sacarme de las astas del toro, como aquel que dice. Habia yo ido á la marca del ganado de Lizaso en Murillo, y aunque me muero por ver toros y toreros, jamás habia querido bromas con los animales de cuatro orejas.

—¡Qué las tienen muy pesadas!—repuso el señor Ramon.

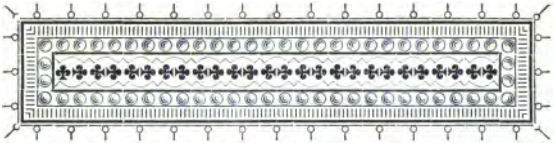
—Verdad es. Mis amigos aquella tarde, despues de haber salido á capear, se empeñaron en que yo tambien habia de echar una suerte á un toro, ligero como un cohete, que acababan de marcar; y como yo me resistiese, me dijeron que lo dejaba por falso, collon y cobarde. Oir esto y lanzarme al redondel con las manos limpias, fué una misma cosa.

—¡Qué imprudencia!

—Cristianos: al verme el animal, de dos brin-

cos se me planta encima. Yo no sé lo que entónces hice, ni lo que pasó por mí. Sólo recuerdo, que á seguida de un ¡ay! general de congoja, sonó un grito y una estrepitosa salva de aplausos, y que me encontré del otro lado de la barrera. Los amigos me abrazaban y certificaban que habia dado un quiebro sublime, que era un maestro consumado, que debia contratarme, y no sé cuantos disparates más. Yo, temblando de un temblor que no podia echar de mí, me acosté con un calenturon terrible. Cinco dias estuve delirando, entre la vida y la muerte, y viendo á aquel enorme toro de cinco años, junto á mí. Señores, poco faltó, que no fuí á contarlo al otro mundo (1). Cuando me levanté, ofrecí subirme á un tejado, cada vez que vea á una vaca de leche, y venir á dar las gracias á la Vírgen Santísima, por haber librado con el pellejo sano de tan famosa barbaridad.

(1) Este episodio es histórico.



II

No era ménos animada la conversacion que traian en otro grupo detrás, unos cuantos labradores.

—*Malicos semos* los de esta tierra, opinaba uno de ellos, pero la Vírgen Santísima tampoco es desagradecida...

—¡Y no falla! Este rato encuentra un país donde la quieran más.

—Señores, para devotos los de Artajona. ¡Cómo quieren á su Santísima Vírgen de Jerusalen, traida de Tierra santa!

—Sin quitarles nada á los artajoneses, miren ustedes que ¡aquella Vírgen del Sagrario de Pamplona!

—Para mí, caballeros, en toda esta tierra no

hay otra como la de Sancho Abarca de Tauste. Esa es la que se apareció al Rey de Navarra, que con tal ayuda, ¡claro! derrotó al moro, y luego gobernó como pocos.

—Lo mismo cabalmente hizo la de Castejon, aparecida en un espino, como una rosa, vestida á lo serrano y con albarcas. Y sepan Vds. que tenia ganadería propia, compuesta de las vacas ofrecidas por los devotos. Y habiendo un pastor robado la campanilla de la vaca que guiaba, para ponérsela á otra vaca suya, va y ¿qué hizo aquélla? Entró en el mismo dia de la fiesta en el templo, y adelantándose al altar mayor, tiró la campanilla robada que aún se conserva, y se volvió al campo sin hacer daño á nadie.

—Eso lo haria para que no le faltara campana al monaguillo.

—¡Pues cuidado con la de Araceli de Corella!

—¡Vamos que la del Yugo en Arguedas!

—¡No digo nada de la del Puy de Estella!

—¿Dónde se dejaban Vds. á la del Camino de Pamplona y Monteagudo?

—Para devocion los de Peralta. No hay buen vecino que se acueste sin ir á hacer compañía un *ratico* á la Vírgen de Nieva.

—Con que quedamos en que la Vírgen de Ujué lleva la palma á las demás, porque de to-

da Navarra acude á su santuario la gente *á manta de Dios.*

—¡Y dígalo!

Así en animados coloquios, atravesaban los romeros el feracísimo campo del Fenero, y caminaban ansiando llegar al Alto de la Cruz, para contemplar desde allá el paso de la célebre procesion de los *Cruceros*, que de madrugada habia salido de Tafalla.

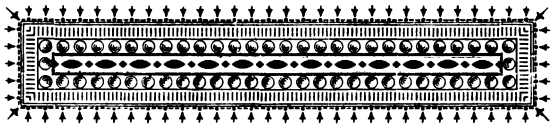
En tanto, una tempestad tenia lugar en el corazon de una triste madre. No habian faltado viajeros que echasen de ver el discreto silencio y la pena contenida que se reflejaba en el pálido semblante de doña Dolores; pero el respeto á la desgracia los contuvo: que en un país donde la cordialidad es rasgo general de carácter, muy honda debe ser la pena que se oculta.

La casualidad hizo, sin embargo, que uno de los jóvenes conociese á aquella señora, y apénas la saludó, cuando ella, que largo tiempo ya habia contenido su amargura, dió rienda suelta á las lágrimas, aunque esforzándose en vano por reprimirlas y ocultarlas. Ángela le hacia en voz baja algunas breves reflexiones, encaminadas al parecer á persuadirla que no llamase la atencion.

Por evitar, sin duda, difíciles explicaciones, el jóven saludado pronunció una sola frase en voz baja, dirigida á los que le rodeaban, y tuvo

efecto tan mágico, que trasmitiéndose con rapidez, dejó ver en cuantos la escuchaban una impresion de viva simpatía hácia doña Dolores y de profunda compasion.

—Es la madre de Juan Eguía,—habia dicho el jóven.



III

JUAN Eguía, era un jóven popularísimo entre sus paisanos, que con repetidos actos de sereno arrojo y de heróica temeridad se habia granjeado el nombre de jefe, en los movimientos populares del país, despues de 1868.

Habiendo tenido la desgracia de caer prisionero, el Gobierno le desterró con otros muchos compatriotas suyos á la isla de Cuba. Este destierro fué para su madre un golpe terrible, porque, no teniendo otro hijo varon, y habiendo visto morir á su esposo, tipo excepcional de energía, probidad y valor en la guerra carlista, temia perder á aquel hijo tan querido de todos por su bizarría y afabilidad.

Las últimas noticias que de Juan habia teni-

do, databan de un mes. Acababa de desembarcar en la Habana, donde varios de sus camaradas habian ya enfermado á consecuencia del clima, ó más bien de las fatigas del pasaje. Ignoraba á dónde le destinarian, y sólo ponia su esperanza en Dios y en su Madre Santísima.

La acongojada madre, aunque muy quebrantada de salud, se resolvió á asistir á la romería de la Vírgen Santísima de Ujué, á fin de rogar en su mismo santuario á la bendita Madre de Dios, que le devolviera á su hijo desterrado, y librase á éste de todo mal.

La noticia de que la madre de Juan Eguía figuraba en la expedicion, se propagó como por encanto. Con la simpatía y discrecion que se dejan adivinar, cada cual se esforzaba en demostrarla, ya con un respetuoso saludo, ó con una mirada afectuosa, la parte que tomaba en su dolor. Este homenaje, que tambien alcanzaba á Angela, y que indirectamente ponia de manifiesto las simpatías de que gozaba Juan, contribuia á acibarar más el sentimiento de doña Dolores.

Como el Alto de la Cruz estaba cerca, las conversaciones volvieron á recaer sobre la procesion de los *Cruceros*, salida de Tafalla á las cuatro de la mañana, y que todos deseaban ver. Llegados al Alto de la Cruz, todos tomaron

posiciones para contemplar el edificante espectáculo. Mientras aguardaban descansando, una pobre ciega, á quien llamaban con el cariñoso nombre de la *cieguecica* de Aybar, entonaba á peticion de las personas caritativas, una cantinela monótona á modo de salmodia, y dolorida como el gemido de la tórtola, que producia un efecto sorprendente. Dicha cancion, que todos oian con religioso silencio, era una descripcion exacta del acto que iba á tener lugar. Hela aquí:

Semanita de San Márcos,
El domingo en la alborada,
Las esquilas y bordones
Tocan á misa en Tafalla.

Del crepúsculo las sombras
Atraviesan cual fantasmas,
Mujeres de oscuros mantos,
Hombres de pesadas capas.

Allá van los penitentes
Con sendas túnicas largas,
De toscas sogas ceñidos,
La faz de negro tapada.

Apénas el sol apunta,
Apénas la misa acaba,
Salen los entunicados
Con cruces en las espaldas.

Ya les arenga el Vicario,
Ya el clero los acompaña,
Ya los regidores llegan
Que el grave cortejo mandan.

Seiscientos son los *Cruceros*
Que pesada cruz arrastran,
Muchos van los piés desnudos,
Y todos rezando avanzan.

Pueblos y aldeas madrugan
Por ver procesion tan santa,
Y aun los ángeles del cielo
Se asoman para mirarla.

Dos leguas han caminado,
Cerca están de la montaña,
Cuando cien *Cruceros* llegan
De Valdorba y su comarca.

Ya la dura cuesta suben,
Ya sus congojas se acallan,
De ver que Santa María
En la cumbre los aguarda.

Apénas á Ujué han llegado,
Las grandes cruces descargan,
Postrados ante la imágen
La misa oyen, y dan gracias.

Allá, hácia la media tarde,
Las cruces de nuevo abrazan,
Despídense fervorosos
De su Madre y abogada.

Cantando en coro desfilan,
Cantando dulces plegarias;
Cuando es llegada la noche
Entra el cortejo en Tafalla.

Así el *Crucero* ha cumplido
El voto que hizo su patria,
Cuando moros y cristianos
Guerreaban en Navarra. Amen.

En el momento en que la cieguecita concluia su relacion, muchas voces repitieron el suspirado grito de ¡ya vienèn! ¡ya vienen!

IV

DIFÍCIL es describir el efecto á la vez fantástico y conmovedor de aquella excepcional procecion que, segun tradicion no interrumpida, viene verificándose desde ha diez siglos.

Los *Cruceros,* llevando cruces enormes, caminaban uno tras otro, descalzos no pocos, trayendo muchos el capillo alzado, y dejando ver el rostro, grave, en consonancia con la seriedad del acto, y encendido por la fatiga ocasionada por las dos leguas y media de camino ya recorridas (1).

---

(1) Sólo viendo la procesion se puede creer tanta austeridad y rigor de parte de los concurrentes. Algunas de las cruces asustan por su peso, y sorprende ver caballeros y personas muy acomodadas acometer esta dura peregrinacion.

Tambien las señoras—por supuesto sin cruces—concurren á ella. Generalmente hacen la mitad del camino la víspera, hasta San Martin de Unx, y siguen luego detrás de los hombres.

Muchos eran los curiosos que ventajosamente colocados presenciaban el largo desfile, y varias las emociones que mútuamente se trasmitian los espectadores de tan imponente y religioso alarde; pero sin duda, las que más nos interesan, se cruzaban en un grupo de caballeros que rodeaban á un señor Coronel, quien parecia merecer de ellos grandes consideraciones.

—No me ha entendido V.,—decia un jóven con ribetes de *sietemesino* llamado Alfredo, dirigiendo la palabra á D. Fermin, propietario de Tafalla, que vestia chaqueta y se producia con gran expedicion. No es que yo critique el espíritu de sacrificio, que es el del Evangelio, como usted dice. Ni pretendo proclamar esa afirmacion *cursi* de que el sol del progreso disipará la virtud de la mortificacion.

—Pues, ¿qué otra cosa ha dicho V. que eso mismo?—observó D. Fermin.

—Dispénseme V.—Lo que yo digo es, que temo que estos pobres labradores obren con celo indiscreto, por rutina, é influidos por las arengas de su Párroco, cediendo á terrores vetustos de santurrones, y á un espíritu de misantrópica, inconsciente austeridad.

—¡Esta sí que es buena!—contestaba riendo D. Fermin. Harto se ve, señor mio, que no conoce V. el carácter del país. Usted gratuitamen-

te supone que todos estos *Cruceros* son apáticos y aburridos devotos, escrupulosos como monjas, que hechos unos batuecos, pasan la vida como los niños del limbo sin padecer ni gozar.

—No tanto, pero...

—Pues bien, caballero, desengáñese V. y caiga de su burro. Aquí está su correligionario de V., D. Rufino (y señalaba á un viejecillo doblemente verde), que es del país y no me dejará mentir. Pocos pueblos habrá más naturalmente alegres y felices que este, dado que todo legítimo contento nos viene de la religion, y si no, esté V. atento un instante y le presentaré unos cuantos documentos *vivientes*. Desde luego prescindo de autoridades, y ya sabe V. aquello que dice que «al que sabe vencerse á sí mismo, le tiene Dios reservado un maná escondido que ninguno conoce sino el que lo recibe» (1). Y es claro que estos honrados *Cruceros* lo han saboreado ya. Prefiero que mire V. á la procesion, que es mi mejor argumento.

—Pues soy todo ojos.

—La cual le enseña, que si lo cortés no quita á lo valiente, en esta tierra, tampoco lo jovial quita á lo buen cristiano. ¿Ve V. aquel crucero

(1) Apocal. II, 17.

que viene allá, de talla regular, barba rubia, túnica nueva y lustroso calzado? Pues aquel es Javierito Azcona, distinguido jóven de Tafalla, que no piensa á fe mia en meterse fraile, y que en el último Carnaval, siguiendo la galante costumbre de sus paisanos, arrojó, con admirable tino por cierto, seis arrobas de dulces á los balcones de la que va á ser su mujer. ¿Ve V. el cuarto de los que detrás siguen, con la cabeza descubierta y el pelo al rape? Llámase Pepe Arteta, y es un jóven médico que no pierde la misa un sólo dia, pero el rato de tertulia lo destina á jugar al tresillo, de que es fanático, y las ganancias á los pobres de la conferencia de San Vicente de Paul. ¿Ve V. aquel más grueso que le sigue descalzo? Es un labrador tan honrado como pudiente, cuya devocion á la Vírgen raya en delirio; despertador y director entusiasta de los Rosarios de la Aurora de su pueblo, pero cuyo genio alegre y decidor corre parejas con su temple para organizar una merienda y con su habilidad para guisar un *ajo-arriero* ó un gorrinillo de leche, que cierto no tiene rival en Puente la Reina ni toda su merindad. ¿Ve V. aquel más alto y fornido, cuya soga casi arrastra? Es el famoso Severino Aldaz, el primer jugador de pelota de estos reinos, que ganó á los franceses vascos el verano pasado tres

partidas en San Juan de Luz, y á quien llaman *mano de oro* porque no pierde pelota. En fin, aquel que ahora llega junto al Sacerdote, es Babil Sagaseta, el carpinterin de Val de Ilzarbe, talento deshecho para la música, que así hace hablar á la guitarra como llorar al cornetin, y á quien han querido contratar con Sarasate para los teatros de la corte; pero que tiene la devocion de no fumar los sábados ni faltar jamás á la Salve que en las Vísperas de sus festividades cantan á la Santísima Vírgen en este país.

—¡Es curiosísima la enumeracion! D. Fermin,—dijo felicitándole el Coronel.

—Y no digo yo,—prosiguió, que el uno sea santo por su galantería, ni el otro por las meriendas, ni el otro por los codillos, sino que á pesar de *eso,* son excelentes cristianos, y que *eso* es su fisonomía, y tambien la válvula de seguridad que les aleja de otras cosas peores, pues no conviene que el arco esté siempre tirante.

En el momento en que D. Fermin acababa de pronunciar estas palabras, todos los circunstantes volvieron repentinamente la cabeza hácia el grupo de mujeres donde se hallaban la madre y la hermana de Juan Eguía. Un grito penetrante, desgarrador, que helaba la sangre en las venas, por lo que tenia de gemido de muerte aunque realmente era aliento de alegría, partió del

pecho de la afligida madre, que, medio privada de sentido, cayó en los brazos de su hija.

—¡Mi hijo Juan!—habia clamado con indescriptible acento al creer reconocer en uno de los Cruceros á su hijo.

En un principio juzgaron los circunstantes que se habia vuelto loca. Y sin embargo, era cierto que el jóven que desfilaba en aquel momento con el rostro pálido que acababa de descubrir, era el mismo Juan Eguía en persona, á quien sus amigos y deudos creian en la Habana.

V

UAL nido de águila colgado en la gigantesca cima de altísima montaña, la basílica de Santa María de Ujué, domina casi todo el reino de Navarra. Asomándose á aquel incomparable mirador, el viajero descubre claramente los montes de Aragon, Castilla y Cataluña, y la cadena pirenáica, cuya última estribacion, es y que se extiende por su parte oriental.

Desde tan sorprendente posicion, la Madre de Dios, á guisa de vigilante centinela, ejerce hace mil años su amoroso patronato sobre numerosos pueblos que hormiguean á sus piés, y que parecen haberse agrupado confiadamente para vivir bajo su celestial égida y proteccion.

No hay habitante en aquella comarca, que no vista el escapulario, y en cuyo pecho no arda una centella de amor á la Vírgen de Ujué; ningun trabajador empieza ni concluye su fàena en el campo, que no se vuelva con los demás del tajo hácia el popular santuario, y descubriéndose reverentemente, no rece una Salve para implorar el amparo de la Soberana Reina de los cielos.

Hallábase Ujué en el siglo VIII, legua y media más al Sur, pero su traslacion fué motivada por la aparicion de una imágen de Nuestra Señora en el agujero de la peña que ahora le sirve de nicho, y en la cual construyeron los Reyes de Navarra, desde Iñigo Arista hasta doña Blanca, un magnífico templo á costa de inmensos caudales.

La Vírgen tiene una palomita á sus piés, como símbolo de la que, introduciéndose frecuentemente en la concavidad donde yacia la santa imágen, movió la curiosidad de un pastor y ocasionó su descubrimiento (1). A juzgar por las relaciones de los Reyes de Navarra en los privilegios concedidos á la villa y á su iglesia, acudian antiguamente peregrinos de varias comarcas de España, como Valencia, Galicia y

(1) El pueblo que se formó, dice el P. Moret, se llamó de Santa María de Usua, que en idioma vascongado significa *paloma*.

Aragon, y aun de Francia é Italia. Hoy todos los peregrinos proceden en general de Navarra y de las vecinas cinco villas de Aragon. El rio, llamado tambien Aragon, sirve de límite entre las provincias de Zaragoza y Navarra, y corre á dos leguas de la villa de Ujué.

Las romerías más numerosas en el año son: la de los Cruceros de Tafalla, el domingo siguiente á la festividad de San Márcos Evangelista, en que acuden unas seis mil almas, y la de la fiesta titular, que se celebra el 8 de Setiembre y atrae unas cinco mil.

El país, sumamente accidentado y pintoresco, formado de colinas que rodean, y por decirlo así, constituyen la corona que engarza la montaña principal, está poblado de bojes y madroños, y abunda en espliego ó alhucema, salvia, romero y varias plantas aromáticas.

El Alto de la Cruz (1), es el punto de donde

(1) Al lado de la Epístola de la iglesia, hay una estátua de yeso en armazon de madera, arrodillada, y se dice ser del famoso Gonzalo Burtus, que habiendo cegado, vino á pedir vista á la Vírgen, y en efecto, la recobró.

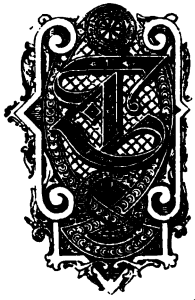
«Despues de algunos dias de penosa marcha, D. Gonzalo, caballero principal de los estados de Castilla, previno á sus servidores que le dieran aviso en el momento que distinguieran el monte sobre que está fundado el templo de la Vírgen, lo cual se verificó al llegar al Alto de la Cruz. A este aviso se retrató la alegría en el semblante de D. Gonzalo, que inmediatamente se apeó de su corcel, y sin descanso alguno empezó desde allí á subir de rodillas tan escabroso camino con mucha devocion y confiando hasta llegar á la presencia de la Sagrada imágen de María, á la que pidió la vista con viva fe. Pocos momentos despues

empieza á descubrirse el santuario viniendo de Tafalla y Olite, y allá es tambien donde los peregrinos que tienen hecho voto de subir la cuesta descalzos, comienzan su difícil ascension, la cual hace sumamente dolorosa la escabrosidad del camino, aun para los sufridos y robustos naturales del país.

---

de orar fervorosamente, abrió los ojos y reconoció en su imágen á María su bienhechora y á sus criados, y saltando de regocijo por su inmensa fortuna, invitó á los circunstantes para que le ayudasen á dar gracias á la Santísima Madre de Dios.» (*Fundacion de Santa María de Ujué*, por D. José Guillermo Lacunza, Prior de dicha iglesia.)

VI



ENIA la madre de Juan Eguía un hermano, Cura de un pueblo de Castilla, quien al saber el destierro de su sobrino, escribió á un íntimo amigo de la Habana, rogándole hiciese todo cuanto pudiese en favor del desterrado. El tal amigo, que era persona de influencia, contestó al Cura inmediatamente, que, «todo lo que podia hacer» era devolverle al sobrino en el próximo vapor de la compañía Lopez, y que así se apresuraba á hacerlo con anuencia del Capitan general (1).

Juan, que era muy devoto de la Santísima Vírgen, se quedó estupefacto de la manera verdaderamente maravillosa con que volvia á Euro-

(1) Este episodio es histórico, y vive el sujeto que hizo tan precipitado viaje.

pa, y se acusaba en su interior de haber dudado un momento de tan poderosa Protectora. Y recordando que su desembarco le permitia justamente llegar á la peregrinacion de los *Cruceros*. á que tantas veces habia por devocion asistido, juzgó ser esta casualidad providencial y que complaceria á la Santísima Vírgen honrándola con aquella manifestacion de su gratitud.

Una dificultad se oponia á la realizacion de este proyecto. Su protector, al despedirle en la Habana, le habia recomendado no fuese á residir por algun tiempo en Navarra, á ménos de contar con una proteccion valiosa cerca de la autoridad militar. Su carácter fogoso, no obstante, la zanjó resòlviendo realizar una por una la peregrinacion, hacer á la vuelta una breve visita á su pueblo para sorprender á su madre y hermana, y marcharse luego á Madrid, ó en todo caso á Francia, si las circunstancias impusieran la expatriacion.

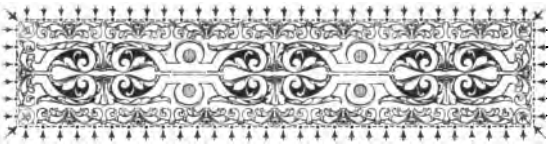
A su vez doña Dolores, recordando dulcemente en medio de la afliccion que le ocasionaba la expatriacion de su hijo, la devocion de éste á la romería de Ujué, habia resuelto reemplazar aquel año á Juan, y pedir á la Reina de las Misericordias con todas las veras de su corazon, que se apiadase de la madre y del hijo, y en memoria de lo que ella habia sufrido cuan-

do perdió á Jesus, se dignase poner fin á aquella terrible separacion.

El lector sabe por qué manera tan inesperada y maravillosa ambos se habian encontrado en el Alto de la Cruz. Juan Eguía, enterado de la presencia de su madre y tranquilizado acerca de su salud, quiso seguir realizando aquella penosa subida con tanta mayor generosidad, cuanto que en tan raro encuentro veia otra nueva prenda de la celestial proteccion.

Cuando acabada la funcion religiosa, que fué solemne y digna de aquel fervoroso pueblo, la madre corrió á precipitarse en los brazos de su hijo, las lágrimas corrieron por más de un semblante y una frenética salva de aplausos vino á anunciar la parte que los circunstantes tomaban en la vuelta del desterrado y en aquella tierna escena de familia.

Muchos amigos de Juan Eguía que no podian soñar con tan novelesco regreso, corrieron igualmente á estrecharle, y no de los últimos el buen D. Fermin. Juan, que por un sentimiento de filial delicadeza, ocultaba á su madre en aquellos primeros momentos la dura necesidad en que se veia de separarse pronto de su lado, se desahogó con D. Fermin, con quien le unian lazos de simpatía y cordial fraternidad.



VII

CONVIENEN los cronistas en afirmar, que una de las escenas más animadas, pintorescas y características de esta romería, es sin duda la campestre refeccion que sucede á la manifestacion religiosa, y en la cual reinan una templanza envidiable y la armonía más fraternal.

Divididos en grupos se hallaban, en efecto, nuestros peregrinos, tendidos en la verde alfombra, sombreados por los frescos árboles, abanicados por la brisa embalsamada, embelesados con numerosos diálogos que sazonaban la franca sonrisa y la jovial cordialidad.

—¿Sabe, señores?

—Más que un maestro. Haciendo por la vida.

—¡Bien lo han ganado! Cristiano, ¡qué pedazo de cruz la que llevaba V.! Ganas me han dado de ponerme de Cireneo.

—Calle V., hombre, que mucho más pesan nuestros pecados.

—Bien está que V. lo diga, pero otros tenemos más y no lo lloramos tanto.

—¡Bah! Si se ganara el cielo sólo acarreando peso, el ferro-carril lo ganaria sin tocar pared.

—Diga V. mejor, sin tocar purgatorio.

—Así es. Lo malo es que uno tiene el genio vivo y á lo mejor lo echa todo á rodar.

—Mucho lleva V. adelantado en conocerlo y lamentarlo. ¡Cuántos hay que son malos de remate y que se emperran en serlo!

—¡El Señor les abra los ojos! En cambio he visto yo un señor con gaban y todo, que venia desde Tafalla cargado con la cruz, y que se ha quitado al subir las botas *lustreadas*. ¡Que un *destripa terrones* como yo lo haga, santo y bueno, pero que lo haga todo un señor!

—¡Sí que choca!

—Vamos, si no me hubiera dado cortedad, le hubiera dicho: «Caballero, eche V. esos cinco, que V. es hombre de calidá.» Y ¡qué *juerzas* tenia!

—¡Aún te se ofrecerá ocasion de verle y de convidarle con la bota!

—¡Quiá, hombre! ¡A todo un señor!

—Chico, regla general. Los que no se avergüenzan de Dios, no se avergüenzan tampoco de los *probes*.

En otro grupo decian:

—¿Hay apetito, vecina?

—Gracias á Dios, no falta. Figúrese V. que mi marido y mis chicos se han comido ya *á cada* (1) tortilla con escabeche y cerca de medio cabrito.

—¿Ha visto V. qué procesion la de este año? Nada le ha faltado para parecerse á la del Calvario. Hasta el encuentro de la madre con el hijo, salvo la comparanza.

—¡Lástima de muchacho! ¡Haber estado en presidio!

—Hija ¿qué tiene de particular? Los hombres van á galeras, como dice el dicho, que no tienen de ir las monjas. ¡Cuando no es por nada malo!...

—Yo no sé cómo él se fía de venir tan pronto por aquí, habiendo tanta tropa; al fin y al cabo, los valientes y el buen vino suelen durar poco...

—Y él dicen que es sereno si los hay. Cuen-

(1) Esta locucion es muy antigua en Navarra. En el testamento de doña Blanca (1439) se halla tres veces. Por él deja tres lámparas de *cada* cuatro marcos para el altar mayor de Santa María de Ujué.

tan que cuando le cogieron, creyeron los suyos que lo matarian, él muy campante los consolaba con esta copla:

Quien perdió por Dios la vida,
No podrá jamás perder
El soberano placer
De verla tan bien perdida.

VIII

NA intriga maquiavélica estaba á punto de urdirse, en tanto, en el mejor parador de Ujué. Durante la comida, el jóven empleado Alfredo, y el vejete D. Rufino, escribano intrigantuelo, taimado y socarron de la Borunda, habian intentado repetidas veces arrancar al coronel Montero una palabra en daño de Juan de Eguía. ¡Cuánto placer hubieran tenido en el arresto de Juan!

Calificándole con los apodos de cabecilla, faccioso, rebelde á las ideas del Gobierno, y por ende fusilable, encomiaban la urgencia de cortar cuatro docenas de cabezas, á la par que blasonaban de religiosos sin exageracion.

Harto ya de oirlos, el coronel les cerró la boca con la siguiente declaracion:

—Respeto en Vds. la libertad que como paisanos gozan de vilipendiar á un valiente á quien la suerte de las armas ha sido adversa. Yo, que soy militar, y que como hombre de accion debo desdeñar la vana palabrería, me limito á compadecerle y á lamentar que aquellos que ven los toros desde la barrera y nunca se baten, seàn siempre los más sanguinarios azuzadores, los pregoneros de represalias, los que convierten la lucha en infierno fratricida, donde no hay lugar al perdon.

Don Fermin, que conociendo el temple del militar habia guardado silencio, dió á éste las gracias con una rápida mirada. Ya para entónces, y cediendo á los impulsos de un corazon buenísimo, que sólo gozaba en hacer bien, don Fermin habia invitado á tomar café con el coronel, á Juan Eguía, de cuyas prendas habia hecho formar á aquél una ventajosa opinion.

Cuando llegó Juan (que habia dejado á su madre y hermana rezando ante el altar de la Vírgen), el coronel Montero, despues de las ordinarias salutaciones, quiso hablarle aparte, y al efecto se retiró con él á una habitacion contigua.

Don Fermin, aprovechando la coyuntura, preguntó al niño y al viejo:

¿Hace mucho tiempo que conocen Vds. al coronel Montero?

—Yo,—dijo D. Rufino, asomando sobre los espejuelos sus ojillos de fuina, sólo le conocia de oidas hasta ayer que, viniendo de Pamplona, me lo encontré en el vagon. ¡Se conoce que tiene malas pulgas!

—Yo,—replicó Alfredito, no más que de vista, porque me lo enseñaron en la Taconera de Pamplona. Parece un ordenancista.

—¡Es todo un hombre de honor! Ya se echa de ver que Vds. no le conocian. Yo le trato hace algunos años y bendigo al cielo que me lo hizo conocer. La primera vez que le vi fué como alojado en mi casa de Tafalla. Mi mujer y mis niñas hicieron con él lo que con todos los alojados, invitarle á la mesa y subsanar el servicio harto defectuoso de los asistentes y ordenanzas. Él, que es todo un caballero, quedó prendado de mi casa, y al despedirse no sabia cómo manifestar su gratitud. Más de diez veces que pasó su batallon por Tafalla, vino siempre, diciendo que no queria conocer otra posada ni otros patrones, pues en ninguna parte habia de encontrar más cariño y mejor voluntad. Yo salia ganando con la sombra que nos hacia, pues estando tildado de reaccionario, y teniendo contra mí á casi todo el Ayuntamiento, él denodadamente me defendia y me libraba de no pocos desafueros. Para abreviar contaré un solo caso.

Cierto dia en que yo faltaba, el tabernero vecino, por no sé que batalla, vociferaba insolencias debajo de mis balcones, mientras mi mujer é hijas yacian muertas de miedo. Óyelo el coronel, sale indignado al balcon, pone de chupa de dómine al deslenguado, y avísale con entereza que él se encarga de meterle en cintura si en lugar de ladrar, como mastin que es, á los bribones de su taberna, sigue molestando con sus graznidos á la gente más honrada de la poblacion. ¿Qué les parece á Vds.? Nosotros le mirábamos con tanta ley como á uno de la familia (1).

Durante este relato, con que D. Fermin triunfaba finamente de sus interlocutores, éstos tascaban el freno, mordian el cigarro, y esperaban que pasara el chubasco.

El cual, no acabó tan presto, porque el coronel salió llevando á Juan Eguía de la mano y exclamó:

—Les presento á Vds. á mi bienhechor don Juan Eguía.

—¿Su bienhechor?

—Sí, señores. El señor acaba de recordarme una hazaña que yo tenia casi del todo olvidada, pues siempre ignoré á quién se la debia agra-

(1) El tal coronel existe y nosotros lo copiamos del natural.

decer. Una tarde al anochecer, siendo yo comandante, volvia yo de dar un paseo por el portal Nuevo de Pamplona, cuando fuí detenido por dos carlistas. Estos, rogándome les dispensase por haberse equivocado, me dejaron volver tranquilo á mi casa.

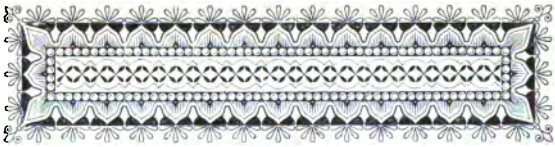
—Buscábamos á un miliciano que nos provocaba todos los dias desde la muralla, añadió Juan.

—«Arrieros somos,—me dijeron al separarse, y en el camino nos podemos encontrar.»

—¡Qué profecía!—exclamó D. Fermin. ¡Bravo, Juan!

—No habia mérito en ello,—repuso éste, tratando de aminorar su buena accion. Matar á un hombre indefenso, era indigno de valientes, y cogerle prisionero, algo difícil donde nos encontrábamos.

—Y ahora,—concluyó el coronel dirigiéndose á D. Fermin, corre de mi cuenta este caballero, y procurar que no se pierda la semilla de los valientes.



IX

DESPUES de haber dado la vuelta al pueblo de Ujué con increible seriedad para anunciar el espectáculo que iba á verificarse, los doce mejores mozos, adornados de sendos pañuelos de seda en la cabeza, ejecutaron en medio de la plaza, ante las autoridades eclesiástica y municipal, el famoso *paloteado,* tan celebrado en aquel país.

Luego tuvo lugar el baile. Los muchachos sacando unos pañuelos de seda en cuyo centro echaban un nudo, daban una punta á su pareja, y así, sin tomarse las manos, inauguraban la honesta danza con una cadena general. La primera pareja, formando en seguida arco con su respectivo pañuelo, dejaba pasar á las de-

más, quedándose de última y repitiéndose esta figura cierto número de veces. Por último, puestos los mozos en fila y en otra frente á ellos sus correspondientes parejas, continuaba el bailoteo á distancia (segun se hace en el país vasco y en Aragon), al son de las gaitas y tamboril.

Con ser tan pintoresco el espectáculo anterior, no era sin embargo el que atraia más curiosos. Entre los aragoneses que habian acudido de la provincia vecina, habia un mozo llamado Meliton, tipo castizo que viajaba con su guitarra, y era nativo de Egea de los Caballeros. El que haya contemplado alguna vez el original cuadro de Dannat que representa al aragonés de Cinco Villas, de calzon corto, media azul, chaleco abrochado y en mangas de camisa, con el botijo en ristre, los piés separados, el cuerpo ceñido de la ancha faja, hácia adelante, la jeta al aire, y bebiendo al chorrillo, conoce á nuestro Meliton. Era el ejemplar nómada, con su candor, su honradez y su tosquedad auténticas y nativas.

Meliton, pues, rasgueando la jota y pegando con el pulgar en la caja, tañia para la gente de su tierra. Y en una tonada legítima del país, no comprendida por cierto entre las variaciones de la jota por Lahoz, y que Gortschack no tuvo

sin duda la suerte de oir; cantaba, no sin cierta galantería:

El cielo de la Navarra
Está pintado de azul;
Por eso las navarritas
Tienen la sal de Jesus.

Un mozo de la Ribera, de pantalon y chaleco de pana, alpargatas y boina, que por allá cerca templaba su guitarrillo, quiso con el humor zumbon, propio de su raza, buscar las cosquillas al aragonés, y cantó:

De los señores de Egea,
Navarritas, no os fieis,
Que en Egea hay caballeros
Que llevan medias sin pié.

El buen Meliton, que sintió el dardo, recogió la alusion en la siguiente copla, gritada con voz formidable que á reto sonaba:

Soy aragonés, señores,
Que mi tierra no la niego;
Y aunque nací en Aragon
Por una navarra muero.

El navarro volvió á la carga, y cantó con sorna:

Pícaros aragoneses,
¿Qué venís á Ujué á buscar
Dejando al Cristo en la Seo
Y á la Vírgen del Pilar?

El aragonés entónces, exasperado y limpiándose la boca con el revés de la mano, atronó cantando esta copla en son de desquite:

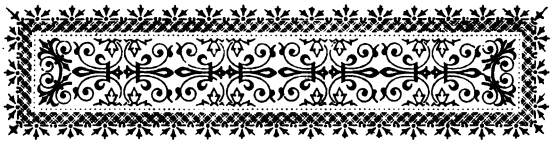
Antes de morir la Vírgen
No *jué* á ver tierra *denguna*,
Que sólo *jué* á Zaragoza
Donde plantó su *coluna*.

El del guitarrillo, á quien divertia el coraje de Meliton, soltó esta otra:

Al irse á Aragon la Vírgen,
Dejó en Navarra á su madre (1),
Que no hay rincon en la tierra
Donde más de veras se ame.

La gente oia con frenesí (que todos somos inclinados á reir á costa del prójimo), y aplaudia sucesivamente á ambos trovadores; pero la hora de la vuelta de los *Cruceros* sonó, y cesó aquella interesante justa que no tenia trazas de acabar.

(1) Para comprender la copla hay que saber que Santa Ana es la Patrona de Tudela de Navarra, y que la devocion de los tudelanos á su Patrona, corre parejas por lo vehemente con la de los zaragozanos á la Vírgen del Pilar.



X

CUANDO los *Cruceros* volvieron á pasar por el alto de la Cruz, la *cieguecica* de Aybar cantaba á peticion de las personas caritativas una relacion en el mismo tono plañidero, pero describiendo otra procesion distinta que la anterior, es decir, la de los doce *Apóstoles*. Al dia siguiente era el primero de Mayo, dia en que justamente tiene lugar esta poética y singular romería. He aquí la relacion:

La primer noche de Mayo
Cuando las doce avecinan,
Doce Apóstoles invaden
El alcázar de María.

En negra túnica envueltos
A honrar su Dama caminan,
Que amor sus pechos enciende,
Y es discrecion su divisa.

De la Caridad imágen
Es su linterna encendida,
De la Fe su recio báculo,
Del mundo la noche fria.

En misterioso silencio,
Entre tinieblas tupidas,
De Ujué por la incierta senda
Un Sacerdote los guía.

A veces repite el céfiro
Un devoto ¡Ave María!
Que en demanda de socorro
El peregrino suspira.

Ante la Vírgen de Usúa
Al salir el sol se inclinan,
Y con el Pan de los Angeles
Devotos se fortifican.

Allá los rostros descubren
Ante su Reina divina,
Y su amparo para el viaje
Le piden de aquesta vida.

Animosos y en silencio
De vuelta de Ujué caminan,
Y Tafalla entrar descalzos
Los ve á las doce del dia (1). Amen.

(1) Los individuos que ingresan en esta hermandad, se imponen la obligacion de hacer la anterior indicada romería á la Vírgen de Ujué durante diez años, pasados los cuales quedan jubilados, y son cubiertas sus vacantes por los inscritos que se hallan en turno. Fué fundada hace trescientos años próximamente. (*Glorias navarras*, por D. José Nadal Gurrea.)

Otra romería, compuesta de 33 cruceros, se hace en Semana Santa, desde San Martin de Unx, en reverencia de los años que vivió Cristo, y otra, en fin, del Pueyo, tambien con cruces, el dia segundo de Pascua de Pentecostés.

—¡Bonita está la copla!—exclamó el tio Ramon el de Caparroso, arreando á la *Secretaria*,—pero le farta lo mejor.

—Pues ¿qué falta?—preguntó Ángela, cuya madre iba ahora harto más animosa.

—Que los *Apóstoles*, cuando bajan la cuesta,—contestó aquel, se paran á almorzar en el Corral del Cariño.

—Eso por sabido se calla, que no habian de *irsen* sin desayunar, dijo el labrador de Falces.

—Y harto lo merecen los *pobrecicos*,—añadió su mujer, que andan ocho leguas en doce horas.

Algunas despues de estos sucesos, el coronel Montero, cumpliendo delicadamente su palabra, comunicaba á Juan Eguía un telegrama del Capitan general de Navarra, autorizándole á residir y circular libremente en el territorio de su mando.

Y como Juan se dispusiese á darle las gracias:

—No insista V., amigo mio,—le dijo campechanamente. Yo me casé con una paisana de V., que sin predicarme más que con el ejemplo, me enseñó á hacer bien por Dios. Hacerlo á un desconocido seria siempre una satisfaccion; hacerlo á V., que es un acreedor, es además un deber. Favor por favor, se-

ñor D. Juan, y vea V. en qué puedo servirle, que en ello tendré un verdadero placer.

Ni á Juan, ni á su madre y hermana, les quitó, sin embargo, nadie de la cabeza, que el coronel, tan humano y caballero, habia sido un instrumento providencial de que la Santísima Vírgen se habia valido para ampararlos como amorosísima Madre que es de afligidos.

PEPE BRONCE

SIMPLE HISTORIA

I (1)

LA Felipa y la Simona son dos muchachas hacendosas y cristianas, que no tienen más tacha que la lengua un poquito larga, y saber cortar sin patron ni tijeras vestidos y levitas á la más buena moza y al más pintado galan.

Como ha hecho tanto calorazo durante el dia, no acaban de dejar el fresco de la ventana, desde la cual hablan como cotorritas al tenor siguiente:

—Hija, ¡qué funcion la de las flores de Mayo!

---

(1) Este cuadro es histórico en efecto, habiéndonos parecido la verdad tan hermosa, que no nos hemos atrevido á vestirla demasiado. Por esto, tememos que sus paisanos han de reconocer inmediatamente á Pepe Bronce. Si así es, que pidan á Dios le dé la perseverancia y no le deje de su santísima mano.

—¡Como era el último dia! ¡En jamás *vide* más señorío en la iglesia!

—¡Estaba aquel altar mayor que parecia una ascua de oro!

—¡Con aquella Vírgen del Amor Hermoso que *da la hora,* vestida de tisú!

—¡Qué de sobrefaldas y de abanicos de encaje!

—¡Y cuánto reloj de señora, y cuánto sombrero *Niniche,* como dice mi señorita.

—¡Y al fin no ha habido jarana!

—¡Hija, habladurías! Esos masones no saben lo que hacer por asustar á la gente.

—*Lo cual,* que el amo mayor no queria que saliéramos de casa.

—Pues *ello,* no ha quedado por gana, porque yo he oido decir que estaba en la iglesia... no lo acertarias. ¡El señor Pepe *el Bronce!*

—No seria él, mujer. Si dicen que está á matar con la Iglesia y los curas, como el diablo con la cruz.

—Pues *velay,* por eso ha chocado tanto el verlo.

—Entónces, ciertos son los toros. Estaria para dar la señal á esos perdularios.

—Eso dicen, yo me alegro de no haberle visto, porque sus ojos me dan miedo.

—Con aquella cara de oso parece una figura

arrancada de un tapiz. ¿Por qué le llamarán *el Bronce?*

—Mujer, porque es el jefe de la gente del bronce, y tiene muchos fieros y no se le pone nada por delante.

—Eso sí, á atrevido y desvergonzado no hay quien le gane. Trayendo yo un dia de la fuente el cántaro á la cabeza, vino á hacerme arrumacos, y yo le dije que si no se quitaba de delante le daba un bofeton de cuello vuelto. ¡El demonio del hombre!

—Ese, detrás de una escoba con sayas es capaz de correr...

—Pues no digamos nada de la lengua que tiene. ¡Aterra el oirle!

—¡Tambien creo que es amigo del libro de las cuarenta! ¡Vamos, un tahur!

—Toma, y por añadidura *poste* de café, que no sale de allí de dia ni de noche.

—En fin, chica, que no tiene el diablo por donde cogerle.

—Como que es el jefe de la gente *del bronce.*

Se necesita desfachatez para atreverse hasta con la Vírgen Santísima. Porque á eso iba, á armar bulla...

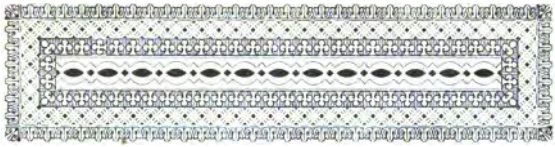
—Lo que se necesita es estar dejado de la mano de Dios. Pero la Vírgen no ha querido y

todo ha estado muy bien. Por cierto, que la despedida que han cantado es preciosa.

—Vaya, chica, adiós, que el sereno canta las once.

—Hasta mañana.

De tu divino rostro
La belleza al dejar,
Permíteme que vuelva
Tus plantas á besar.



II

Es mucha sangre la que se gasta entre los Pirineos y Gibraltar! Abundan los españoles que llevan alquitrán en sus venas, con un genio *pronto* como una descarga, *caliente* como el vino del propio cosechero, y *fuerte* como las guindillitas de la tierra, que arrancan la campanilla y hacen saltar la lágrima.

A la categoría de los más sulfurables pertenecia indudablemente el señor Pepe *el Bronce*. Era valiente de raza, audaz por temperamento, cabeza de motin por vocacion, forzudo por naturaleza, exaltado por tendencia política, pendenciero por mala costumbre y libertino por deplorable educacion. Los adversarios le temian,

los indiferentes le admiraban, sus correligionarios le respetaban y obedecian, y además se complacian en contar sus épicas hazañas. Una de ellas era el haberse batido de noche en una calle llevando solo un palo contra una banda de mozos armados, al intento de impedir que diesen cencerrada á cierto amigo que imploró su proteccion. Pepe barrió la calle de importunos, impidió la algarada y quedó dueño del campo sembrado de peroles, cencerros y latas de pimientos.

Cuando se dió á conocer como denigrador y martillo de Curas y devotos, la gente de vida airada se derretia de gusto, palmoteaba de gozo, y por aclamacion le declararon amigo del progreso, caudillo del gremio del bronce y capitan de la pandilla avanzada que á todas horas hablaba de *autonomía* y *civilizacion.*

En medio de todos sus defectos, sin embargo, el señor Pepe poseia una virtud no rara en los valientes, y era un acendrado amor á la justicia. Cuando él veia la razon por un lado, no habia poder humano que le hiciera torcer el camino que á ella conducia. Era enemigo del bien, mas éralo de buena fe, por error de entendimiento, y esta circunstancia justamente daba más tenacidad á su bravura y más gravedad á la situacion. En suma, pertenecia á esa raza de

hombres de temple, que educados en el bien son apóstoles, pero que cayendo del lado del mal, son temibles como demonios. En cambio los que le seguian era gente tan viciosa como baladí, que medraban y satisfacian sus malas pasiones al amparo de su valor; así es que de la banda del bronce de que vamos hablando se decia públicamente que tenia piés y cabeza, pero que la cabeza era el *Bronce* y los demás eran los piés para echar á correr.

III

La tarde del 31 de Mayo, segun va insinuado, Pepe el Bronce asistió á la funcion de las flores, no llevado seguramente por ninguna idea de devocion. Apénas le vieron, cuantos le conocian supusieron que, ó iba á provocar un conflicto, ó á burlarse de la ceremonia, ó por otro fin *non sancto*. Este juicio prueba lo bien sentada que nuestro héroe tenia su fama de ciudadano de la cáscara amarga.

Y sin embargo, nosotros que sabemos toda la verdad, podemos asegurar que una casualidad providencial le llevaba á su pesar. Pasaba por la puerta de la iglesia con un pariente, y como

lloviese récio, éste habia propuesto asistir á las flores para hacer tiempo.

Y á la manera que San Pablo fué derribado del caballo en el camino de Damasco, por un golpe de lo alto, aquel templo y aquella hora eran los elegidos por la Reina de Misericordia para reducir al buen camino á aquel escandaloso pecador. Empezó éste á oir el sermon con aburrimiento y soñolencia, mordió el anzuelo de la gracia y siguió escuchando con curiosidad é interés, sintió luego una conmocion profunda seguida de sincera contricion, y al acabar la plática, que fué una hermosa paráfrasis de la *Salve*, cambiado en otro Saulo, ya miraba la virtud con dulce simpatía, á Dios con doloroso arrepentimiento y á su pasado con confusion y horror. Duro, ejecutivo y valeroso contra sí mismo como lo era contra los demás enemigos, salió del templo firmemente resuelto á mudar de vida desde aquel mismo momento.

Y en efecto, llegado que hubo á casa (¡oh maravilla de la gracia y fecundidad de nuestro pueblo para el bien!) poniendo en ejecucion el propósito que en su corazon revolvia, encendió una vela de á libra, postróse reverentemente de rodillas ante un cuadro de la Santísima Vírgen, y decidió no levantarse de allá hasta que la vela se consumiese completamente.

Apénas cumplida esta generosa penitencia, fuése á una iglesia, con el nuevo propósito de confesarse con el primer sacerdote que saliera, y de hacerle su confesor para lo sucesivo. Cumplió igualmente en todas sus partes esta resolucion, é hizo confesion general de los catorce años de vida desarreglada.

Luego, como público testimonio y valerosa manifestacion de que en adelante estaba decidido á adorar al Dios que tanto habia ofendido, y á quemar los ídolos que hasta entónces habia adorado, asistió con su esposa é hijos á una solemne Misa, en la cual toda la familia recibió la sagrada Comunion.

Renunciamos á escribir las lágrimas y alegría de su esposa, que durante muchos años habia pedido á la Santísima Vírgen aquella conversion suspirada, y dejamos adivinar la emocion profunda que entre buenos y malos produjo tan inesperada transformacion.

Más maravillosa todavía, sin embargo, que la mudanza, fué la mansedumbre heróica con que aquel leon, acostumbrado á reinar sobre sus enemigos, logró (ayudado indudablemente de abundantísima gracia) contener su encendida sangre, y pasar de largo devorando coraje delante de sus antiguos camaradas, que le motejaban de *loco, hipócrita. beato* y *santurron.*

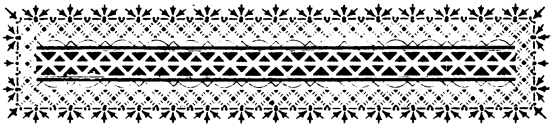
No faltaron tampoco antiguas y funestas amigas que pusieron á prueba su firmeza. Pero, como decimos, la gracia sobreabundó donde habia abundado la culpa, y merced á esto pudo aquél salir triunfante de tan diabólicas emboscadas.

Dios quiso por lo mismo premiar su generosidad y colmarle de favores. Y para que más de cerca se reprodujese el caso de San Pablo, nuestro héroe, tan alejado ántes de Cristo y de su Iglesia, vino á tanta devocion y frecuencia tal de sacramentos, que se pasaba postrado ante los altares mucho tiempo, meditando sus miserias y las divinas misericordias, de rodillas, abismado, consolado y olvidado del mundo, hasta que una vez incorporado, echaba de ver en la fatiga de los miembros las horas enteras que habian blandamente transcurrido.

El Sr. Pepe el Bronce es vecino de una de nuestras más populosas ciudades (aunque no lleva ese nombre que nosotros le hemos mudado con otros pormenores, por justos miramientos), y vive como cristiano piadosísimo y hace vida ejemplar. Si este papel llega á caer en sus manos, al Señor le pedimos que le defienda de una estéril vanagloria, pues no escribimos en su elogio, sino en alabanza de la bendita Madre de Dios, que hizo el milagro,

y tambien para gloria divina y general edificacion.

Y es de advertir que hoy le hierve la sangre con más calor todavía, contra los enemigos de la Iglesia, que ántes en odio de los sacerdotes y los católicos.



IV

EL epílogo de esta historia tuvo lugar en un cafetucho entre dos *tipos*.

—¡Mozo!—gritó azotando sus huesudas palmas uno de ellos, que era un *barbian* achulado, con botinas pespunteadas de verde y que se morian de risa por lo viejas.

—¿Qué va á ser, caballeros?—dijo el mozo limpiando, por limpiar, la mesa con el paño.

—Yo, una chica de cerveza con chico de limon,—exclamó aquél, *pa* refrescar la sangre, que la tengo *envenená*.

—Pues yo,—dijo su compañero, que era un cabo de serenos que parecia conservar algo más su serenidad, una media *tostá, pa* celebrar la que nos ha jugado el *Bronce*.

—Una buena paliza le debíamos dar á ese...

—Ten la lengua, chavó, y si eres hombre, danos ejemplo y ve tú delante á propinársela.

—¡Me quemo! ¡Fíate de los hombres! ¡Traidor!

—No desbarres, que Pepe Bronce, á todo el mundo le consta, es leal hasta morir, y no de los que vuelven la casaca por parnés. Sino que él acaba, como dije yo siempre que acabaria, haciendo una muerte.

—Pues ¿á quién ha matado?

—Al respeto humano.

LA PASCUA EN TARAVILLA

CUENTO PROVENZAL

I

UEBLO, en verdad, protervo y perdulario si los hay, el pueblo de Taravilla! A creer á los habitantes de los pueblos vecinos (y tal vez lo dirian por celos ó mala voluntad), todos los de Taravilla podian arder en un candil, como se dice, todos eran de la cáscara amarga, y quién más, quién ménos, era por oficio ó tenia sus puntas de contrabandista, matutero, jugador de fortuna, vista de aduanas *cegato,* arriero de cuenta, tratante en bestias mayores, curial jubilado ó paseante sin rentas conocidas. Casi todos al parecer vivian de trapisonda, gastaban y triunfaban de lo lindo, eran alegres de cascos, muy *hormiguitas de su*

casa, y tan ocupados, que jamás ponian el pié en la iglesia de miedo que se les cayera encima.

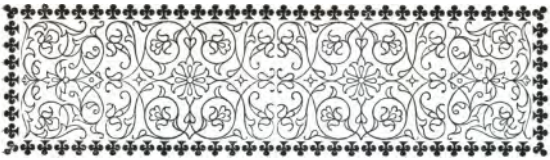
—«Es pueblo fronterizo y basta,» exclamaban muchos para explicar la ligereza de los de Taravilla.

Al pobre D. Martin, excelente Ecónomo de Taravilla (tan excelente y tan económico, que ayunaba rigurosamente todo el año, ignórase si por pura penítencia ó de pícara necesidad), lo tenian comparado aquellos bolonios, por lo bueno y celoso, al cura de Valbuena, que, segun es fama, se murió de sentir penas ajenas.

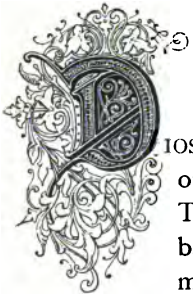
Y aunque el pobre D. Martin rogaba devota y constantemente al cielo por su empecatada grey, el diablo parecia tener bien agarrados á los de Taravilla, que dejaban al cura celebrar la misa los domingos, sin más testigos que Jorge el sacristan, Lepe el maestro de escuela, y media docena de beatas.

—¡Señor!—clamaba un dia D. Martin en plena cuaresma y despues de un elocuente sermon, durante el cual los pocos amados oyentes suyos, casi todos dormian ó bostezaban: ¡Señor, ellos son unos perdidos y yo no lo niego, pero para ganarlos derramásteis vuestra preciosísima sangre! ¡Señor! ¡Que tengo miedo de condenarme con mi infiel rebaño! ¡Vos que me lo confiasteis, inspiradme, como á Pastor que soy, el medio de

alejarlo del lobo infernal, y haced, si es preciso, un milagro de los gordos, que si es de los menudos lo tomarán á risa! Yo los conozco bien: por beber y bailar, son capaces de armar una zambra en un entierro. Pero eso de confesarse no hay cuidado. Como si lo viera, este año como los pasados por Pascua florida, no vendrán más que el maestro, el monago y el coro de viejas.



II



Dios, empero, parecia sordo á las oraciones en favor de los de Taravilla. Un domingo, sin embargo, pronunció el cura un sermon, que hirió notablemente la imaginacion de los pocos desgalichados que le oian, por lo corto y sustancioso:

—«Carísimos hermanos mios en Nuestro Señor, habia dicho el celoso cura. Hoy venia á anunciaros con la divina palabra una gran noticia, que podria hacer la fortuna del pueblo; pero desgraciadamente no veo bastantes cristianos reunidos. *Thesaurum optimum aperiet.* Queria hablaros de un tesoro preciosísimo, y yo sé dónde está, capaz de hacer ricos millona-

rios, á todos los vecinos de Taravilla, aunque sean más pobres que Carracuca. El domingo próximo haremos el reparto, y cada cual se contente con la parte que le toque. Cuando se trató de hacer pasar el ferro-carril por Taravilla, el pueblo entero votó como un solo hombre: cuando vino el Sr. Diputado, todos acudisteis por ver de sacar un estanco ú otra friolera en aduanas ó correos. Mucho más vale el tesoro que os anuncio. *Thesaurum absconditum.* Pero por hoy veo que predicaria en desierto; y no hallo en la iglesia más que á mi monago Jorge, que todo lo coge, y aguarda á apurar las vinajeras; á Felicia la serora, que por hablar por el camino ha llegado á la epístola; á Lepe el maestro, que está dando cabezadas, y á los tres ó cuatro restantes que están en la iglesia como si estuvieran en las Batuecas. Hasta el domingo próximo, amados oyentes mios, en que descubramos el gran tesoro: es la gracia que á todos os deseo, etc.»

No hay que decir que la noticia corrió por el pueblo como un cohete. Justamente, á creer la fama que los de Taravilla tenian en la comarca, eran gente que bailaba de cabeza por un ochavo.

De bote en bote estaba la iglesia parroquial el siguiente domingo, muy ántes que Jorgillo tañese la campana. Don Martin no pudo conte-

ner una sonrisa de satisfaccion, contemplando aquel lleno completo; y al acabar el Evangelio, dando gracias secretamente á Dios de semejante éxito, subió al púlpito, y con solemne y afectuosa voz, habló á los de Taravilla en semejantes términos:

«Hermanos mios y muy amados en Nuestro Señor Jesucristo: *Esurientes implevit bonis et divites dimisit inanes:* el Señor llenó de bienes á los pòbres y hambrientos, y mandó á paseo con las manos vacías á los ricos. Son palabras de la Vírgen Santísima, en el cántico del *Magnificat*, que algunos de vosotros me ayudais á cantar en vísperas. El tesoro ya lo tenemos afortunadamente, y si me prestais benévola atencion, presto sabreis dónde se halla y podreis participar de él.»

III

MEDITANDO me hallaba anoche yo, amados oyentes mios, en aquellas palabras del Evangelista San Mateo: «Semejante es el reino de los cielos á un tesoro escondido en el campo,» cuando... ¿fué sueño ó vision? No lo sé, pues, como decia el Apóstol San Pablo, no conviene gloriarse, *non expedit gloriari*. Ello es que de pronto me hallé yo, pobrecito pecador, á las puertas del cielo; llamé y San Pedro en persona vino á abrir. Yo lo conocí en la calva y en las llaves.

—¡Hola! D. Martin,—exclamó muy campechano. ¿Qué trae V. de bueno por acá?

—Señor... don.. digo San Pedro,—dije yo

temblando. Usted dissimule la embajada que traigo, mas para tranquilidad de mi conciencia, tengo una gran curiosidad de saber cuántos vecinos de Taravilla hay en el cielo

San Pedro muy complaciente, sacó un gran libro, y me dijo, calándose los anteojos:

—Aquí está el índice de la matrícula que llevo. T... Ta... Taravilla. La página está sin estrenar. No hay nadie de Taravilla.

—¡Imposible! —dije yo aterrorizado, sin poder contenerme.

—Véalo V. mismo, —dijo el buen Apóstol, enseñándome el libro.

—¡Misericordia, Señor! —exclamé yo llorando.

—No hay que hacer mala sangre por eso, —me dijo consolándome y muy amable San Pedro. ¿Son gente devota? —me preguntó.

—¡Calle V. por Dios! ¡Qué han de ser!

—Pues entónces no es extraño. Estarán haciendo su cuarentena en el purgatorio. Tome usted este par de sandalias, me dijo dándome sus chinelas, que los caminos son infernales. Siga V. este sendero, y á la vuelta hallará V. una puerta de plata, tachonada de cruces negras. Llame usted y le responderán. Vaya V. con Dios.

—¡Las carnes me tiemblan de pensar en aquel camino! La senda estaba empedrada de vidrios rotos con la punta hácia arriba y á los

lados cabezas de víboras y serpientes que silbaban y le helaban á uno la sangre en las venas.

—¡Tan! ¡Tan!—llamé en la puerta del purgatorio.

—¿Quién va?—dijo una voz suave y dolorida.

—El cura de Taravilla.

—De Tara... ¿qué?

—De Taravilla junto á Francia.

Hete aquí que asoma un ángel del Señor, blanco como la nieve, brillante como el sol, pero algo pálido y alicaido, y que por cierto llevaba una llave de diamantes suspendida del cinturon de coral. Hojeaba un libro mayor todavía que el de San Pedro.

—¿En qué puedo servir al digno ministro de mi Señor?—dijo inclinándose graciosa y reverentemente, como si yo hubiera sido algun archipámpano.

—Señor ángel,—le dije yo tartamudeando y estupefacto de tanta belleza; quisiera saber, si no es una impertinencia, cuánta gente de Taravilla está de posada en el purgatorio.

—España... Taravilla... Pues no tenemos ningun vecino de Taravilla,—exclamó el ángel, despues de haber mirado y remirado.

—¡Santo Cristo de la Agonía!—dije yo tambaleándome. ¿Ninguno?...

—Ningúno,—repitió el ángel.

—¿Pues dónde paran?

—Gozarán de Dios en el cielo.

—De allá vengo y no están,—dije yo.

—Pues ¿qué le hemos de hacer? señor cura. Si ellos no están ni en el cielo ni en el purgatorio... ¡estarán en el Limbo.

—¡Qué! ¡Si los arrastrados suelen morir de pícaros ó de viejos!

—¡Ta, ta, ta! Pues entónces probablemente los tendrá V. en los infiernos.

—¡Ay, Vírgen Santísima de los Dolores! Y si mis feligreses no van al cielo ¿dónde iré yo que soy su Pastor?

—Entónces, para salir de dudas, siga V. este callejon áspero, oscuro y tortuoso, y á mano izquierda encontrará V. un gran portal, que apesta á azufre. ¡Dios guarde á V.!

Y cerró la puerta.

IV

ZAMBALEÁNDOME como un hombre beodo, caminaba yo sobre las ascuas que sirven de pavimento á aquel lúgubre y espantoso callejon. Un frio de muerte me helaba, á la vez que el sudor corria á chorros de mi frente. Gracias á las sandalias de San Pedro, no me abrasé los cascos.

Al cabo de esta horrible caminata, divisé un portal endemoniado, como la boca de una caverna. A medida que me acercaba, los cabellos se me erizaban, y sentia una sed sofocante, un temblor mortal, un olor á cuerno quemado que echaba para atrás, y unos alaridos que cuajaban la sangre en las venas. ¡Ay hermanos mios, qué espectáculo aquél! Allá nada de registro, nadie

me preguntó quién era ni cómo me llamaba. Se conoce que por aquella caverna se entra de rondon.

Parado me estaba yo sin ser capaz de dar un paso, cuando oigo una sarta de horribles blasfemias, y me veo asomar un demonio, tan cornudo como feo, que me dice pinchándome con una gran horca, que afortunadamente no me dió:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Ciudadano! En qué quedamos ¿entras ó sales?

—¿Yo? No señor, no entro. Yo soy un amigo de Dios.

—¡Con que amigo de Dios! Pues entónces, ¿qué vienes á buscar aquí, papanatas?

—Venia... ¡Ay, señor diablo! Venia á preguntar humildemente si... por si acaso... si ha visto vuestra merced por estos barrios algun pobre vecino de Taravilla.

—¡Fuego del infierno! ¡Mire con lo que nos sale ahora el pánfilo del capellan! ¿Es que haces el tonto ó te quieres burlar de mis cuernos? Mira, mira un poco por acá, mira cómo escabechamos á tus *pobrecitos* vecinos de Taravilla!!

Y entónces vi en medio de un enorme monton de llamas (¡dejadme respirar, hermanos mios!) en primer lugar á *Mala-sombra* el Cosario, todos lo habeis conocido, á quien nunca le faltó, sin tener hacienda ni prebenda, ni aun en

tiempo de veda, caza mayor y menor que comer y vender.

A Pepe *el Maula,* aquel alto que molia á palos á su mujer y era tan caritativo con las ajenas.

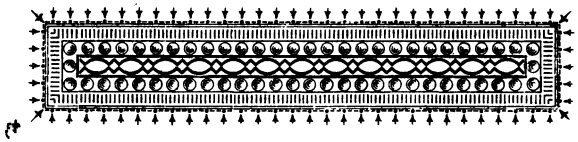
A la Maruja la *Pulida,* que bailaba constantemente con mozos y viejos, y descompuso más de un matrimonio con su cara picada de viruelas.

Al tabernero Miguelon, por mal nombre *Traga-Curas,* lector y vendedor de los periócos *El Tiberio* y la *Nivelacion social,* presidente del *Club del Degüello,* y jefe de los ternes de la localidad.

A la tia Bruja, que cuando iba á espigar, completaba el haz con la miés ajena, y que sabia admirablemente el arte de hacer con un cántaro de leche, seis.

Al tio Peroles el *Peneque,* tan devoto de Baco, como indevoto cristiano. Todos le oiais blasfemar, y sabeis que no queria descubrirse delante del Santo Viático.

Y despues á *Chispas* el bandido, á la Pepa la loca, á Ramon el buen mozo...



V

CONMOVIDO, aterrorizado, lívido de pavor, el auditorio tembló al ver en el infierno, quién á su padre, quién á su madre, á su abuelo ó á su hermano.

—Ya comprendeis, hermanos mios,—añadió el buen párroco, que esto no puede continuar así. Yo soy cura de almas, de *almas* ¿estais? Soy responsable de ellas, y quiero, quiero á todo trance, cueste lo que cueste, salvaros del abismo en que os vais á precipitar. Mientras hay Dios, hay misericordia. Con que vamos pronto, pronto, á poner remedio: ¡hartas muertes repentinas ha habido en el pueblo! ¡Señales probables de la ira de Dios por el desprecio en que teneis los Sacramentos! Mañana, sin más tardar, me pongo á la tarea. ¡Y en verdad, que

ya cayó que hacer! Y á fin de que todo vaya con órden, oid la receta. En primer lugar todo el mundo en fila.

Mañana, lúnes, confesaré á los viejos y viejas. Asunto de coser y cantar, como dicen.

El mártes á los niños. En un tres por cuatro, acabaré con los angelitos.

El miércoles á los mozos y mozas. Esto será más largo.

El juéves á los hombres. Como á los soldados cuando son muchos, aprisa y bien.

El viérnes á las mujeres; pero abreviaremos, porque son largas de razones.

El sábado á ¡Cachano el molinero!

Y si el domingo damos fin y remate ¡buenas pascuas nos dé Dios!

¡Hermanos mios! cuando pasan rábanos, comprarlos, y cuando la miés está madura, el tiempo que se dilata la siega es tiempo perdido, sujeto á mil percances. Ninguno de vosotros está seguro del mañana. Y el que cuenta sin Dios no sabe de cuentas. Y pues tanto os afanais por veinte ó treinta años que podeis vivir á lo sumo en este valle de lágrimas, no seais locos, y una vez por siempre, haced la colada de vuestra conciencia, aseguraos el perdon y el tesoro de gracias que os ofrece Jesucristo para los millares de millones de años que habeis de

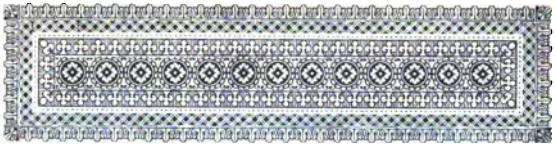
vivir en la vida eterna que á todos os deseo. Amen.

¡Caso particular! Tal como el cura lo dijo, sucedió, y todos los vecinos, como dóciles corderos, acudieron al tribunal de la Penitencia á hacer la gran colada de su enmarañada vida.

Desde aquella fecha memorable, el perfume de las virtudes de los de Taravilla trasciende en diez leguas á la redonda.

El ecónomo D. Martin, feliz y satisfecho del éxito de su sermon, volvió á soñar que, precedido de todo su taravillesco rebaño, subia en brillante procesion á las esferas celestes, y que, á la luz de los cirios, entre nubes de incienso, y acompañado de su coro, y á los ecos del *Te Deum*, recorria el camino sembrado de estrellas que conduce á la celestial Sion.

LA GUITARRA



I

GRANDE alarma habia producido en el pueblecito francés de Saint Didier, en el departamento de los Altos Pirineos, la noticia de la próxima llegada de los latro-facciosos españoles. Con tal epíteto los habian designado tan frecuentemente los periódicos, y tales episodios habian narrado de su ferocidad y barbarie, que aun desarmados y entre gendarmes, inspiraban más terror que curiosidad.

Desarmados, en efecto, llegaron por fin en los primeros dias de Julio de 1840, aquellos guerrilleros españoles que habian tenido en jaque á toda España y en expectacion á Europa entera.

Y apresurémonos á decirlo. El efecto que produjeron en aquellos pacíficos aldeanos, no respondió á la temerosa expectacion. Los vecinos que se habian subido á las ventanas para contemplarlos desde seguro como á toros en plaza, se avergonzaron de su precaucion, fuese de ver tanto gendarme, ó por el aspecto marcial pero campechano de los españoles, y bajaron á la vía pública. Las mujeres, ménos espantadizas ó más curiosas, contemplaban con fruicion el desfile desde las calles y las tiendas, y con la compasion habitual en su sexo, acabaron por manifestar sus impresiones cuando pasó el último soldado con parecidas palabras:

—¡Ah, infelices! *(¡Ah, les malheureux!)*—exclamó una mujer.

—No me parece, sin embargo,—objetó otra más jóven, que las trazas son de tan desdichados.

—Ni á mí,—dijo otra. Estos deben ser de los que van cerca del rey ó cosa así.

—Granaderos tal vez, ó guardia imperial.

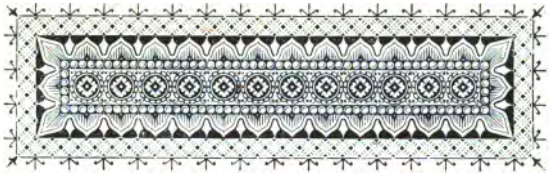
—Real, querreis decir; que estos son realistas. Por el aspecto parecen hijos de buenas familias. *Ils ont l'air très distingué:* tienen aire muy distinguido.

Aquellos españoles que han habitado en Francia, hallarán este elogio muy en su lugar, pues

es cosa corriente que los franceses encuentren siempre sumamente airosa y animada á nuestra raza, como lo es en realidad, y que tomen por nobles ó gente de pró á simples artesanos, y por oficiales ó generales, á soldados rasos. ¡Cuestion de fachada y donaire nacional!

A poco de llegada, pues, aquella española infantería, habia hecho ya una conquista inesperada: la de las simpatías generales del pueblo, que no se cansaba de admirar gente tan alegre en la desgracia y tan elocuente sin saber hablar, pues es de advertir, que con cuatro palabras valencianas, otras tantas catalanas, y dos ó tres francesas, hablaban un *patuá* saladísimo y expresaban todo cuanto querian decir, y á veces tambien lo que no querian. Verdad es que la expresion del rostro y el gesto tan variado y elocuente (que tanto sorprende á los franceses), era por sí bastante lenguaje.

Nadie seguramente hubiera adivinado, al mirar el pintoresco cuadro en que fraternizaban vecinos, gendarmes y emigrados, las lágrimas que pocas horas ántes habian surcado las bronceadas mejillas de aquellos valientes al deponer sus armas y despedirse de su patria.



II

Los vecinos de Saint Didier habian salido de un gran desengaño para caer en un misterio. Ya los habian visto, ya sabian ócmo eran aquellos terribles guerrilleros; *des braves garçons,* como ellos decian, excelentes muchachos.

Pero el misterio permanecia entero, y no se descubria el resorte que habia lanzado á gente tan honrada á semejante locura. Aquellos apuestos hijos de buenas familias, mancebos valientes y religiosos, que léjos de avergonzarse de su religion, como muchos de su edad, asistian á la

iglesia, oian misa y frecuentaban los sacramentos (lo que allá edificaba aun á los mejores), habian abandonado á sus padres, su hogar, su fortuna, su porvenir, por correr en busca de aventuras como el famoso Don Quijote de la Mancha. ¿Quién les metia á ellos el ir á matarse por nadie? ¡Cuánto más prudente era cultivar la tierra ó explotar el negocio, y redondear una fortunita para vivir desahogadamente y no mendigar á la vejez! ¡Pobres muchachos!

Lo gracioso de estas consideraciones es que afligian más á los franceses que á los mismos interesados. Aquéllos, como previsores y amigos del peculio, ó no veian la cuestion del deber y del honor como no interesados en ella, ó la relegaban á segundo término; pero, eso sí, deploraban la imprudencia de aquellos jóvenes que no poseian un cuarto, y los enseñaban á sus hijos para su escarmiento.

Lo cual tenia muy sin cuidado á los imprudentes españoles, quienes sólo se preocupaban por entónces de que no faltara la *paella* de cada dia, dejando de lo porvenir dueño á Nuestro Señor, y creyendo siempre cercana la victoria; pues no en balde dijo el Conde de Maistre que los realistas fueron por excelencia «los hombres de la semana que viene.»

Es el caso que los oficiales se encaminaron á

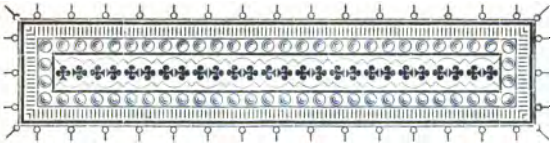
la *Maison de Ville,* ó casa Consistorial, á visitar al señor alcalde, quien debia andar harto ocupado, segun se echaba de ver su ausencia. La señora alcaldesa, que así vió honrada su casa, hízolos pasar al recibimiento, mientras llegaba su esposo el municipal funcionario que no debia tardar.

Hacemos al lector gracia de la mímica escena que entre los oficiales y la señora alcaldesa, acompañada de algunas personas amigas, tuvo lugar por falta de palabras del comun caudal, escena en la que los ojos suplian á la lengua.

Lo mejor que tuvo fué no ser larga, pues habiendo divisado los españoles al entrar en la sala, con tanta satisfaccion que los vendió, una guitarra colgada en la pared, ya no tuvieron ojos sino para mirar al popular instrumento y á cierto oficial, arrogante doncel que parecia sonrojarse de aquella tenaz insinuacion, y que respondia al nombre de Javier de Silva. Era, cabalmente, el único que sostenia la conversacion en correcto francés con la señora de la casa.

Parecia que los oficiales al mirar la guitarra decian suspirando con el poeta:

¡Cuánta nota dormia en sus cuerdas
Como el pájaro duerme en las ramas,
Esperando la mano de nieve
Que sabe arrancarlas!



III

No era ménos curiosa la escena que tenia lugar algo despues en una casa de la misma aldea entre dos jóvenes que no se conocian y de caracteres completamente antagónicos.

El uno, caballero, cristiano y militar, parecia el adalid nato del antiguo régimen: el otro, ambicioso, escéptico y egoista, era defensor acérrimo de la civilizacion material. El primero era Javier de Silva; el segundo Mr. Brunet, comisario de policía de la localidad.

Vivamente excitada su curiosidad por el misterio que á la generalidad preocupaba, habia hecho llamar al oficial español por ver de salir de una vez de dudas, para redactar un *rapport*

(informe) al ministro sobre las causas de la guerra concluida. No ignoraba él, que nuestro compatriota, educado en la emigracion, hablaba correctamente en francés.

—Permitid,—dijo el comisario, que os dirija algunas preguntas, no como funcionario, sino como particular.

—Estoy á vuestras órdenes,—replicó Javier inclinándose; haré lo posible por satisfaceros.

—Ante todo, os anuncio una reaccion benévola *(un rétour de bienveillance)* en Francia en vuestro favor: ahora se va creyendo en la sinceridad y desinterés de vuestra gente, que ántes de léjos no se creia.

—Agradeciendo el favor, os puedo asegurar que si continuasen negándonos ambas cualidades no por eso se turbaria la serenidad de nuestra conciencia, juez, despues de Dios, principal de nuestras acciones.

—Dejando esto, allá va un aluvion de preguntas que podreis contestar acaso con una respuesta: ¿Qué interés ha llevado tantas gentes á vuestras filas? ¿Qué móvil ha inspirado tan épicas hazañas? ¿Es posible que solamente el derecho controvertido de un príncipe, si no hay algo detrás, saque así de quicio á una nacion? ¿Es cierto que el clero fanatiza á los aldeanos? ¿O más bien tendrán razon los que aseguran

que estas guerras son consecuencia del espíritu de indisciplina y horror al trabajo de los españoles? ¿Será, en fin, humor aventurero de raza?

—Nada de eso es,—contestó.

—Pues decidme cuál es la verdadera causa.

—La fe,—dijo breve y enérgicamente el español.

—¡Tanto peor!—replicó levantándose mal humorado el funcionario. Creí que erais más razonable, y que hablando á un hombre serio de política, no sacariais á cuento semejantes jaculatorias que nada explican.

—Pues repito que no hay otra explicacion que la fe, fuente de todos los sacrificios y guardiana de toda justicia.

—¡Pero eso es pura teología!—exclamó el comisario en un nuevo acceso de impaciencia.

—Lo cual os probará, observó Javier, que la teología y la política andan más unidas que lo que pensais.

—¡Y me decís eso vos,—exclamó triunfando Mr. Brunet, vos que con todas vuestras teologías y milagros salís con las manos en la cabeza!

—Tarde ó temprano os la rompereis vos, si no llevais otros anteojos que los de la razon. Cuando un ciego guía á otro ciego... ya sabeis lo que dice el Evangelio.

—¡Y me citais el Evangelio!—dijo desdeñosamente encogiéndose de hombros el comisario.

—¿Por qué no? Vos me citais la razon y yo sostengo que á fuerza de ser razonable se llega á obrar como irracional.

—Acortemos razones, si gustais. Os habian pintado como mónstruos sedientos de sangre humana: reconociendo que sois ciudadanos intachables y soldados valientes, os preguntamos los que no participamos de vuestro entusiasmo, por qué habeis desangrado vuestra patria en lugar de dejarla prosperar y progresar.

—Es la primera cuestion con nuevo ropaje. Entended de una vez para siempre que nosotros no somos enemigos de las luces, pero queremos que ardan en honor de Dios y no para abrasarnos con el diablo,—contestó Javier.

—¡Dale otra vez con el diablo!—exclamó Mr. Brunet socarronamente. Dejadlo en los infiernos y decid por qué combatís los adelantos...

—No combatimos ningun adelanto, y os contesto por tercera vez á la eterna cuestion. Si el hombre es un animal nacido para engordar, vuestra civilizacion, que le hace egoista, lo pasea barato y lo nutre abundantemente, puede cantar victoria y enorgullecerse.

—Enhorabuena. Ahora os entiendo mejor.

—Aguardad,—replicó el oficial. Pero si el

hombre no es un mero cebon, si hay Dios en el cielo que lo ha de juzgar, si existen pueblos que conservan todavía conciencia de su dignidad; en fin, si la religion, la justicia, el honor, el deber, no son palabras sin sentido, tarde ó temprano nos dará el mundo la razon...

—¡Bah!..

—Y en último caso, nosotros preferimos ver á nuestra patria pobre ántes que deshonrada, y aunque por el momento salieran bien vuestras cuentas, sabed que á mercaderes y á ricos nos dejamos ganar los españoles por cualquiera, pero á dignos, no.

IV

RA ya de sobremesa, y el alcalde contaba á los oficiales emigrados la historia de la famosa guitarra: la cual habia sido llevada de España como recuerdo pintoresco de viaje por un hermano del mismo alcalde. Añadia éste que jamás habia oido tañerla en Francia ni intentado siquiera aprender á tocar.

A ruego, pues, de la señora alcaldesa, del anfitrion y demás convidados que se unieron á la peticion, el oficial Javier de Silva tuvo que abrazarse con el instrumento y alegrar la velada. Aunque la guitarra no es propiamente instru-

mento cantante, el dia anterior habia el artista, con tanta habilidad como dulzura, hecho oir y admirar varios aires españoles y algunas tonadas de la época como la *Atala* y otras.

Pero conocedor de los preciosos recursos que como acompañante atesora el instrumento, el jóven, que poseia hermosa y aterciopelada voz, rompió á cantar unas seguidillas con aquel garbo y aquella seduccion graciosa que en España no chocan pôr naturales y en tierra extranjera arrebatan y emboban.

El éxito fué tan glorioso que la multitud invadió la casa, la cual afortunadamente se hallaba situada en la plaza principal. El alcalde salió á contener á sus administrados, cediendo á cuyos ruegos propuso al oficial que, convirtiendo la *soirée* privada en serenata oficial, y aprovechando lo espléndido de la noche, respondiese á la expectacion y simpatía generales, tocando en la plaza pública.

Hízolo así nuestro compatriota, rodeado de los de la tertulia, sentados en sendos sillones, y para inaugurar el concierto en honor del vecindario, atacó magistralmente la jota aragonesa, preludiando todo el tema primorosamente ejecutado, y haciendo resaltar el canto del bajo en los bordones de una manera inimitable.

Estallaron los aplausos; mas el modesto oficial los hizo cesar en breve, acompañándose en acorde mayor y entonando la siguiente copla de la jota:

Valencianos y realistas
Ya no vamos á Valencia,
Porque en Francia hemos hallado
Noble gente y buena tierra.

En el rostro satisfecho de los españoles comprendieron los curiosos que la copla tenia *miga,* y así se la hicieron interpretar.

Mudando luego el *cante* para no cansar, acometió el músico unas seguidillas que empezaban así:

No las canto manchegas
Las seguidillas,
Porque las valencianas
Son más bonitas.

Tal alborozo y satisfaccion causaron las seguidillas en el auditorio,—pues nunca oyeron aquellos aldeanos cantares de tanto movimiento y rasgueo, tanta concision y tanta gracia,—que el cantor tuvo que improvisar una y otra copla, cuya traduccion era adivinada por los curiosos.

Y como el repertorio nacional es tan socor-

rido y el artista no queria repetirse, preludió con sin igual melancolía y suavidad unas malagueñas, y cantó:

El que quisiere saber
De qué color son las penas,
Siente plaza de soldado
Y auséntese de su tierra.

Preparados los ánimos á la tristeza por aquel acompañamiento patético y monótono y por aquellos gemidos tiernos y prolongados del artista, algunas lágrimas rodaron por las mejillas de los oyentes, entendida que fué la copla.

A la cual siguió esta otra:

En lo profundo del mar
Voy á sepultar mi pena,
Porque mi pena es tan grande
Que ya no cabe en la tierra.

En resúmen: el pueblo de Saint Didier salió encantado y satisfecho de la serenata con la aficion que un pueblo *terre à terre,* es decir, calculador y material, siente por un pueblo artista. El alcalde y la alcaldesa, henchidos de satisfaccion por el éxito colosal de su *soirée,* y convencidos de que habian tenido á su mesa la *fine fleur* ó la flor y nata de la aristocracia valenciana y aragonesa, concibieron hácia los oficia-

les un afecto tan exagerado, como el terror que les infundieran ántes de llegar.

Su carácter ingénuo, alegre, caballeroso, agradó sobremanera, y así quedaron declarados gentes de buen tono y de exquisita distincion.

V

ALES fueron los casuales y curiosos comienzos de la fortuna del oficial Javier de Silva en Francia.

Recomendado calurosamente al prefecto del departamento por nuestro alcalde, el emigrado español recorrió de triunfo en triunfo el camino de París, precedido de su fama, aclamado por auditorios verdaderamente *escogidos,* pues estaban formados por las tertulias de los mismos funcionarios del rey de Francia, á quienes iba recomendado.

Español, artista y caudillo de las recientes homéricas batallas de la Península, eran sobrados títulos para hacerse oir en un pueblo tan hospitalario y tan amigo de novedades como París. Así es, que nuestro oficial vino á ser ma-

terialmente el niño mimado de la mejor sociedad; y decimos de la mejor, porque Javièr, por simpatía y agradecimiento, intimó en seguida con la antigua nobleza, que era la más adicta á la legitimidad, y por tanto á los realistas emigrados.

No quiso Javier exhibirse en los teatros por dignidad, pues sobrábanle públicos escogidos en las casas de sus numerosos protectores, y por otra parte sobrábanle asimismo discípulos que, como un favor, pretendian sus lecciones. Nunca la guitarra habia estado tan en moda entre la gente de alto linaje.

Eran de oir tambien los elogios que se hacian de la gracia y espontaneidad de las canciones españolas, cuyos ecos resonaban en los pianos de todo París.

Con la gran boga que alcanzó, nuestro protagonista pudo aspirar á una gran posicion que hubiera tenido los consiguientes riesgos. Pero el excelente jóven poseia los defectos de nuestra raza á la misma altura que sus cualidades; y á haber sido ménos noble é ingénuo y algo charlatan y vanidoso, hubiera sin duda detenido la rueda de la fortuna en aquel medio frívolo y novelesco.

Faltábale además travesura para la intriga, y su corazon leal no sabia mentir ni aun disi-

mular. Escaso de experiencia, fiábase de cualquiera, juzgando á los demás por su propia hidalguía, y este fué tal vez su defecto capital.

En la tienda de la misma casa en que habitaba Javier tenia un judío oficina de cambio y valores públicos: en el escaparate, á guisa de anzuelos, figuraban monedas de oro de varias naciones, y entre ellas onzas españolas de las llamadas *peluconas*.

Sin otro conocimiento que el de vecindad, el cambista saludaba cortésmente á Monsieur de Silvá, como él le nombraba, y éste, que era fino de veras, le devolvia el saludo con la mayor urbanidad.

No sabiendo Javier cierto dia qué hacer de unos cientos de francos que le inundaban la cartera, entró en el despacho del cambista y le dijo buenamente que le guardase aquel dinero por el cual ni siquiera pidió interés. Monsieur Moisés Levy, que así se llamaba el judío, luciendo la sonrisa más atenta de su repertorio, mostró agradecer la confianza á su vecino con la cortesía más ceremoniosa.

Tres ó cuatros diferentes veces repitió Javier la visita, siempre por quitarse el dinero de la bolsa; pues ser poseedor de un caudal, fomentarlo y colocarlo cuidadosamente, era para él negocio harto engorroso y complicado.

En tanto, vencidas las dificultades de la lengua, cada vez más estimado y querido Javier de Silva (porque de esta ventaja gozan las naturalezas nobles y generosas que son más amadas, cuanto más conocidas), era citado como dechado de honor y caballerosidad entre los franceses. Los cuales se pasmaban del desinterés de un oficial tan simpático, que por sentimiento religioso y adhesion á su Rey, habia renunciado al grado de coronel que el Gobierno de Madrid le reconocia, y habia roto su carrera, desterrándose de su patria y condenándose á ganar su vida como el más humilde y desheredado hijo del pueblo.

VI

¿Le conviene tornar á España ó instalarme en este rico y hospitalario país?—meditaba un dia Javier.

—Yo, continuaba, he logrado caer en gracia á estos señores. Penetré en tierra francesa sin esperanzas ni propósitos de ganar un franco, y por arte de la Providencia me he hallado de pronto con una prebenda. De suerte, que en vez de comer el negro pan de la emigracion, segun contaba, hoy es el dia que, sin haber cobrado herencia ni premio gordo, visto con lujo, cuento con generosos protectores, cómo diariamente á manteles en suntuosos palacios, ando en coche, vivo con

regalo, habito en cómoda aunque modesta habitacion, y además, ahorro al mes un puñado de doblones. Esta existencia puede durar... pues hasta que tengamos otra guerra, lo cual podrá tardar, ó hasta que me case. ¡Diantre! Esto es muy sério, y hay que considerarlo y ponderarlo con detencion. ¡Casarme fuera de mi tierra!...

Javier se rascó la oreja, suspendió un momento el curso de sus cavilaciones, y exclamó:

—Antes de resolver tan árduo, tan peliagudo problema, hagamos una simple suposicion, que permanezco en Francia: y veamos cuánto voy perdiendo y ganando con quedarme en mi ser español ó convertirme en ciudadano francés. Desde luego, me será forzoso decir adiós á mi preciosísima Valencia, llamada «milagro de la naturaleza» por Lucio Sículo, y «jardin de España» por la voz general, y aquel cielo que ni pintado es más bonito. Además, tendré que renunciar en primer lugar, á viajar en tartana, á fumar tabaco filipino, á dejarme patillas naranjeras, á llevar capa andaluza, á ver á mis paisanas de mantilla, á contemplar cómo manejan el abanico, á pelar la pava, á dar serenatas, á rizarme el pelo para figurar en las estudiantinas. En segundo lugar, habré de renunciar á concurrir al Rosario de la aurora,—pues aquí

no sale el rosario ni aun sé tampoco si sale la aurora;—á oir suspirar por la Vírgen de los Desamparados, á hablar en *valensiá*, á calentarme en brasero por Navidad y dormir la siesta en verano, á tomar el fresco por las noches al sereno y á frecuentar aquellas benéficas estererías, que en invierno dan un ruedo al desabrigado que lo ha de menester, y en la canícula suministran unos vasitos de limon y horchata *helá*, que le cuajan á uno las palabras en la boca. En tercer lugar, tendré asimismo que renunciar á comer sota, caballo y rey, como en todo país de garbanzos, á almorzar jamon con tomáte y beber vino en porron, á la aragonesa; á hacer gana comiendo *cacahuets* y apagar la sed con una sandía, á merendar bajo los naranjos y asistir de cuándo en cuándo á una corrida (¡preciosa funcion!), á jugar á la lotería y á alternar con toreros, gitanos, cigarreras, serenos, agualojeros, castañeras, contrabandistas, amas de huéspedes, burreros de leche y demás tipos indígenas que nos envidia el mundo civilizado.

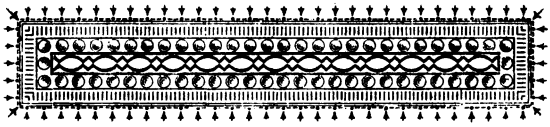
Aquí se detuvo un momento Javier, sonriendo al alegre recuerdo de las cosas de su patria, y despues de lanzar un suspiro, prosiguió:

—En cambio, si... (es una mera suposicion) si me quedo en Francia, iré cobrando cariño á este país, haré amigos, ganaré el oro y el moro,

colocaré las economías, compraré papel del Estado ó fincas y acabaré por casarme. Para esto... será forzoso hacer la corte á la francesa, enviando un amigo que averigüe en cuánto dotan sus papás á la *demoiselle* de mis pensamientos, y que se entere subrepticiamente de los ahorros de sus tios asmáticos y de la edad avanzada (¡lo más avanzada posible!) de las tias de que espera heredar. Y si el negocio es tentador, sin más noviazgos ni galanteos, que acá no se estilan, á los pocos dias nos vestimos, ella de blanco coronada de azahar, llevando un ramo en la mano, y yo de etiqueta, y nos echa el cura la bendicion. Luego tendré hijos francesitos, muy monos ciertamente, pero que me tutearán, y esposa que me llamará *Monsieur*, y amigos que me preguntarán si es cierto, como dicen los libros publicados en París, que las damas españolas visten de manolas, que los caballeros andan de chaqueta corta y calañés, y que los curas van de sombrero de teja y fumando cigarrillos en los entierros.

—¡Ay de mí!—exclamó dando otro suspiro más hondo Javier al llegar aquí, creyendo casi sucedido lo que maquinaba, como la lechera de la fábula. No sentiré que me tuteen mis señores hijos ni que me llame *Monsieur* mi *madama*, sino que despues de tanta sangre derra-

mada venga el diablo á reirse de nuestro valor y entereza derribándonos uno á uno, y que mis hijos lleguen á despreciarme algun dia, por haber degenerado, de español fino y católico rancio en contemporizador amable é inofensivo poltron.



VII

PROVECHANDO Javier una de tantas amnistías, como en su azarosa vida otorgaban por entónces los gobiernos de Madrid, proyectó un viajecito por España para tomar el pulso á la cuestion.

Al efecto, para preparar sus cosas, una tarde, volviendo de sus visitas, entró en la tienda del cambista, y brevemente le pidió el dinero que en diferentes fechas le habia ido entregando. El judío, recibiéndole cortés, pero friamente, se hizo repetir la embajada, haciendo que no entendia ó no entendiendo de hecho: por fin, cuando Javier hubo pacientemente repetido su justa pretension, encogióse de hombros, aparentando ignorancia y dando muestras de la sorpresa más sincera. Su semblante parecia de-

cir: «Este hombre está loco y no sabe lo que pide.»

Javier volvió, ya no á repetir, sino á intimar su reclamacion con voz vibrante y nerviosa. Pero el sagaz y taimado compatriota de Judas, tomó una actitud tan correcta en medio de su perfidia, y dijo tan pausada y solemnemente: *Sortez* (salga V. de aquí), señalando la puerta, que Javier, midiendo amargamente de una sola mirada retrospectiva, la necedad y la buena fe con que habia confiado su dinero á semejante truhan, *sin pedirle recibo siquiera*, comprendió su situacion desesperada. Calculó, con efecto, rápidamente que aquel hombre estaba resuelto á negar haber recibido ningun dinero, toda vez que no habia ni documento ni testigos, y tomándose la justicia por su mano, saltó como leon de un brinco al cuello del judío, que era alto y membrudo, y lo derribó por tierra cual si hubiera sido un junco.

Allá, debajo de un estante de la oficina, se entabló un diálogo tan dramático como curioso entre el español y el judío:

—¡Confiesas, ladron, que te entregué mil ochocientos francos, ó te ahogo!—decia Javier.

—*¡C'est fai de moi!* (Muerto soy)—contestaba el bribon.

—Habla, traidor,—continuaba la víctima de

la estafa, ó te quemo la tienda con todos tus latrocinios.

—*¡A la garde!* (¡Socorro!)—gruñó el judío.

Entónces Javier, convencido que no sacaria más partido de aquel miserable, cuya raza habia crucificado á Cristo, y recordando por otra parte que no estaba luchando con un enemigo digno, sino castigando á un ruin estafador, se contentó con bailar un zapateado á toda velocidad sobre las costillas del judío, y cobrarse así en su villano cuerpo, con mil ochocientos golpes, mil ochocientos francos que ya no habia de ver.

Avínole bien que era á la caida de la tarde y entre dos luces, de suerte que nadie advirtió la zurra magistral administrada al judío, y que por de pronto hubiera costado á Javier de Silva algunos dias de cárcel.

Cuando los amigos de éste conocieron la estafa, censuraron vivamente que Javier se hubiera tomado la justicia por su mano, por varias razones: las principales eran, que se habia expuesto á ser sobre estafado molido, si el judío hubiera sido más forzudo; la segunda, que pudo ser sorprendido por la policía durante la zurra y preso, por vías de hecho contra un ciudadano; la tercera, que habia perdido toda probabilidad de recobrar su dinero.

A esto contestaba Javier, que en España los hombres honrados suelen ser siempre más forzudos que los delincuentes, sin duda porque la razon les presta fuerzas y ánimo para dar un tapabocas al ladron más pintado; que la sangre española no tiene espera, ni nadie en España aguarda que la justicia castigue á los ladrones, y así el buen español, para no ser burlado, donde la coge la mata; en fin, que si en Francia es costumbre que los ladrones devuelvan lo hurtado, en España saben ponerlo á la sombra, en términos que ántes les arrancan el alma que un solo maravedí; y así es perder tiempo, palabras y pasos, buscar lo que no ha de parecer, haciendo nuevo gasto de dinero y paciencia.

Semejante episodio resolvió la cuestion, y así el buen Javier, contento en el fondo de su aventura volvió á su patria, ya que no rico en bienes, á lo ménos sin perder ninguna de aquellas preciosas cualidades que hacian de él un cumplido caballero y un español á prueba.

VIII

TREINTA AÑOS DESPUES

H coincidencias del destino!

Treinta años despues de los sucesos narrados, esto es, en 1870, nuestro héroe volvió á Francia, cuando cabalmente esta nacion se hallaba ocupada en gran parte por los ejércitos prusianos, y los realistas españoles acariciaban esperanzas más lisonjeras

Como se originara cierta reyerta entre emigrados cerca de Bayona, iban ya á venir á las manos, cuando nuestro buen general D. Javier de Silva, ya en edad madura, se adelantó con teson, y cuadrándose entre los combatientes, díjoles estas palabras:

—Alto á la justicia y atrás todos, muchachos, que nosotros no mandamos en la sangre que llevamos en las venas. Nuestra sangre es de Dios, de la Patria y del Rey, y en su nombre pido no sean defraudados.

La reyerta se deshizo, pero la policía fué informada, y de esta suerte, por una coincidencia, conoció Mr. Brunet, que casualmente habia mudado tambien de destino, la presencia en Francia de su antiguo conocido el oficial D. Javier de Silva.

El activo comisario, ansioso de verle, corrió en su busca, pues sabiendo cuán competente en asuntos de guerra era nuestro compatriota, contaba sacar raja de la entrevista, como luego veremos.

Era, en efecto, á sazon que los periódicos franceses hablaban de imitar á los indomables españoles en la defensa del territorio con la guerra de guerrillas. La moda y la necesidad suprema de la patria, imponian hablar de guerrilleros.

Monsieur Brunet proyectaba enviar un *rapport* (informe) al ministro con el *plan completo para la organizacion de guerrillas* segun el sistema español, en condiciones idénticas á las españolas, es decir, mejores, porque habia más dinero y más gente.

Pero necesitaba ántes consultar algunos puntos capitales con nuestro compatriota, y aun se proponia hacerle colaborar en el plan. Todo fué inútil, y el guerrillero desaprobó el proyecto.

—Nada falta, decia el comisario: tenemos dinero, armas, gente. ¿Qué más quereis?

—Una sola cosa que abunda mucho en España y escasea por aquí.

—Pues se trae, cueste lo que cueste.

—El caso es que... es imposible. ¿Habeis leido las obras de Mr. Thiers, el prohombre de hoy?

—¡Qué pregunta!—exclamó estupefacto el comisario.

—Pues ese señor, que no tiene nada de teólogo—continuó el general, dice en alguna parte que «si hubiera tenido en sus manos el beneficio de la fe, lo hubiera derramado por toda su patria, porque estaba persuadido que una nacion creyente se halla más inspirada si se trata de obras de inteligencia, y es más heróica, tratándose de defender su grandeza» (1).

—Bien, y ¿qué me quereis decir?

—Que lo único que falta en vuestro admirable plan, es aquella misma fe de que os reisteis tanto treinta años há. Hoy no la encontrareis

(1) Hettinger, *Apología del Cristianismo*, pág. 3.

en el mercado por muchos millones que tengais, y yo os certifico, á fe de guerrillero, que es el condimento esencial de aquellas maravillas que tanto alababais, porque en definitiva, ni las guerrillas ni las hazañas se hacen como los buñuelos.

—Recordad, general, que no abundan tanto en vuestro país los genios como Napoleon,—exclamó Mr. Brunet algo picado.

—Ni falta que hacen, señor comisario. Nosotros preferimos parecernos á David en la fidelidad á su Dios y á su Rey, y tambien en desafiar á todos cuantos gigantes Goliat se presenten.

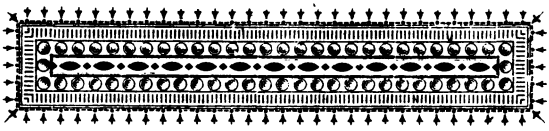
—Francia es nacion tan guerrera...

—Toda comparacion es odiosa, dice un proverbio español, y perdonad os interrumpa. Si el ejército francés entero se hallase hoy inspirado del espíritu heróico y cristiano de los cuerpos que combaten á las órdenes de los generales Charrette y Cathelineau bajo la enseña del Sagrado Corazon, vosotros mismos lo confesais, otra seria vuestra fortuna. Es cabalmente lo mismo que sostenemos nosotros; y es cierto que á estas horas, más de cuatro mocitos de mi tierra estarán tocando la guitarra (como David tocaba el arpa alegrándose en el Señor), los cuales sin estudiar plan ninguno, improvisa-

rian mañana si fuese menester, golpes de audacia, de esos que no se hallan en los libros del general Moltke.

—Y ahora os quiero añadir,—concluyó el general, que esto que digo no es un inútil alarde,—pues solo el hacerlo revelaria por lo ménos mal gusto en mí, que tengo probada vuestra espléndida hospitalidad,—sino el saldo de una cuenta vieja. Hace treinta años os burlabais de los que defendiamos el derecho, y nos recomendabais reconocer los hechos consumados. Mirad al vencedor que avanza, meditad que la justificacion de sus conquistas (él mismo lo ha confesado), es que la mejor razon es el sable *(la force prime le droie)*, y decidme si vuestro patriotismo no se subleva ante tamaña iniquidad.

—¡Pardiez!—asintió concisamente el comisario.



IX

EPÍLOGO

COMO lo más sabroso é interesante de esta historia es ser verdadera, no podemos resistir al deseo de mencionar su desenlace, es decir, el digno premio que merecieron las virtudes de nuestro héroe. El cual, como se adivina, habia sido siempre modelo de caballeros y de soldados cristianos, siendo querido de todos, tanto por su entendimiento no comun, como por su carácter jovial y decidor y su temple de alma excepcional que se crecia en el peligro. Cuando se sintió, al poco tiempo, gravemente enfermo, anunció muy sosegadamente á sus amigos, que pues Dios le habia concedido

la gracia de nacer español, ansiaba vehementemente morir á la española, en cuanto lo permitiese el alejamiento de la patria.

Aquellos curtidos veteranos, tan altivos que por no presentarse á los cónsules ni mendigar favor de las autoridades, se dejaban cada mes internar injustamente por la policía con grave molestia y no pocos gastos, acudieron esta vez resueltamente al comisario con la pretension exorbitante de que les permitiese llevar el Santo Viático pública y solemnemente al guerrillero español.

Monsieur Brunet alegó en un principio que las leyes del país prohibian semejantes religiosas manifestaciones; mas luego, parándose á reflexionar un instante, movido sin duda del deseo de tributar aquel homenaje de consideracion al enfermo, encargóse de telegrafiar al prefecto del departamento y de allanar las demás dificultades que pudieran surgir.

Acababa de comprar, á la sazon, un acaudalado legitimista de la villa un coche magnífico, no estrenado aún, y á ruegos de algunos emigrados, consintió en que el elegante vehículo fuese estrenado por Jesus Sacramentado, segun se acostumbra en algunas regiones de España.

Y fué espectáculo conmovedor que dejó hondas huellas en los corazones y en la memoria

de los franceses, ver desfilar al anochecer más de cien emigrados españoles que públicamente acompañaban al Santo Viático con hachas encendidas en las manos y el fervor en el semblante.

Un sacerdote español, autorizado por el párroco, llevaba al Rey de los reyes, ante el cual arrodillábanse los vecinos y transeuntes, sorprendidos de la espléndida y no vista ceremonia. El silencio era solo interrumpido por el suave rezo de los versículos del *Miserere,* y por el argentino son de una campanilla.

La habitacion del enfermo estaba hecha una áscua de oro (como vulgarmente se dice), adornada de flores, luces, colgaduras é imágenes. Una comision de doce caballeros más allegados al enfermo, salió de la casa con cirios á recibir al divino Huésped hasta la misma calle. Las vecinas de la casa, repartidas por las escaleras y tránsitos, aguardaban arrodilladas con velas en la mano el paso de Su Divina Majestad.

Llegada que fué la piadosa comitiva, el enfermo se incorporó reverentemente y empezó aquel hermosísimo interrogatorio, exclusivo de España, que el sacerdote dirige al enfermo, y en que éste declara creer y confesar cuanto Nuestra Madre la Iglesia confiesa y cree.

Al preguntar el sacerdote: «¿Creeis en Jesu-

cristo su único Hijo?» detúvose el enfermo un instante enternecido, sonrió ligeramente como si dijera: «¿pues por quién he querido derramar cien veces la sangre de mis venas?» y luego pronunció un «sí creo» robusto y vibrante, que conmovió á todos los presentes.

Él, en efecto, como el distinguido poeta y polemista sin rival, Luis Veuillot, podia decir con confianza en aquella suprema hora:

Porque esperé en Jesus y en todo evento,
De ser cristiano nunca me corrí,
Ante su Padre, en mi postrer momento
Cristo no se ha de avergonzar de mí (1).

Siguiendo el interrogatorio, el enfermo perdonó luego á cuantos le habian injuriado, y pidió perdon á todos aquellos que él hubiere ofendido en algun tiempo, acabando por recibir con edificante compostura á su Redentor y Señor.

Recitadas las preces ordinarias, el Santo Viático tornó á la iglesia con la misma solemnidad.

No es fácil pintar la emocion de la concurren-

(1) Las palabras de Louis Veuillot, son estas:

J'espère en Jesus. Sur la terre
Je n'ai pas rougi de sa loi:
Au dernier jour, devant son Père,
Il ne rougira pas de moi.

cia al contemplar el acatamiento profundo y cordial con que los españoles reverencian á la Majestad Divina. No faltó un caballero francés que exclamó maravillado: «Parece que esta cristiana raza no solamente cree, sino que ve.»

Aquella misma noche se extinguió plácidamente y con envidiable serenidad, el famoso guerrillero, pronunciando los nombres de Jesus y María.

El comisario Mr. Brunet, mucho más conmovido de lo que él mismo hubiera imaginado, hizo la oracion fúnebre de D. Javier de Silva con estas palabras:

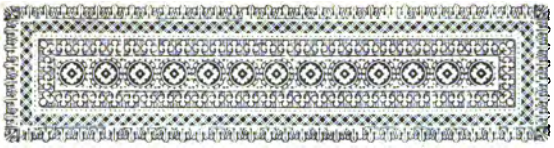
—*C'etait un brave gentilhomme, doublé d'un rude chretien.* (Valeroso caballero era, y á más cristiano á prueba de bomba.)

Los franceses que le habian tratado y que conocian á tantos otros emigrados por el estilo, exclamaban:

—Estos españoles son todos amigos del buen Dios.

—¡A mucha honra!—exclamó un *guizon* que lo oyó. El Señor nos guarde en su santa amistad por los siglos de las luces. Amen.

FÍATE DE LA VÍRGEN



I

AL alarmante grito ¡que se matan! corria la gente por las inmediaciones de la plazuela de la Cebada, en Madrid, una tarde de 187...

—No *arrempuje* V., señora, —exclamaba impaciente una mujer en el grupo formado delante de la taberna donde ocurria la reyerta.

—Que no me *arrempujen* á mí.

—Yo no he comido para usté. ¡Puñales, qué posma! ¡Y cómo huele á tabaco la endina? ¡Será cigarrera!

—En cambio usté *güele* á cordilla, so bruja.

—Ande usté, lengua de pimenton, y si es usté señora de tantas campanillas, desempeñe usté el refajo que *tié* en *cá* de mi madrastra en

el Rastro por tres cuartillas de alubias y una libra de *bacalado.*

—Callen las señoras chulas.

—No *mos* dá la real gana. ¿Lo quiere V. más claro?

—Esa jóven parece corta de genio.

—¿Habla V. de mí, caballero?

—De V. misma.

—¿En qué tono?

—En tono de tambor mayor.

—Vaya, V. es chusco y *tié* gana de guasa. Pues que sea corta ó viva, á V. ni le viene ni le va, y si corta soy, *mejol* (añadió sorbiendo el aire con las narices con un gesto de descaro), así me entrará ménos tela en una saya.

—Pero ¿se podrá saber qué hay aquí?

—Hombre de Dios, ¿no lo ve usté que se están trabando de palabras dos cristianos?

—¡Estarán bebidos! ¡En esta calle de Toledo viven unos ciudadanos mosquitos!

—Eso es hablar por hablar. Yo soy nacida en Lavapiés, y *recriá* en la calle de Toledo, y aquí no bebe la gente ni más ni ménos que en otra parte *cualesquiera*...

—¡Será verdá, cuando V. lo dice!...

—Pues sí que lo es. A más de que es natural que se emborrachen, que para eso vienen á la taberna las gentes *konrás*...

—Parece que disputan de política.

—Es claro, como ahora hay *libertá*, todo er mundo la arma por llevar el agua á su molino.

Era, en efecto, aquella época tórrida en que las noticias más estupendas circulaban sin oposicion en frecuentes *extraordinarios*. con gran lucro de los mistificadores: las doctrinas más disolventes, las teorías más violentas, los principios más anárquicos, llenaban las columnas de publicaciones populares que se despachaban entre la multitud como pan bendito; y para que nada faltase, hasta la Sociedad Bíblica de Lóndres, con su brigada de pastores extranjeros, extranjerizadas ó apóstatas, batia en brecha la fe de los españoles por medio de la herejía que difundia desde la capilla protestante y en plazas y calles con biblias falsificadas, solapados folletos y hojas de tósigo concentrado, que eran repartidos ó introducidos clandestinamente bajo las puertas de los domicilios y aun en los bolsillos de los transeuntes.

Aquella cantidad de veneno diaria y profusamente propinados á un pueblo tan impresionable y ardoroso como el español, tenia que producir una intoxicacion en las almas, muchísimo más temible que la embriaguez ocasionada en los cuerpos por los licores espirituosos y corro-

sivos, por el aguardiente *bala rasa*, el *Bitter*, el *Vermout* y los ajenjos.

Así lo atestiguaban constantemente las discusiones y pendencias entre toda clase de personas y los muchos heridos que ingresaban en las casas de socorro y hospitales de la capital de España.

El mismo ayuntamiento *popular* de la villa, á la sazon descoronada, que empezara por desarmar á los municipales para ponerlos á la altura de los *policimen* ingleses, habia caido en la cuenta, y reforzado el antiguo armamento, dotando á cada guardia de sendos sable y revólver de seis tiros.

Pero vamos á hacer conocimiento con los que se peleaban.

II

QUEL mocito fantasioso, cetrino de color, con la cara granizada de viruelas como cucharon de espumar, que á guisa de guarda-canton yace recostado en la puerta de la taberna de la *prazuela* de la *Cebá;* aquel mismo que viste traje ceñido, á lo majo, calza botinas ribeteadas de colores chillones, peina mecha sobre la oreja, fuma colillas, habla como un oráculo y escupe récio, es nada ménos que un barbian de nota, con humos de maton, conocido en el barrio de Lavapiés por el *Marrajo.*

Este chulo *desaborío* estudió, segun malas lenguas, para torero, y aun llegó á dejarse la coleta, pero al ir á *desaminarse* de diestro, con el maestro *Jaqueca,* en la plaza de Navalcarne-

ro, tuvo la *esgracia* que en el mismo instante en que se hallaba dibujando un mete y saca sobre el bicho, éste le metió y sacó sin dibujos el cuerno tan impensadamente por debajo de la rabadilla, que el chico salió *suspenso* en el arte, y tuvo que abandonar el circo con las manos en los lomos.

Desde entónces se enamoró tan perdidamente de la barrera, que ni con perros hay quien le haga salir de ella.

A consecuencia de lo cual, ahora sigue la carrera de gandul á costa de una tocinera del Rastro, que suda la gota gorda y roe el hueso del jamon para sostener los vicios de ese parásito.

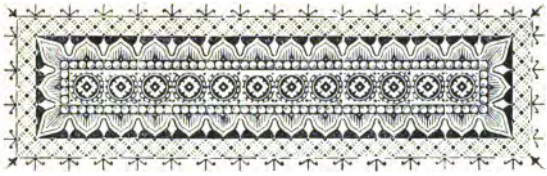
El dia mencionado se hallaba el *Marrajo* con otras gentes de su fúste, hablando en tono desgarrado y en flamenco, de política, vamos al decir. Entre los que galleaban, figuraba un carretero, que se decia traficante manchego, alojado en el próximo *Parador del Gallo;* el cual traficante juraba que la propiedad es un robo, y que mientras que no se reparta bien lo mucho y mal repartido que hay en España, no saldremos de pobres, y aun por eso, añadia, en este país el que no roba no engorda.

No ménos insinuante se mostraba cierto escribiente de lotería, tipo del curial degradado,

para quien el matrimonio civil no pasaba de pastel reaccionario, toda vez que las naciones más adelantadas, decia, van adoptando el amor libre.

El *Marrajo,* más torpe que un cerrojo en semejantes asuntos, decia en su caló que el mejor *móo* y manera de darle morcilla al gobierno, y de acabar con tanto mardesío golilla, como se da charol á costa del país y no vale ni pa una novillada, seria proclamar sin demora la República federal.

Puestos á desbarrar, entre aquellos botarates se declaró solemnemente que sobraban la mayor parte de las iglesias, que nunca nadie volvió del otro mundo á contar si hay infierno, que los curas tienen engañado al pueblo *por mor* de engordar en prebendas y canongías, que los ricos son unos holgazanes, y otras vulgaridades, desatinos y gansadas de este jaez.



III

A esta altura se hallaba la discusion, cuando atravesó el grupo de habladores para penetrar en la taberna un pobre hombre, Miguel el albañil, á quien nunca se le solìa oir hablar palabra.

—¡Dios guarde á Vds.!—saludó cortesmente el albañil para hacerse paso.

—Oiga usté, compare,—exclamó un chulo que se las echaba de gracioso, sepa V. que Dios está ya mandao recoger.

Miguel hizo que no oia y siguió su camino.

—Cabayeros,—añadió el escribiente de lotería, á Dios lo inventaron los ricos para chupar la sangre de los pobres. Aquí lo reza el *Descamisado* que acaba de salir ahora.

—Mucho que sí,—opinó el carretero, y los curas lo pusieron en los altares para sacarnos la moneda. Todo lo demás es broma y *monserga*. como decia ese diputado el otro dia.

—Señores,—añadió otro chulo *mu leío*, la pura verdá es lo que *diquelaba* anoche en el *clú* de la calle de la Comadre aquel sirbante de la *levosa:* que aquí estamos más atrasaos que er moro, porque nos arrodillamos delante los santos de *maera*. y si á mano viene, hay más barbianes para formar una cofradía, que para defender la libertá y los derechos endividuales.

—Has dicho er evangelio,—exclamó sentenciosamente Marrajo.

El cual, recostado como estaba en la misma puerta del bodegon, y viendo que en aquel mismo instante salia Miguel el albañil, á quien por encima de la chaqueta asomaba el escapulario, cogió la ocasion por los cabellos y prorrumpió triunfalmente en tono de chunga deteniendo por el cuello de la chaqueta al pobre hombre:

—Aquí mesmito tienen ustés un devoto cofrade que sale disparao de la taberna y no nos dejará mentir.

Una carcajada general acogió estas palabras.

—Y con su escapulario de la Vírgen náa

ménos,—prosiguió, mostrando al mismo tiempo en la mano el cuerpo del delito.

Y al ver que el público continuaba riendo sus chistes, convencido que el albañil era un pobre diablo, añadió encarándose con él en son de burla:

—Fíese de la Vírgen y no corra tanto, compare, que cuando viene V. aquí, ya se supone que no será para beber agua bendita.

La rechifla aumentaba, y Miguel parecia sumamente corrido, cuando dijo éste haciendo cara al grupo en tono mesurado que contrastaba con la chacota general:

—Conste, señores, que Vds. me provocan para si luego le duele á alguno.

Semejante observacion pareció exorbitante á aquellos truhanes que estaban de buen humor, y Marrajo fué quien contestó con altanería:

—Despeje la arena pronto, y no eche roncas el chupa lámparas, no sea que le coja er noviyo.

—«El cabestro, querrá V. decir» iba á contestar Miguel, mas selló sus labios cediendo todavía á un movimiento generoso, y exclamó muy comedido:

—Yo supongo, señores, que Vds. hablan por hablar, y que si un cristiano les dijera con buen modo que no es libertá en ninguna parte, ni

está bien reirse de Dios y su Madre, Vds. le darian la razon.

—Váyase á preicar á su padre el muy posma,—dijo un chulo descomedido.

—Déjese de sermones, señor sanguijuela de sacristía,—añadió otro.

—Mocitos,—exclamó entónces Miguel con mucha flema, mirando fijamente al grupo: ya que está de Dios que nos veamos las caras, háganme ántes el favor de decirme por pura curiosidad si vienen Vds. escapados de Ceuta?

No es posible expresar el asombro y la irritacion que tan arrogante pregunta causó entre los truhanes.

—Tengan ustés paciencia y punto en boca,—continuó levantando el tono el animoso albañil, que ahora me toca á mí hablar. Lo decia porque sólo entre presidiarios ó gente de Marruecos se oye barbarizar *asina*. Va V., pues, á hacerme el favor, señor payaso sin gracia—añadió encarándose con *Marrajo*,—de repetir lo que tanto le divertia hace poco y á explicar por qué ha puesto V. su asquerosa zarpa sobre mí.

—No me da la real gana,—contestó convulso el Marrajo, que ni usté ni toda su mardesía cofradía son quién pa pedirme cuentas de mi libertá.

—Al que se la toma delante de mí para injuriar á mi padre ó á mi madre, tengo yo la costumbre de hacerle tragar la lengua.

—¡Palabrería!—murmuró el chulo por decir algo.

—Luego lo veremos, y verá V. tambien cómo hay granujas que se rompen las muelas contra un escapulario. Conque, acabemos pronto, que tengo prisa y me canso: escoja V. entre cantar aquí la palinodia de todo eso que ha graznao, ó de mostrar con obras que los bocones maldicientes de su laya, son más hombres que gallinas.

Marrajo hizo un movimiento de ira. Todos los ojos estaban fijos en él. De pronto, decidiéndose al fin, exclamó:

—Pues he dicho y lo sostengo que me...

Tan pronto como aquel bárbaro puso su infernal lengua en Dios y en la Santísima Vírgen, el albañil con una rapidez eléctrica le abofeteó ambas mejillas, una tras otra, á compás de las interjecciones, produciendo un chasquido tan sonoro que hizo sonreir á muchos de los espectadores, y á todos persuadió de que aquella escena no podria acabar ya más que en sangre.

En aquel momento pasó un coche de lujo por delante de los contendientes, y al ruido de la blasfemia y las bofetadas, las señoras que lo

ocupaban volvieron la cabeza con interés marcado, procurando seguir los incidentes de aquella homérica escena.

El chulo abofeteado, lívido como un difunto y con la rabia de la desesperacion, tiró de la navaja y se lanzó cual tigre herido al albañil, que le aguardó con tranquilidad estóica. Miguel agarró con mano de hierro el brazo que sostenia la navaja, y apoderándose de ella, en lugar de guardarla para hacer frente al grupo entero, si menester fuera, la quebró como se quiebra una caña con un gesto de serena confianza, que provocó tan gran estupor en los circunstantes como coraje en el vencido; el cual, viéndose desarmado, lanzó en su impotencia otra bárbara imprecacion contra la madre que le parió.

Miguel recorrió con la mirada el grupo de los fanfarrones impíos, y ahora mudos observadores, como en expectativa de un rival; pero aquéllos bajaron los ojos ó volvieron la cabeza confusos. Viendo lo cual el albañil, sin arrogancia, sin proferir palabra que aminorase ni empañase su bravura, se retiró modestamente en medio de un murmullo de admiracion y de simpatías.

Mas retrocedamos algun tiempo para mejor explicar los sucesos.

IV

QUIÉN era el señor Miguel?

Todo lo contrario de lo que algunos supondrán en vista de la escena que acabamos de describir. No era un camorrista ni un hombre de piedad exaltada: era un pobre trabajador, humilde y pacífico, cuya mujer servia de portera en una casa de vecindad. Jamás Miguel hablaba de política ni solia disputar con nadie, pero varias veces se le habia oido reprimir con buen modo á los camaradas que blasfemaban en el trabajo, y aunque no hacia gala de ello, era devoto de la Vírgen Santísima. Parecia un cordero al lado de su mujer con ser un leon para la faena, y su ternura no reconocia límites hácia un niño de

dos años, cuya hermosura llamaba la atencion de todos los inquilinos de la casa.

Segun las vecinas, tenia Luisito un *ángel* tan bueno, es decir, un *natural* tan excelente que jamás se le oia llorar; era tan agradecido, que siempre sonreia á los que le acariciaban; tan *mono,* que llamaba por sus nombres á todos los inquilinos de la casa; además tarareaba como un lorito y era lo que habia que oir el *Santo Dios,* la *Salve* y los *Gozos* de la Vírgen de la Paloma, tal como se los habia enseñado la señora viuda que habitaba en el principal.

La señora María, esposa de Miguel, tenia puesto todo su *aquel* en vestir á Luisito como un sol, y las galas que le ponia no las hubiera desdeñado el hijo del casero, que era un señor acaudalado que él mismo no sabia lo que tenia.

Verdad es que todas las vecinas se miraban en aquel astro y contribuian á su esplendor, pues cuándo por cumpleaños de uno, cuándo por ascenso de otro, ó cuándo por Pascuas, apénas pasaba semana en que no tuviera alguna prenda que estrenar el serafin de Dios, que los tenia embelesados á todos, y sorbido el seso de su padre el señor Miguel y de su madre la tia María la portera.

Por más que diga el proverbio que «quien quiera aprender á rezar, métase en la mar,» es

lo cierto que basta con que tenga hijos y le caigan enfermos.

Aquel precioso niño, conocido por el *jilguero* del barrio, á causa de lo mucho que le alegraba, yacía en cama, víctima de una fiebre maligna, sin movimiento ni animacion en la mirada.

—Buenos dias,—preguntaron á porfía una mañana varias vecinas desde las ventanas, al ver que la señora María salia á barrer el patio: ¿cómo sigue Luisito?

—Buenos dias, señoras. Así, así,—contestó tristemente la portera. Toda la santa noche la ha pasado el angelito en un ¡ay! que partia el corazon. Ahora se ha quedado *azorrado* el hijo de mi alma; yo digo que reventadito de tanto sufrir. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Si quisieran Dios y la Vírgen Santísima de la Paloma!—exclamó llorando á lágrima viva la portera, y limpiándose las lágrimas con el cabo del delantal.

—Vamos, no se aflija V., señora, que lo último es eso.

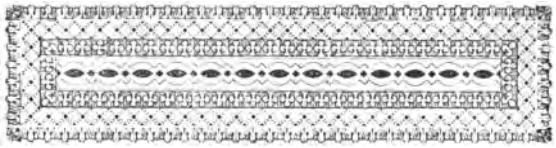
—Estoy hace tres dias que no sé si vivo, ni si lloro, ni si duermo, ni si rezo. El médico me ha dicho que ¡sólo Dios! y yo ya no sé con qué palabras pedírselo al Señor. ¡Debo ser muy pecadora, cuando no alcanzan mis oraciones!

—Señora María,—exclamó una vecina, Dios

es muy misericordioso, y dicen que Su Majestad aprieta pero no ahoga, pues conforme á la llaga da el remedio.

—Ya verá V. cómo al fin el Señor querrá que se salve.

—Dios las oiga á Vds., y les pague en años de vida y en onzas de oro, el interés que se toman por el hijo de mi alma,—contestó la señora María.



V

A la pobre y humilde buhardilla en que Miguel y su mujer cuidaban del niño moribundo, se habian dignado subir casi todos los vecinos y vecinas de la casa, inclusos los de los cuartos principales: á tal punto interesaba ver aquella criatura, tres dias ántes tan robusta y hermosa, ahora sólo recordada por aquellos preciosos cabellos, dorados cual la espiga de trigo, por aquella tez ántes rosada y ahora blanca-mate como la azucena, por aquella frente helada ya como el mármol, ¡acaso como la muerte!

—¡Oh qué dolor! ¡qué dolor!—exclamaban las mujeres. ¡Las campanas van á doblar solas! ¡Por Dios, si es una lástima que ese querubin se muera así, cuando hace cuatro dias estaba que encantaba verle tan gracioso y lleno de

vida! ¡Criaturas así, no se las debia llevar Dios nunca!

Cuanto al dolor que abrumaba á sus pobres padres, al señor Miguel y á la señora María... ¿qué dirémos? El señor Miguel, aquel Sanson para el trabajo, yacia sin probar bocado ni pegar el ojo, inmóvil junto á la cama del niño, desde que éste dejó caer su cabecita en la almohada. El buen hombre inspiraba profunda compasion á cuantos le veian ahogarse sin poder romper á llorar! A veces con los ojos hinchados, los brazos en alto, y dando un gemido desgarrador, dirigia una ferviente mirada, rica en súplicas, á una imágen de la Vírgen de la Paloma, que figuraba sobre la única mesa de la habitacion, alumbrada con algunos cabos de vela y adornada con flores que habia llevado allí la mano piadosa de su mujer.

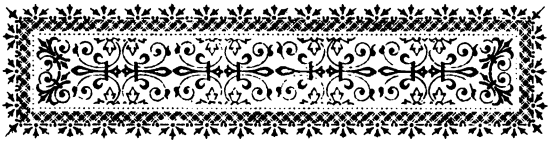
Luego bajaba los brazos, miraba á su cadavérico hijo, repetia la misma elocuente súplica, ó dirigia sus ojos á un santo Cristo que pendia de la pared, bajo el cual, en el suelo, lucian una porcion de lamparillas.

De cuándo en cuándo se levantaba, y con toda la efusion de su alma, conteniendo un gemido, estampaba un beso en la pálida frente de su Luis, pensando en que tal vez seria aquel el último que le daria estando vivo!

A veces miraba con ansiedad á la puerta creyendo ver llegar al médico, tomaba el pulso al enfermo, le tocaba los piés, y él mismo acababa por dudar si era su hijo quien estaba frio ó á él le faltaba calor natural en las manos! Frecuentemente un rayo de esperanza solia alumbrar su intenso dolor. Miraba á la imágen de la Santísima Vírgen y parecia decir:

—¡Si esa no me puede faltar! ¡Si soy su devoto!

Y cuando tornaban sus pensamientos á la confianza, cuando suponia que su hijo podria recobrar la salud, todos los votos, todas las penitencias, todas las misas cantadas le parecian pocas para su Vírgen de la Paloma.



VI

Con la tierna solicitud de una buena esposa que si quiere mucho á su hijo moribundo no olvida el cariño á su marido, la señora María buscó un pretexto para alejar por un rato al señor Miguel de la cama del niño, donde verdaderamente inspiraba compasion, y al propio tiempo que le encargó no sé qué recado, le recomendó que aprovechase la ocasion para explayarse un poco dando una vuelta y echando un trago ántes de meterse en casa.

—Los hombres no sois para estar encerrados,—le dijo. Ve tranquilo, que ya cuidaré yo de esa criatura, pues varias vecinas se me han ofrecido para guardar la portería.

Miguel, con la imágen de su Luis clavada en

el corazon, recorrió las bulliciosas calles meditando en el contraste que presenta la vida pública y la vida privada de las familias. Bien enterado como portero de dolorosas interioridades domésticas, contemplaba el boato, el lujo, los alardes, el contento, la buena armonía, la vanidad, el despilfarro con que muchos se ostentan por de fuera, guardando cuidadosamente las economías, los apuros, las privaciones, las lágrimas, las discordias, los dolores para de puertas adentro. La gente se esconde para sufrir y llorar, sobre todo en las grandes poblaciones donde en general nadie conoce á nadie y todos aspiran á deslumbrar á los demás. Pero si el mundo es bastante egoista para no cuidarse de nuestros dolores, afortunadamente todos tenemos en el cielo un Padre y una Madre de Misericordia á quienes nunca acudimos en vano.

Por desgracia, con el prurito de aparentar las riquezas que no tenemos, coincide la más culpable manía de disimular ó negar la bendecida fe que todavía tenemos, único alivio y consuelo en nuestras miserias y tribulaciones.

Hundido iba Miguel en semejantes pensamientos y se indignaba de recordar que él mismo habia pasado largas temporadas sin consagrar una oracion, un pensamiento á aquel Santísimo Cristo y aquella milagrosa Vírgen, de

quienes con tanta confianza fiaba ahora la curacion de su hijo, cuando advirtió que atravesaba por delante de una iglesia, y por primera vez se descubrió respetuosamente, aplaudiendo la costumbre de aquellos buenos hijos que saludan cariñosamente en su templo al Padre celestial, á quien deben y de quien lo esperan todo.

Entónces tambien recordó Miguel una explicacion que muchas veces se le habia ocurrido del móvil que á muchos los lleva á echarse el alma á la espalda, como se dice vulgarmente. Como no padecen grandes enfermedades ni trabajos, olvidan á Dios y se hacen esclavos de sus propios apetitos. De esta manera, los que tienen algo que tapar, los que desean vivir á sus anchas, ó prosperar con negocios sucios, ó prestar con usura, ó engañar al peso, ó disculpar su licencia, ó halagar las malas pasiones, acaban fácilmente hasta por prescindir de la religion, derogar el Decálogo y negar el infierno. En estos pensamientos iba engolfado Miguel cuando llegó á la taberna de la plaza de la Cebada.

Ahora comprenderá el lector, por qué al oir aquel excelente cristiano, no en discusion de buena fe, sino en son de mofa, las negaciones soeces y sacrílegas de Marrajo, vaciló un mo-

mento y estuvo tentado de tomar parte en la contienda. La prudencia prevaleció al principio; mas al verse personalmente provocado, y por este concepto, persuadido de que estaba cargado de razon, protestó contra aquellas palabras que tendian á arrebatarle el tesoro de la fe y de la esperanza que en el corazon llevaba, con la heróica tenacidad con que defienden el avaro su caudal, el náufrago la tabla salvadora, y el enfermo amenazado de cegar, el último rayo de luz con que perciben del cielo sus nublados ojos.

VII

ALGUNAS horas despues de la escena de las bofetadas, platicaban dos vecinas de la casa donde era portero Miguel en estos términos:

—¿No sabe V. vecina?

—Usted dirá.

—Que el niño de la portera está ya fuera de cuidado.

—Señora ¿qué me cuenta V.? ¡Pues si ya lo daban por muerto sus padres!

—Hija, yo digo que prodigio mayor no se ha oido.

—Calle V. por Dios, si me deja V. atónita. ¿Usted ha visto al niño?

—Si no lo hubiera visto no lo creeria. Es claro que á la criatura se le conoce la enfermedad

pasada, y que tiene que cobrar fuerzas y reponerse, pero está alegre y con ganas de *gorjeo* como un canario. Ahora mismo bajo de verle.

—Bien dicen que la Vírgen Santísima de la Paloma. Mire qué bien se ha portado esta vez...

—Nadie duda que la Vírgen Santísima ha sido. Lo que hay que ver es al señor Miguel. Usted no sabe las locuras que hace el buen hombre con ser tan formal. Él canta, él reza, él baila al niño, él se arrodilla, él besa todos los escapularios que su hijo tenia puestos: en fin, aquello más que hombre es un tabardillo que no pára.

—Señora, el caso no es para ménos.

—Parece que tiene ofrecida una misa rezada, y además ir con su mujer, los dos descalzos, al santuario de la Vírgen de la Paloma con una vela encendida y el niño delante. La portera dice que no sabe cómo dar gracias al cielo de lo que le pasa.

—Mire tambien cómo la Vírgen ha sacado la cara por su devoto. Él bien le cascó las liendres al chulo que se burló del santo escapulario, pero pronto le ha venido el premio del cielo...

—Que es lo que dicen todos. Parece que la Vírgen Santísima lo ha hecho *á posta*.

—Cuentan que le decia Marrajo con mucha

sorna ántes de recibir los bofetones: *Fíate de la Vírgen*... Pues ¡canastos! bien le ha estado el fiarse.

—¡Y que no marra! Más le valiera al tal chulo cogerse los dedos en una puerta que tocar el escapulario.

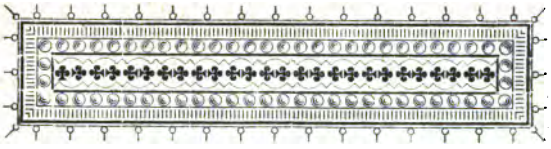
Miguel y María estaban embriagados de gozo, abrazando cien veces al dia á su hermoso hijo, á quien amaban más si cabe, desde que habian consentido verle morir. Su agradecimiento no reconocia límites. ¡Qué valor tan inmenso habian tomado para ellos aquellas modestas imágenes de Cristo y de María Santísima, testigos y remedio de sus dolores!

¡Ay! Y por aquellos dias no faltaban envenenadores públicos que trataban de arrancar del corazon de las multitudes esta bendita confianza en el Salvador y su Santísima Madre!

Malvados son, locos muy peligrosos los que se esfuerzan por robar villanamente al noble pueblo español su más precioso patrimonio, la fe que le hace feliz y resignado en la pobreza y las desgracias. Y demente se necesita ser para cebarse en el pobre y privarle del divino talisman que le hace tolerable y aun alegres los trabajos y miserias de esta vida, y asequibles las esperanzas y realidades de la eterna.

Una leve nubecilla empañaba la dicha de

Miguel y era la pereza de confesarse, pues con ser cristiano á macha-martillo, adolecia de indolencia en las prácticas de devocion. Por fortuna para él llegó la visita más inesperada: la del señor cura de la parroquia.



VIII

IEN venido sea V. por esta casa, señor cura,—decia Miguel. Cosa de la Vírgen Santísima debe ser, pues yo tenia mucha gana de verle...

—No se conoce mucho...

—¡Qué! Si con la enfermedad de Luisito, y el trabajo y la portería...

—Sí, y lo demás que se calla. Pereza y poca voluntad, Miguel.

—Eso no, señor cura. Algo de cortedad es cierto que he tenido. Pero justamente ahora queria ir á dar un limpion al alma, pues desde esta curacion tan estupenda del niño, que tanto he pedido á Cristo y á su Santísima Madre, me da vergüenza presentarme á ellos con la conciencia sucia.

—Sobre todo, cuando se trata al prójimo á bofetones.

—¿Tambien V. sabe?

—No se habla de otra cosa en todo el barrio. ¡Cuánto me reí cuando me lo contaron! Bien, Miguel, bien. ¡Ojalá hubiera una docena de feligreses como tú.

—¿Para qué?

—Para exterminar en la parroquia la raza maldita de los blasfemos. Justamente atravesamos una época en que se oye arrojar el santo nombre de Dios por los suelos á todas horas. ¡Desalmados! ¡Bien seguro que no serian tan ligeros de lengua si se les taladrase con un hierro ó se les arrancase como rezan nuestras leyes antiguas!

—Pero eso debia ser por mano de verdugo, señor cura. Mientras que yo, si á mano viene, tendré, como cristiano, que darle una satisfaccion á ese tunante. Y aunque yo por la Vírgen estoy dispuesto á cualquiera cosa...

—Calla, infeliz, sosiégate. Ahora veo que el demonio no ha perdido el tiempo y ha tratado de perturbarte y alarmarte la conciencia, tal vez para que no vayas á confesar si pensabas hacerlo. Pues sabe desde ahora que un blasfemo alevoso como ese, es un enemigo de Dios y de la sociedad por el escándalo que da. Y se-

gun San Juan Crisóstomo, *santifica* sus manos el cristiano que da un puñetazo al miserable que blasfema del Rey de los ángeles, pues si necesario es castigar á los que injurian á los reyes de la tierra, dice el santo, con mayor razon hay que corregir á los que ponen su lengua en Dios (1).

—Mucha verdad es, no sabe V. el alegron que me da...

—Sí, hijo, no hay que confundir los frenos, que hasta el catecismo sale en defensa tuya. Eres mayor que ese chulo en edad, saber y gobierno; le amonestaste, no te hizo caso, tenias confianza en tus puños... se acabó. Todos tus pecados sean como ese. Y ahora que te he tranquilizado, voy á enterarte del objeto de mi visita. Y ante todo, ¿cómo estais de intereses? ¿Se gana la vida?

(1) He aquí las palabras del santo: «Despues de haberos hablado de la blasfemia, quiero, para terminar, dirigiros una súplica, que es la retribucion que espero de vosotros por este discurso. Y es que castigueis duramente á los blasfemos que hay en la ciudad. Si, por ejemplo, llegais á encontrar por las calles á un individuo blasfemando contra Dios, acercaos, reprendedle, y si es preciso llegar á los golpes, no vacileis. Dadle un puñetazo en la cara, pegadle en la boca, santificad vuestra mano con tal bofetada. Si quiere llevaros ante el juez, seguidle. Decid con toda libertad que aquel hombre ha blasfemado contra el Rey de los ángeles. Pues si es necesario castigar á los que insultan á los reyes de la tierra, con mayor razon hay que corregir á los que insultan á Dios. Semejante crímen interesa á la sociedad misma: es una injuria pública. Reprimirla entra en el derecho de cualquiera que sienta valor para ello. Aprendan á su vez, judíos y paganos, libertinos é impíos, á temer á los que sirven á Dios.»

San Juan Crisóstomo, Homilia 1.ª *ad populum Antiochenum*.

—Señor, que comer no falta, gracias á Dios y la Vírgen Santísima, aun cuando, si vamos al decir, de pobres no pasamos.

—Pues te traigo una buena noticia. Quizás en el momento de la pendencia, no observarias tú que pasaron dos señoras en una carretela.

—Sí, señor, que las vide, y se levantaron á mirar.

—Son dos señoras de la parroquia, muy encopetadas y bienhechoras. Una de ellas excelente cristiana y muy amante de la Santísima Vírgen, volvió á casa tan entusiasmada con tus dos bofetones (pues ya sabes que aparte del motivo, todas las mujeres admiran la valentía en los hombres) que de acuerdo con su marido el señor Marqués de San Julian, enterada de tu persona y circunstancias, me remitió estos dos mil reales. Ella misma me encarga en esta carta te los entregue de su parte, diciéndote textualmente que «aunque merece mucho más tu valerosa accion, en lo ménos que puede tasar una hija amantísima cada bofetada dada en defensa de su Madre, es en mil reales.»

—No puedo aceptar, señor cura.

—¿Qué me dices, hombre?

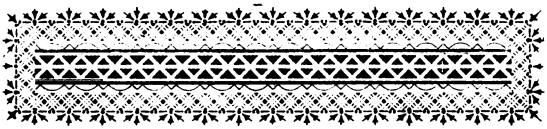
—Lo dicho; no acepto ni aunque fueran dos mil onzas. Por la Vírgen Santísima lo hice, y

bien me ha pagado curándome á mi hijo. Si recibiera un solo ochavo por semejante accion, me creeria el último de los hombres: repito, la Vírgen Santísima me lo ha recompensado, y si quiere darme algo más, que me alcance misericordia, que falta me hace, siendo tan malo como soy.

Dijo Miguel estas palabras con una actitud tan conmovida y con acento tan grave, que el señor cura comprendió que era inútil insistir.

—Esto sin perjuicio,—añadió Miguel, de que esa señora tan generosa, disponga de mí como de un servidor leal en todo cuanto yo pueda valer, que aunque pobre, nunca fuí desagradecido.

—Te cojo la palabra,—respondió el señor cura muy contento.



IX

La señora María, que era mujer de mucho sentido y muy discreta, no quiso interrumpir el coloquio entre el señor cura y su Miguel, aunque algo le picaba la curiosidad; pero aprobó la conducta digna y rumbosa de éste, y por su parte ofreció encender la lámpara á la Vírgen todos los sábados por tan señalados favores.

El señor marqués, más aficionado todavía á Miguel en vista de su negativa á recibir dinero, quiso conocer al valiente y desprendido albañil, y con gran llaneza, sabiendo agradar mucho en ello á su señora, fué á hacerle una visita.

El humilde Miguel se quedó cortado y confundido en los primeros momentos. Luego el

señor marqués, con esa superioridad afectuosa y sencilla propia de los nobles de antiguo cuño y que tanto obliga y agrada á la vez, pasó á exponer con gran naturalidad que, necesitando un servidor fiel y de confianza, le proponia pasar á desempeñar el cargo de portero en su palacio de las Vistillas, donde tenia habitacion para toda su familia, gas, agua y una buena dotacion, más lo que importaran las pequeñas reparaciones y composturas que como albañil pudiera hacer á ratos perdidos en el edificio.

—He venido,—dijo el señor marqués, porque ya sé que V. no necesita de mí y yo soy quien necesita á V. En estos tiempos de asonadas y revueltas, no es poco tener en la portería un amigo que no un criado, y yo me persuado que á un buen cristiano que posee el teson de V. para defender á Dios y á su Santísima Madre, no le faltará lealtad y firmeza para guardar á sus amos. Repito que yo hago negocio redondo con que V. venga á mi casa, pero, eso sí, deseo que en V. sea libre y espontánea la aceptacion. ¡Ah! Se me olvidaba decirle que en mi casa es reina y patrona la Vírgen Santísima, y que encontrará V. su imágen en la portería como en todos los aposentos. Usted piénselo y discútalo en familia, y haga el favor de venir á darme la contestacion á mi casa, don-

de, entre paréntesis, desea verle mi mujer.

Miguel, avergonzado al principio, agradecido luego, convencido en fin, aceptó muy conmovido, despues de haber consultado el caso á la señora María.

Es de advertir que la marquesa echó en cara afablemente á Miguel su desinterés y le anunció que desde aquel momento se encargaba ella de costear la educacion de Luisito.

Miguel cumplió todas sus anteriores promesas á la Vírgen Santísima é hizo la nueva de confesar todas las fiestas principales de su Bienhechora para burlarse del demonio de la pereza.

No paró en esto la recompensa de Miguel. Como no faltaron periódicos que publicaron el episodio de las bofetadas con alabanzas merecidas, de muchos rincones de la Península vinieron para el albañil felicitaciones calurosas. Y no recibió solamente plácemes sino tambien regalos, entre los cuales descollaban una preciosa estátua de la Vírgen Santísima, un elegante volúmen con ilustraciones de las *Glorias de María* por San Alfonso de Ligorio, con esta dedicatoria: *Al valiente devoto, sin respetos humanos,* y un baston de acero con puño incrustado de oro y en él grabada esta inscripcion: *¡Duro, duro!*

En fin, el honrado albañil, admirado y que-

rido siempre por la mesura de sus palabras y lo desmedido de sus bofetones, que son argumentos muy elocuentes cuando la razon no es oida, fué prueba viva de que cuando se arroja á Dios de la sociedad, todavía queda por arrancar del cielo y del corazon de los hombres.

FIN

ÍNDICE

	Páginas.
PRÓLOGO	5
La Vírgen de la Vega	19
Mala-lengua	41
El Farolon	63
Doble conquista *(diálogo edificante)*	93
La niña penitente	117
Corazon de oro *(leyenda)*	123
El aprendiz de santo	159
Navarra por Santa María ó Apóstoles y Cruceros *(tradiciones españolas)*	169
Pepe bronce *(simple historia)*	217
La pascua en Taravilla *(cuento provenzal)*	235
La guitarra	257
Fíate de la Vírgen	307

KELEY LIBRARIES

10 3302570

YC158089